

STAR WARS DAÑOS COLATERALES

Capítulo IX

Como era habitual en cualquier navío militar a partir de cierto tamaño, el nivel de actividad en el puente del portanaves de combate *Guarida del Lobo* no decrecía nunca. En cualquier momento había oficiales y personal técnico atendiendo las diferentes consolas, monitorizando los vuelos de los cazas, las entradas y salidas del hangar, el tráfico de todo tipo en el espacio cercano, el funcionamiento de los distintos sistemas de la nave y un millar de cosas más. La gente entraba y salía constantemente, pero por lo general nadie tenía tiempo de pararse a disfrutar del magnífico espectáculo ofrecido por el enorme panel observación - fabricado en el mejor transpariacero - que dominaba el lugar, dando la impresión de que todo el puente estaba abierto al espacio. Desde que la capitán de navío Gen'yaa había ordenado el estado de prealerta para todas las operaciones, la tensión en el puente era tan sólida que casi podía cortarse con un vibrocuchillo. Cada cual creía sentir sobre sí la dura y fría mirada de la capitana bothan, desde su asiento en la zona elevada en la parte trasera de la sala. Esa sensación era más que suficiente para que todo el mundo evitara distraerse y permaneciera concentrado en su tarea.

Tampoco se relajaba nadie cuando, como en ese instante, era el capitán de fragata Nil Wumb quien se encontraba al mando del puente. En lugar de permanecer sentado como hacía Gen'yaa, el sulustano acostumbraba a pasear todo el tiempo de un lado a otro, a menudo deteniéndose a espaldas de alguno de los tripulantes para observar su trabajo. Raramente permanecía más de cinco minutos en el mismo sitio y sólo muy ocasionalmente hacía alguna pregunta u ofrecía sugerencias. Era corriente verle sentarse frente a cualquier consola que por una razón u otra se encontrara desocupada en un momento dado - navegación, armamento, comunicaciones, daba igual a qué sección correspondiera -, y curiosear un poco entre las visualizaciones disponibles. A estas alturas todo el mundo era más o menos consciente de que Wumb no se comportaba así deliberadamente para hacerles sentir su presencia, y de ese modo estimularles a trabajar más - aunque sin duda lo consiguiera -, sino que lo hacía porque le gustaba saber de todo y mantenerse al día en lo referente a la tecnología - no en vano el *Guarida del Lobo* era una de las naves más modernas de la Nueva República -. Aunque ahora ocupase una posición de mando, los oficiales del puente comentaban en susurros que el sulustano nunca dejaría del todo de ser uno de ellos. Todos lo apreciaban por eso y en absoluto le respetaban menos que a la propia Gen'yaa.

El alférez de navío Proteys, un joven moncalamari asignado actualmente al control de vuelo de las patrullas de cazas, era más que consciente del hecho de que Wumb estaba parado de pie justo detrás suyo, pero no permitió que eso

le distrajera en lo más mínimo. Las comunicaciones entre los pilotos de caza, lejos de los comentarios relajados que intercambiaban tan sólo una semana antes, estaban cargadas de ansiedad. Cada nuevo contacto en los escáners podía significar la prácticamente anunciada llegada de la flota del Diktat. Los informes de Inteligencia hablaban de movimientos fuera de lo habitual entre la armada coreliana. Incluso antes de que Francmonde acabara de pronunciar su ya famoso discurso, varias naves de guerra habían abandonado sus órbitas previas en tono a Corellia, Selonía, Estación Central y los mundos gemelos Talus y Tralus. Otras, que hasta poco antes se estaban encargando de la vigilancia de las vastas rutas comerciales conocidas como el Pasillo Coreliano, habían sido relevadas por otras naves de menor potencia de fuego pero al parecer no habían regresado a sus bases. El destino de todos esos navíos era desconocido pero predecible. Más pronto o más tarde, la mayor parte de ellas vendrían al sistema Seibergia. Proteys tenía en su consola toda la información disponible sobre cada una de esos navíos. En el caso de que, tal y como se esperaba, una flota armada coreliana entrase en el sistema y lo hiciera dentro del área cubierta por los cazas del escuadrón Cabeza de Lobo, el trabajo del alférez Proteys adquiriría una importancia vital. Sería él y no otro quien tendría que contrastar las lecturas captadas por los sensores de los cazas contra los datos conocidos acerca de los navíos corelianos e identificarlos, de forma que el vicealmirante Sinassis y cada uno de los capitanes de las naves de la Nueva República dispusieran de la máxima información posible, antes de tener que vérselas cara a cara con el adversario. El joven moncalamari sabía que no podía permitirse ni una sola equivocación.

El capitán de fragata Wumb observaba como el alférez Proteys repasaba una vez más los perfiles y características principales de varias naves corelianas. *Es la tercera vez en la última hora. A estas alturas debe ser capaz de identificar cualquiera de ellas a simple vista.* Wumb no era inmune al nerviosismo que se ocultaba tras la meticulosidad del joven oficial, pero su mayor experiencia le permitían mantenerlo bajo control. No en vano el sulustano era un veterano que había sobrevivido a algunos de los más dramáticos encuentros entre la Alianza y la Armada Imperial, incluyendo la terrible batalla de Endor. Sí, desde luego sabía muy bien lo que era una batalla espacial a gran escala. Y además, como buen sulustano, la memoria de Wumb era extraordinariamente buena.

En Endor, la nave a bordo de la que servía, la *Tannia*, una corbeta de fabricación coreliana - qué irónico resultaba ese detalle en estos momentos -, había sufrido daños terribles al ser alcanzada por la explosión del crucero moncalamari *Libertad*, el primero en caer ante el superláser de la Estrella de la Muerte. Con el puente de mando literalmente desintegrado y más de la mitad de la tripulación muerta o gravemente herida, la *Tannia* quedó a la deriva, impulsada sin control por sus todavía operativos motores contra el *Hogar Uno*, la nave insignia del almirante Ackbar. Por aquel entonces teniente de navío y oficial de Navegación de la corbeta, Wumb consiguió corregir el rumbo de la nave desde el puente secundario, apenas segundos antes de que los artilleros del *Hogar Uno* se vieran obligados a volar a la *Tannia* por los aires antes de que se estrellara contra ellos. Con el control de la *Tannia* recuperado a duras penas, y a pesar de que la corbeta estaba medio deshecha, Wumb y lo que quedaba de la tripulación fueron capaces de volver al combate y contribuir lo mejor que pudieron a la histórica victoria de aquel día. Por esa acción el

sulustano recibió la Media Luna de Kalidor, una de las más importantes condecoraciones de la Alianza, y fue ascendido a capitán de corbeta.

Un año más tarde, su siguiente nave, la fragata Nebulon-B *Cueva del Lobo*, se perdió durante la batalla de Iberyá. Aquella fue la segunda vez durante su carrera en la que Wumb creyó que estaba a punto de morir. Mortalmente herida, la fragata caía en llamas hacia la atmósfera de Iberyá. La última cápsula de evacuación localizada en la sección del puente estaba dañada e inutilizable. A pesar de saber que el puñado de supervivientes que todavía se encontraban a bordo del *Cueva del Lobo*, entre los cuales se contaban Wumb y Gen'yaa, estaban todos condenados, la bothan aún tuvo arrestos para ordenar que siguieran disparando contra las defensas orbitales mientras les quedara algún arma operativa. Wumb se hizo cargo él mismo de una torreta láser, consciente de que aquellos pocos disparos sueltos no servirían de gran cosa, pero haciendo suya la postura de su capitana a las puertas de la muerte. *Si tenemos que morir moriremos*, les había dicho Gen'yaa, *pero nos iremos peleando, sin que se nos note el miedo*. De pronto, la *Compasión* apareció desde no se sabía dónde y todos ellos fueron rescatados en el último momento. La batalla se ganó e Iberyá fue liberado. El *Cueva del Lobo* y el escuadrón Cabeza del Lobo habían contribuido decisivamente a salvar el día para la joven Nueva República, arrancándole un nuevo sistema estelar al Imperio.

Apenas habían transcurrido seis meses desde aquello. Gen'yaa recibió el Corazón Rebelde por su probada valentía y Wumb recibió un nuevo ascenso, esta vez a capitán de fragata. *Las medallas y las promociones llegan con rapidez en estos tiempos de guerra interminable*, reflexionó Wumb. *Casi tan deprisa como aumenta el recuento de víctimas*. Wumb apartó la mirada de las pantallas del alférez Proteys y la dirigió hacia el panel de observación. Visto así, el espacio parecía siempre un lugar pacífico, pero Wumb sabía bien que no era así en absoluto. Las estrellas que ahora contemplaba habían sido silenciosos testigos de innumerables episodios de violencia, destrucción y muerte, y todavía lo eran. *Por toda la bondad que hay en el universo*, rogó Wumb en silencio, *que no veamos hoy el comienzo de una nueva guerra, cuando todavía estamos inmersos en otra*. El sulustano se aguantó las ganas de dejar escapar un suspiro y se volvió hacia la siguiente consola a la derecha de Proteys, atendida por la alférez de navío Sarago. La misión principal de la oficial humana consistía en esos momentos en llevar a cabo el seguimiento de la lanzadera de búsqueda y rescate del escuadrón Cabeza de Lobo, en su vuelo a la Región Balania.

- ¿Han comunicado ya la *Compasión* y sus escoltas su llegada al campo?

- Aún no, señor. Las condiciones climatológicas en el área de aterrizaje les están retrasando. Tienen una tormenta de nieve considerable justo encima.

- Comprendo. Avíseme cuando estén allí.

- Sí señor.

Wumb se dedicó a recorrer el puente durante varios minutos hasta que APD-5, el androide avanzado de protocolo a cargo de los sistemas de comunicaciones, llamó su atención. - Señor, acabamos de recibir una solicitud de transmisión holográfica procedente del *Alma Valiente* para usted. Es de la capitán de navío Gen'yaa.

Star Wars: Daños Colaterales

- Muy bien - Wumb caminó de vuelta hasta su sillón de mando, donde estaría dentro del área cubierta por el holotricorder instalado en el puente. - Abre el enlace, APD-5.

- Recibiendo, señor - La figura de Talina Gen'yaa, a una escala de un cuarto de su tamaño real, se materializó de inmediato frente a él.

- A sus órdenes, capitán.

- ¿Ha llegado ya la lanzadera del comité?- preguntó la bothan sin detenerse en preámbulos.

- Aún no, señora. He dado instrucciones a nuestros cazas para que la escolten directamente hasta el *Alma Valiente* tan pronto como entren en el espacio normal.

- Muy bien. Aquí está todo listo para la primera sesión. Regresaré al *Guarida* tan pronto como le haya comunicado al comité los resultados de nuestra investigación preliminar - *Resultados que aún no ha compartido usted conmigo*, pensó Wumb. - Imagino que nuestros pilotos no han cambiado de idea en el último momento, ¿verdad? - Wumb no necesitaba preguntar a qué pilotos se refería la capitana.

- No, señora. Subieron a la *Compasión* como usted dispuso y están ahora de camino a...

- Señor - dijo el alférez Proteys girándose en el asiento para mirar directamente a Wumb. El sulustano se puso en tensión. El alférez no le hubiera interrumpido en una conversación precisamente con la capitán de navío Gen'yaa si no tuviera una buena razón para ello. De hecho, los ojos ya de por sí saltones del moncalamari parecían a punto de salirse de las órbitas. - ¿De qué se trata, alférez? - Wumb mantuvo su voz firme, consciente de la mirada de Gen'yaa fija en él desde su representación holográfica.

- Señor, debe usted escuchar esto - Sin esperar confirmación, el moncalamari conectó la salida de sonido de su consola con la unidad personal de comunicaciones instalada en el sillón de mando, de forma que Wumb pudiera escuchar las transmisiones de los pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo sin moverse de donde estaba. El sulustano asintió en dirección a APD-5, que hizo los ajustes necesarios para que también Gen'yaa pudiera oírlas a través del enlace abierto entre el *Guarida del Lobo* y el *Alma Valiente*.

- ... tengo tres señales más - se escuchó decir con toda claridad a uno de los pilotos. - Corrección, son seis. Han salido del hiperespacio en doce-dos-siete.

- Chico, ése es bien grande - comentó otro.

- Cinco más, jefe de vuelo.

- Atentos todos, esto se está poniendo serio - Ésa era la voz de Araña, el piloto al mando de la patrulla. - *Guarida del Lobo*, aquí Cabeza de Lobo Nueve.

Wumb apretó uno de los botones de su unidad de comunicaciones. El pequeño monitor que la coronaba le informó en el acto de que podía hablar directamente con los pilotos por la frecuencia de combate - encriptada y en principio segura - asignada a la patrulla. - Cabeza de Lobo Nueve, aquí el capitán de fragata Wumb. Informe.

- Señor, esto tiene mal aspecto. Tenemos en nuestros sensores a tres naves capitales corelianas, incluida una de un tipo que no había visto hasta ahora. Mi ordenador de vuelo sugiere que se trata de un crucero clase Nova. Las otras dos son de la clase Pulsar. Alrededor de estas tres hay varias fragatas anti-caza y un escuadrón completo de corbetas de última generación,

combinadas con varias cañoneras. Detrás de toda esta flota viene lo que parece ser un convoy de cargueros de tamaño medio, no menos de treinta naves. Señor, la clase Nova está desplegando cazas. Todavía estamos muy lejos para poder discriminar de qué tipo son.

- Señor, acabamos de identificar el clase Nova como el *Primer Ciudadano* - informó el alférez Proteys. Wumb miró de reojo el holograma de Gen'yaa. La capitana estaba hablando con alguien que se encontraba fuera del área abarcada por la proyección.

No vamos a poder detenerles, fue lo primero que pensó Wumb. Al final, las predicciones se habían hecho realidad y Corellia había efectuado su movimiento. Y menudo movimiento. Esos cruceros eran de lo último en naves de guerra que había salido de los reputados astilleros corelianos. Wumb conocía las características más importantes de sus diseños, que de hecho acababa de ver representados en la consola del alférez Proteys hacía apenas unos minutos. Líneas angulares, controles y generadores escudos distribuidos y una impresionante artillería. Meses atrás la Nueva República había iniciado conversaciones con intermediarios a fin de adquirir algunas naves tanto de la clase Nova como de la clase Pulsar, contando con que el gobierno coreliano no pondría demasiadas trabas a esa venta aunque no la sancionara directamente para evitarse complicaciones con el Imperio. La presente crisis había hecho que lo que parecía complicado se tornara imposible antes de que se llegara a alcanzar ningún acuerdo. A raíz del establecimiento del bloqueo a Seibergia, el Diktat había prohibido la venta de cualquier clase de equipamiento militar a la Nueva República, ni siquiera a través de terceros. Ahora Wumb recordaba con preocupación lo que sabía sobre esas naves. No le cabía duda de que un solo crucero Pulsar podía enfrentarse en condiciones de superioridad al *Alma Valiente*, el navío más potente con el que contaba la Nueva República en el sistema. Aunque más pequeños en tamaño que el viejo acorazado, los cruceros Pulsar eran más avanzados en todos los aspectos, especialmente en lo referente a maniobrabilidad en combate y a la potencia de sus escudos. Por si uno no fuera suficiente, los corelianos se habían traído dos, y con ellos un crucero de la clase Nova, el verdadero orgullo de su flota. Wumb llevó a cabo una consulta apresurada en los bancos de datos del ordenador principal del *Guarida del Lobo*. Los informes de Inteligencia hablaban de sólo dos cruceros clase Nova operando en la armada coreliana, y de un tercero más en construcción. Se estimaba que uno de esos navíos sería un serio oponente para un destructor estelar de la clase Imperial II, y que era definitivamente superior a los cruceros moncalamari de la Nueva República, con la única excepción quizá del *Hogar Uno*. *Incluso sin ese Nova tendrían suficiente potencia de fuego como para machacarnos*, calculó Wumb con un pesimismo basado en datos objetivos. El sulustano observó con creciente inquietud los datos que iban apareciendo sobre la pantalla táctica frente a él, a medida que las lecturas enviadas por los cazas se iban traduciendo en perfiles de naves. Había seis CC-9800, el equivalente coreliano a las fragatas Nebulon-B2 de Kuat modificadas con las que el Imperio estaba empezando a sustituir las Nebulon-B. Eran naves de escolta especialmente diseñadas para la neutralización de los cazas enemigos, pero varias de ellas trabajando de forma conjunta podían llegar a derrotar a una nave capital como el *Alma Valiente*, y una nave nodriza de tamaño medio como era el *Guarida del Lobo* podría sucumbir ante sólo dos. Las corbetas eran de un modelo evolucionado

respecto a las que todavía utilizaba la Nueva República, y considerablemente mejores. Todo un escuadrón de ellas reforzadas por cañoneras. No cabía duda de que la armada coreliana se proponía romper el bloqueo militar a Seibergia usando la fuerza bruta y no la diplomacia.

Wumb repasó mentalmente la composición de la flota que la Nueva República tenía desplegada en el sistema. Además del *Alma Valiente* y del *Guarida del Lobo*, había cuatro veteranas Nebulon-B y media docena de corbetas. El *Alma Valiente* llevaba a bordo un escuadrón de ala-Y y dos de las fragatas contribuían con su propio complemento de cazas, de los modelos ala-A y ala-X en su mayoría. Más que suficiente para mantener un bloqueo como el que tenían establecido, pero muy inferior desde todos los puntos de vista a la armada que tenían ahora enfrente. Wumb apretó los puños con impotencia. *No tenemos ni una sola oportunidad.*

- Le hemos copiado, Cabeza de Lobo Nueve - dijo el sulustano ocultando su preocupación. - Enviénnos toda la información que puedan recoger con sus sensores, especialmente de las naves capitales. Les enviaremos refuerzos tan pronto como sea posible - Wumb acompañó la frase con un gesto imperativo dirigido a uno de los oficiales del puente. Éste asintió indicando que había comprendido y tecleó un código en su consola. Las alarmas comenzaron a sonar en toda la nave alertando a la tripulación de que acababan de entrar en situación de combate. Dentro de los siguientes cinco minutos todo el personal debía estar en sus puestos, y todos los cazas operativos estarían en el espacio en aproximadamente diez. Mientras que los oficiales del puente repartían órdenes a través de sus comunicadores a sus áreas de influencia, Wumb volvió a dirigirse a Araña. - Cabeza de Lobo nueve, en estos momentos ustedes son todo lo que tenemos para intentar contener a los corelianos. Mantengan las distancias y no respondan a provocaciones. Eso significa que no abran fuego a no ser que les disparen primero con intenciones hostiles y no meramente disuasorias. ¿Ha comprendido usted?

- Sí, señor.

- Muy bien. *Guarida del Lobo* fuera.

- Acabo de informar al almirante - dijo Gen'yaa en tono neutral tan pronto como Wumb cortó la comunicación con los cazas de perímetro. - Ha ordenado que dirija usted el *Guarida* en ruta de interceptación. En estos momentos el *Alma Valiente* y el resto de naves de la flota se dirigen hacia su posición a toda velocidad, pero vamos a tardar en poder prestarle apoyo. Las instrucciones del almirante son que ignore usted a los cazas y a las naves de tamaño medio, pero que si una de esas naves capitales hace intento de sobrepasarle utilice contra ella el cañón de iones.

- Comprendo, señora - *Y también usted, por supuesto.* Un disparo directo del potente cañón de iones del *Guarida del Lobo*, equiparable a los utilizados por muchos sistemas de defensa planetarios, podría dejar a uno de esos cruceros temporalmente fuera de combate, suponiendo que pudieran acercarse lo suficiente, pero no había forma de que el portanaves pudiera resistir el fuego de respuesta de los otros dos. *Si tenemos que llegar a eso, estamos condenados.* No obstante, desde un punto de vista táctico el sacrificio del *Guarida del Lobo* tendría sentido. Si podían detener, aunque sólo fuera de forma provisional, a uno de los tres principales navíos enemigos - Wumb se dio cuenta de que por primera vez había empleado en su mente la palabra

"enemigo" para referirse a los corelianos - el cómputo de probabilidades mejoraría de forma considerable para el resto de naves de la Nueva República.

- Buena suerte, capitán - El tono de Gen'yaa pareció hacerse menos frío por un instante. - Sé que el *Guarida* está en las mejores manos. *Alma Valiente* fuera.

- Gracias, señora - le respondió Wumb al holograma que ya se desvanecía. No era difícil imaginar que Gen'yaa no se alegraba en absoluto de encontrarse lejos de su nave justo cuando ésta se encontraba a punto de - previsiblemente - entrar en combate. Wumb podía comprenderlo bien, pues a él le hubiera sucedido lo mismo. Por otro lado, estaba un poco sorprendido por el hecho de que, aparte de transmitirle las órdenes del vicealmirante Sinensis, la capitana no le había hecho la menor sugerencia acerca de cómo llevar a cabo su misión. *No se fía o no le importa mi juicio cuando se trata de opinar sobre temas estratégicos o políticos, pero lo hace ciegamente cuando se trata de lo estrictamente militar. No sé si sentirme halagado u ofendido.*

- Señor, los cruceros de la clase Pulsar son el *Independiente* y el *Soberano* - recitó el alférez Proteys.

- Ah, sí, el *Soberano* - murmuró Wumb para sí, recordando un incidente muy comentado entre los oficiales de la Nueva República cuando se tuvo conocimiento de él. El *Soberano* era el navío que había interceptado a un destructor imperial que entró en espacio coreliano sin previo aviso, haría cosa de siete u ocho meses. Cumpliendo al pie de la letra sus instrucciones, el capitán del *Soberano* se enfrentó al *invasor* con su nave, causándole daños de importancia a pesar de contar con menor potencia de fuego, y quizá lo hubiera destruido si no hubiera recibido órdenes tajantes desde Corellia para que cesara las hostilidades. Wumb se acordaba de que el nombre del destructor era *Imparable* - lo cual no dejaba de tener su gracia, dadas las circunstancias -. Su capitán debía pensar que aunque se proclamase neutral se podía considerar a Corellia como parte del Imperio, y que por tanto no necesitaba avisar ni pedir permiso a las autoridades antes de entrar en el sistema. Su error o su exceso de arrogancia, fuera lo que fuera, estuvo a punto de costarle su nave, y obligó a Sate Pestage a presentar disculpas formales al Diktat Francmonde por la invasión no premeditada de su espacio local. Seguramente el tipo lo había pagado con sus galones, si no con su propio pellejo. Semejante precedente ponía bien de manifiesto la capacidad del capitán del *Soberano*, la de su tripulación y la del propio navío. Wumb consultó la información de Inteligencia disponible acerca del *Primer Ciudadano* y del *Independiente*. Tal y como esperaba, también estaban gobernados por oficiales competentes que sabían lo que era un combate. *No hay duda, nos están lanzando lo mejor que tienen.* El sulustano cerró sus grandes ojos de roedor durante unos segundos. En ese tiempo volvió a escuchar en su mente los gritos de los heridos a bordo del *Tannia* y del *Cueva del Lobo*, pero Wumb silenció esos recuerdos. No podían hacerle ningún bien justo ahora, cuando estaba a punto de arriesgar las vidas de otra tripulación. Incluso con los ojos cerrados podía sentir sobre sí las miradas de buena parte de los presentes en el puente. Algunas reflejarían inevitablemente el miedo a no volver a ver a sus familias, a sus amigos, sus casas o sus planetas natales. Tenía que escudarse contra esas miradas, en las que no podía permitirse reparar. También dejó a un lado sus propios pensamientos y preocupaciones, sus esperanzas y sus temores, y cualquier otra cosa que pudiera distraerle de la tarea que tenía ante sí. Cuando volvió a

abrir los ojos su mente estaba completa y absolutamente enfocada en su misión. Ahora no existía ni podía existir nada más para él.

Ojalá existiera algo después.

Wumb se dirigió al oficial de navegación con tono firme y perfectamente controlado, obligándose a pronunciar correctamente cada consonante y no cloquear como hacían muchos sulustanos al hablar en básico. - ¿Teniente Vaiweehanen?

- El curso está ya trazado, señor - informó el twi'lek.

Wumb asintió mostrando su aprobación y pulsó otra tecla en el comunicador, conectando con la sección de Ingeniería. - Teniente Boradelis, ¿está usted ahí?

- Sí, señor - dijo la voz de la moncalamari.

- Nos enfrentamos a tres cruceros de gran tamaño. Una vez que entremos en combate no vamos a necesitar tanta velocidad como potencia de escudos.

- Entendido, señor. Lo haremos lo mejor que podamos.

- Bien. También debo avisarle que es muy probable que tengamos que usar el cañón de iones, así que debe estar usted lista para compensar el gasto de energía. No quiero que nos quedemos sin escudos después de disparar, ni siquiera durante una milésima de segundo. Ya ve lo que le insisto en el tema de los escudos.

- Lo comprendo, señor. Será de mucha ayuda si puede usted avisarnos dos o tres segundos antes de disparar el cañón.

- Cuente con ello, teniente. Puente fuera. Alférez Sarago, comunique a la *Compasión* que permanezca en la superficie hasta nueva orden. En cuanto a su escolta...- Wumb se detuvo al notar algo extraño en la expresión de la mujer. - ¿Alférez?

- Acabamos de recibir una llamada de socorro de la *Compasión*.

- ¿Qué ha pasado?

- Aún no lo sé, señor. Un momento, señor, Cabeza de Lobo Catorce está informando - Sarago hizo una pausa mientras escuchaba con atención por sus auriculares. Wumb empleó ese tiempo en echar un vistazo a la pantalla táctica, sobre la cual estaban representadas todas las naves corelianas. Las fragatas estaban maniobrando ya para ponerse al frente de la formación y proteger a los cruceros de posibles ataques de cazabombarderos. Las corbetas modificadas y las cañoneras estaban tomando los flancos y la retaguardia, proporcionando una segunda línea de defensa y cubriendo a los cargueros que venían detrás. Tácticas clásicas pero efectivas. Wumb se dio cuenta de que la alférez Sarago se volvía hacia él.

- Señor, la *Compasión* ha sido derribada.

Eso no se lo esperaba. - ¿Derribada?

- Sí, señor. Eso es lo que acaba de informar Cabeza de Lobo Catorce. Su compañero y él están sobrevolando la zona en busca de supervivientes.

Wumb se echó hacia atrás apoyándose en el respaldo del asiento. En la pantalla táctica los símbolos seguían moviéndose indicando las posiciones de cada nave. El alférez Sarago anunciaba en voz alta cada nueva identificación positiva, superponiéndose a los voces de los pilotos que estaban allí, en primera línea, a punto de entrar en contacto con los cazas corelianos. Los mamparos del *Guarida* vibraban ligeramente, revelando que los motores estaban trabajando a plena potencia, acelerando a la nave poco a poco hasta

su máxima velocidad sublumínica. *Esto no podía haber pasado en peor momento*, pensó Wumb. Conocía a los cuatro tripulantes de la lanzadera de búsqueda y rescate. El buen doctor, los pilotos, y sobre todo a la lumi, a la que sus compañeros llamaban Rúster. La misma que se había jugado la vida para salvarlos a Gen'yaa y a él, sacándolos del *Cueva del Lobo* antes de que se convirtiera en una antorcha en los cielos de Iberyá. Perderla a ella y a sus pasajeros sería una tragedia, pero estaba decidido a no dejar que sus sentimientos afectaran a sus decisiones. *Por mucho que me odie a mí mismo por ello, sólo hay una cosa que se pueda hacer ahora.*

- Deje que hable yo mismo con la escolta, alférez.

No abran fuego a no ser que les disparen primero con intenciones hostiles y no meramente disuasorias. Por supuesto, Araña sabía muy bien lo que quería decir el capitán de fragata Wumb con esa orden. Teniendo en cuenta lo que tenían delante, si se les ocurría abrir fuego contra los corelianos los iban a vaporizar, punto. Si eran los corelianos los que disparaban primero - y disparar con intenciones hostiles significaba que además acertaran el blanco, pues en caso de fallo se podría considerar "disparo disuasorio" - a ellos los vaporizarían igual, pero al menos nadie podría culpar a la Nueva República de haber iniciado una guerra. *No es que sea un gran consuelo llegado el caso.*

- Mirad, chicos - dijo por la frecuencia de combate, utilizando una transmisión de corto alcance que ni siquiera sería captada por otras unidades amigas -. Ya habéis oído al capitán Wumb, sólo si alguno de nuestros cazas es alcanzado tendremos permiso para devolver el fuego, y vamos a hacer todo lo posible para que no tengamos que vernos en esa situación. Nuestro objetivo es ganar tiempo para el resto de la flota, y eso es lo que vamos a hacer. Formad por parejas y cuando sus cazas de avanzada alcancen nuestra posición intentad rodearlos. Si continúan hacia nuestra flota los seguimos y mantenemos sus traseros en nuestros puntos de mira, sólo para ponerles un poco nerviosos, pero no se os ocurra marcarlos como blancos en la computadora, o se dispararían sus indicadores de amenaza y pensarían que nos disponemos a atacarles. Si se dan la vuelta buscando el enfrentamiento, rompemos contacto y ya veremos lo que pasa. ¿Está todo claro?

Araña escuchó varias respuestas afirmativas, la mayoría simples clicks en el comunicador. Cuatro ala-A y dos ala-X contra, ¿cuántos enemigos potenciales? Sus sensores le avisaban ya de que dos escuadrones completos de cazas corelianos se estaban aproximando, reduciendo rápidamente la distancia que los separaba de ellos. Eso era sólo para abrir boca, porque lo realmente aterrador era la flota que venía detrás. El ordenador identificó a los cazas corelianos como ala-X, lo cual no era realmente una sorpresa conociendo el éxito que el modelo más famoso de la Incom Corporation había obtenido entre los mundos no afiliados al Imperio. La Armada Coreliana lo había adoptado como estándar para sus unidades embarcadas poco después de que la Alianza Rebelde demostrara las cualidades en combate del aparato, al destruir la primera Estrella de la Muerte con tan sólo un puñado de ellos. La reputación de los pilotos corelianos no podía ser más impresionante. La lista de ases en ambos bandos de la ya larga guerra entre el Imperio y la Alianza tenía muchos nombres corelianos ocupando las posiciones más altas, incluyendo leyendas vivas como Han Solo y Wedge Antilles o el mayor as imperial de

todos los tiempos, el barón Soontir Fel - su título nobiliario se lo había concedido el Emperador Palpatine en persona en reconocimiento a sus servicios -. Afortunadamente para Araña y sus compañeros, ninguno de ellos estaría a los mandos de esos ala-X que se acercaban. No obstante, si aquellos pilotos que dejaron Corellia en busca de aventuras eran tan buenos, uno no podía dejar de preguntarse cómo serían los que se quedaron en casa. Araña resopló. *No hace falta que sean muy buenos para mandarnos al infierno, superándonos cuatro a uno en número.*

- Aquí Diez. ¿No os parece un tanto curiosa su formación? - Ése había sido Solo, el único coreliano del escuadrón Cabeza de Lobo. Sacart y él pilotaban los dos ala-X del grupo Colmillos. Aunque Solo y él tenían la misma graduación, Araña estaba nominalmente al mando de la patrulla, al menos hasta que aparecieran Víbora o Ibero, puesto que ni Lllamarada ni Alce, los otros dos pilotos de mayor rango, podían hacerlo. Araña daba por sentado que no era él el único en preguntarse cuál sería la reacción de Solo en el caso de que tuvieran que enfrentarse a su propia gente, y le preocupaba no saber la respuesta cuando estaban a un par de minutos escasos de que los temores se convirtieran en realidad. *Me tenía que tocar a mí estar a su lado cuando sucediera, maldita sea...*

- ¿Su formación? - Araña había estado prestando más atención al tono de Solo, en busca de algún indicio que le permitiera averiguar en qué condición mental se encontraba su compañero, que a sus palabras. Pero cuando se fijó mejor en la disposición de las señales sobre su pantalla sensores se dio cuenta de pronto de a qué se refería el coreliano. *Oh, no, no puedo creerlo...*

- ¡Un desfile! - exclamó Reek - ¡Están volando como si se estuvieran luciendo en un desfile!

Los dos escuadrones corelianos se aproximaban uno al lado del otro, adoptando una formación "en doble diamante", cada uno de ellos compuesto por cuatro rombos más pequeños con un ala-X en cada vértice. Cada nave estaba situada a una altitud diferente en relación al plano de vuelo común, de forma que el efecto pudiera verse desde todas las direcciones. En otras circunstancias Araña les hubiera aplaudido, pero considerando lo delicado de la situación en lugar de eso se sintió furioso y ofendido. *Estamos al borde mismo de entrar en guerra y ellos se ponen a provocarnos con semejante numerito. ¿Pero quiénes se creen que son estos payasos?*

- Os ahorraré el esfuerzo de comprobarlo - continuó Solo. - La nave de los periodistas corelianos a los que Veinte estuvo a punto de dar un susto hace un rato ha vuelto. Seguro que están disfrutando con esto.

- Sí, apostaría lo que fuera a que sí - murmuró Araña entre dientes. Todo el cansancio, el aburrimiento y la frustración de las últimas semanas se le condensaban ahora en furia dirigida hacia los corelianos. Por un instante lo único que deseó fue lanzar un misil de impacto contra el centro de su preciosa formación para ver cómo la deshacían a toda prisa. Sintió gotas de sudor resbalándole por la frente y por el cuello. Le picaba la cabeza debajo del casco y se dio cuenta de que se le había acelerado la respiración. *Nos advertieron. Nos dijeron que habría provocaciones y tenían razón. No puedo dejar que me cieguen.* Araña se recordó a sí mismo que había vidas en juego, la suya y las de sus compañeros para empezar. *Mantente frío, Arañita, o terminarás metiendo la pata.*

Star Wars: Daños Colaterales

- Por cierto - siguió hablando Solo -, según mi unidad R2 esos ala-X son de una versión más moderna que los nuestros. Si sus datos son correctos, son un cinco por ciento más rápidos y pueden ir armados alternativamente con misiles avanzados de impacto en lugar de los torpedos de protones habituales.

- Fantástico - gruñó Sacart.

- Cazas de la Nueva República - se dejó oír una voz de barítono por la frecuencia abierta estándar de la Nueva República, sintonizada automáticamente por las unidades de comunicaciones de todas las naves. - Les habla el comandante Baler, de la Armada Coreliana. Estamos escoltando un convoy de transportes con destino a Seibergia. Despejen el área o les consideraremos como hostiles.

Sí, claro. - Aquí el capitán Somarriva de la Nueva República. Bonita exhibición esa suya - Araña comprobó los datos proyectados por el ordenador frente a sus ojos. Los ala-X corelianos estaban a menos de cuarenta kilómetros. Incluso a la velocidad moderada a la que venían estarían dentro del radio de acción efectivo de sus misiles en menos de un minuto. - Así que esto es lo que llaman una escolta. Me pregunto qué será para ustedes una fuerza de invasión.

- No somos invasores. Seibergia es nuestro amigo y aliado, y entramos en el sistema invitados por el legítimo gobierno, lo cual no puede decirse de ustedes. Repito, despejen el área o les consideraremos como hostiles.

- No tenemos intención de molestarles - *veinticinco kilómetros.* - Nuestra misión aquí es proteger el tráfico civil y evitar la entrega de armas a ninguna de las partes en conflicto.

- Tengo entendido que tienen ustedes una forma un tanto curiosa de proteger el tráfico civil. Escuadrones Coronet y Helibia, alas en posición de ataque - Araña hizo una mueca cuando el tal comandante Baler dio esa orden sin molestarse en salir de la frecuencia de la Nueva República, probablemente a propósito. *¿Se creará acaso que nos vamos a asustar con tanta facilidad? Como si no lleváramos años ya combatiendo contra el Imperio.*

- No nos pongamos nerviosos, comandante. Lo único que necesitamos es inspeccionar sus cargueros con nuestros escáners y verificar que no transportan armas. - *Quince kilómetros. Ahora veremos si vais o no en serio.* - Después de eso estaremos encantados de escoltarles nosotros mismos.

- Escuadrones Coronet y Helibia, escoged blancos a vuestra discreción - Araña no tuvo que volver a verificar la distancia. Su indicador de amenaza empezó a parpadear en color amarillo y apenas tres segundos más tarde pasó al rojo. El ordenador comenzó a emitir un agudo pitido de aviso. Araña se estremeció de forma involuntaria. Al menos tres cazas corelianos habían fijado sobre él sus sistemas de guiado de misiles.

- *Compasión*, aquí Cabeza de Lobo Dos-Dos - sonó la voz de Raiven en los auriculares de Drake. - Contesta, por favor.

No hubo respuesta. O bien la unidad de comunicaciones de la lanzadera había resultado dañada por el impacto o bien sus pasajeros no se encontraban en condiciones de contestar. Drake esperaba de todo corazón que se tratara de lo primero. Quinientos metros más abajo su compañero estaba llevando a cabo su segunda pasada sobre los restos humeantes de la *Compasión*, buscando

una señal, un indicio de movimiento, algo que sugiriera la presencia de supervivientes.

- Dos-Dos, ¿puedes ver algo?

- Negativo. El casco no parece muy mal, pero lo que queda del ala izquierda ha ido a caer justo encima de la cabina y no me deja ver nada, y menos a esta velocidad. Maldita sea, si tan sólo pudiera acercarme un poco más despacio...

- Más tarde quizá, ahora ni se te ocurra - Si se hubiese tratado de un accidente, Raiven podría apagar los motores y aproximarse a la lanzadera flotando sobre sus repulsores, lo que le permitiría utilizar más efectivamente sus sensores, comprobar en qué estado se encontraba la cabina e incluso ver a sus ocupantes. Por el momento, sin embargo, no se podía pensar siquiera en hacer algo así. No con lo que fuera que había alcanzado a la lanzadera oculto en alguna parte, apuntando quizá a los dos cazas de escolta. Ni Raiven ni él habían visto nada, aparte de la columna de refugiados que habían sobrevolado segundos antes de detectar el disparo y recibir la llamada de socorro de Rúster. No parecía que el ataque hubiera podido venir de esa dirección, pero no había forma de estar seguro. ¿Podía esa gente llevar consigo un láser de gran calibre? ¿Realmente se trataba de refugiados? Drake se mordió el labio inferior. Eso no tenía sentido. Había visto niños en el grupo, y no le parecía nada probable el que los paramilitares seibergios pudieran viajar con niños. Y si se trataba de balanos, como parecía, incluso suponiendo que entre ellos hubiera miembros de la guerrilla armados, ¿qué sentido tendría que disparasen contra una nave de la Nueva República? A menos que no se hubieran dado cuenta de que era de la Nueva República. O que estuvieran enterados del incidente protagonizado por Alce y Llamarada y quisieran vengarse por lo que consideraban un ataque deliberado. *Este lugar le vuelve a uno paranoico. No me explico como no se han producido otras desgracias antes de que Alce derribara a ese transporte. O quien sabe, quizá ya ha pasado antes pero no había cámaras que lo grabasen y por eso nadie se ha dado cuenta.*

Drake hizo un gesto de disgusto. Ése no resultaba precisamente un pensamiento con el que uno pudiera sentirse cómodo. Fuera como fuera, lo de la *Compasión* no tenía pinta de haber sido un accidente. Había un enemigo ahí afuera, ¿pero dónde? Comprobó las pantallas sensoras con ansiedad creciente. Nada. La tormenta de nieve daba lugar a toda clase de ecos e interferencias, haciendo prácticamente imposible obtener lecturas fiables. Estaba bastante seguro de que no había otras naves en el aire aparte de las suyas, pero en este terreno y bajo estas condiciones meteorológicas, podía haber una docena de baterías terrestres ocultas entre las rocas y no las vería aunque le fuera en ello la vida. O las vidas de sus amigos. Tenía la esperanza de que las pasadas a baja altura de Raiven sobre el lugar del siniestro hicieran moverse al enemigo y quizá forzarle a descubrirse, pero los sensores de su ala-X seguían sin captar nada.

- *Compasión*, aquí Cabeza de Lobo Dos-Dos - repitió Raiven. - Contesta, por favor.

- Cabeza de Lobo Catorce, aquí el capitán de fragata Wumb desde el *Guarida del Lobo*.

Drake parpadeó sorprendido. - Aquí Cabeza de Lobo Catorce. Le copio, señor.

Star Wars: Daños Colaterales

- He sido informado de que la *Compasión* ha sido derribada. ¿Hay supervivientes?

- Aún no lo sabemos, señor. Hemos localizado la lanzadera, pero no podemos ver la cabina desde el aire y desconocemos el alcance real de los daños. Hasta el momento no han respondido a nuestras llamadas. El lugar del impacto es demasiado accidentado como para que podamos posarnos a menos de un kilómetro, incluso si no hubiera hostiles en el área.

- ¿Han identificado al agresor de la *Compasión*?

- Negativo, señor. Nuestros sensores no detectan otras naves en la zona, así que pensamos que el atacante debe estar camuflado en el terreno. Tenemos problemas para localizarlo a causa de la tormenta.

- Comprendo. Transmita las coordenadas del lugar del siniestro a nuestros campos. Si tenemos comandos operando en las cercanías es posible que puedan hacer algo. En cuanto lo hayan hecho quiero que abandonen ustedes el planeta y se unan al resto del escuadrón Cabeza de Lobo. Vuelen tan deprisa como puedan.

- Señor, repita la última orden, por favor.

- La ha comprendido usted a la primera, teniente. Transmitan las coordenadas y márchense. Un grupo de combate coreliano acaba de entrar en el sistema y les necesitamos a ustedes y a sus cazas para ayudar a defender la flota. La alférez Sarago les proporcionará nuevos vectores. Wumb fuera.

Drake se quedó consternado. Al parecer la flota estaba a punto de ser atacada por los corelianos después de todo, quién lo hubiera creído hacía tan sólo un par de semanas. Por las palabras y el tono empleado por el capitán de fragata Wumb, las cosas estaban lo suficientemente mal como para necesitar hasta el último de los cazas disponibles. Echó una mirada hacia el suelo. Allá abajo la *Compasión* era apenas un punto gris cada vez menos visible a medida que los restos se iban cubriendo de nieve. ¿Debían abandonar a sus compañeros a su suerte? Drake golpeó el lateral de la carlinga con el puño cerrado. Esto le hacía sentirse peor que si se hubiese tragado un cajón de rodamientos empapados en ácido, pero una cosa era cierta: Raiven y él no podían estar en dos sitios a la vez, y aquí ni siquiera sabían si podían ser realmente de ayuda. Por lo que sabían, dentro de la *Compasión* quizá no quedase nadie con vida.

- ¿Drake?- llamó Raiven. Drake sabía que su compañero había llegado a la misma conclusión que él. Tan terrible como era, no tenían elección y tampoco tiempo que perder.

- Lo sé, lo sé. Estoy transmitiendo las malditas coordenadas en este momento.

Ibero se sintió momentáneamente desorientado cuando las alarmas lo despertaron bruscamente. Tuvo que repetir la orden para que se encendieran las luces dos veces. La primera vez el ordenador fue incapaz de entenderle, lo que no tenía nada de extraordinario teniendo en cuenta su voz somnolienta y el hecho de que había formulado la orden en iberiano en lugar de hacerlo en básico. Con un gesto mecánico alcanzó su traje de vuelo y empezó a ponérselo incluso antes de entender qué estaba pasando. Las últimas brumas del sueño se habían desvanecido ya cuando selló los cierres presurizados de las botas y empezó a ajustarse la unidad de soporte vital sobre el pecho. *Allá vamos otra*

vez. Al sacar el casco del armario activó accidentalmente su holoprojector de mano, el cual había dejado metido en el hueco entre el propio casco y el mono de vuelo de recambio que estaba detrás. Su mujer y su hija le sonrieron desde el interior del armario, tal y como lo habían hecho en el instante exacto en que se grabó ese holograma. El corazón pareció detenerse por un segundo, al ser consciente una vez más de que quizá no volviera a verlas nunca. En los ojos de Fe, su mujer, podía leer la eterna pregunta, ésa que ella nunca decía en voz alta pero que no necesitaba pronunciarse. *¿Por qué no lo dejas?* Desde la batalla de Iberya había recibido varias ofertas para trabajar en su planeta natal, desde jefe de proyecto en su antigua empresa de ingeniería hasta instructor de vuelo en la Academia Militar de Pilotos. La tentación era muy fuerte. No tenía más que mandar su renuncia al Mando de Cazas y tomar un asiento en el primer transporte hacia Iberya que pudiera encontrar. Fe sería feliz, y él podría estar con ella y ver crecer a Lucía. Eso no llegaría a suceder si terminaban matándole en alguna parte, incinerado dentro de la cabina de su caza o asfixiado y congelado en mitad del espacio. El sólo imaginarse a Fe conteniendo las lágrimas cuando Lucía preguntase por su padre le aterrorizaba.

A veces le daba por pensar que ya había cumplido con su parte en la guerra contra el Imperio, y que se había ganado el derecho a recuperar su propia vida. Algunas de esas veces había estado a punto de empezar a redactar su carta de renuncia, cuyo contenido completo había escrito y reescrito en su mente, pero siempre se obligaba a sí mismo a no sentarse a la consola, a apagarla incluso si es que estaba encendida. Sabía que si alguna vez escribía esa carta a continuación la enviaría, y entonces ya no habría vuelta atrás. En esos momentos pensaba en las miradas de sus compañeros cuando fuera a despedirse, y un sentimiento de vergüenza lo inundaba. Muchos de ellos llevaban combatiendo desde mucho antes de que él pusiera sus pies por primera vez sobre la cubierta de una nave militar. Algunos no tenían ya una vida a la que volver, pues el Imperio o la propia guerra les había quitado todo lo que les importaba antes de convertirse en lo que eran ahora. La mayoría entenderían sus razones, seguro que sí. Seguramente nadie le reprocharía nada, pero Ibero no se sentía capaz de abandonarles sabiendo que al día siguiente volverían a jugarse la vida, sin él. Había intentado explicárselo a su mujer, pero ella no le dejó hablar. "Hay cosas que es mejor no intentar explicarlas" había dicho, y tenía razón. Ibero temía, aunque no se atrevía a preguntárselo directamente, que Fe pensara que por no dejar a sus compañeros en la estacada era a ellas a las que estaba, quizá, abandonando. *Esto se me está haciendo más difícil cada día que pasa.* Ibero soltó un taco y abrió la puerta de su camarote, uniéndose a otros pilotos que corrían ya por el pasillo en dirección al hangar principal o a la cubierta de vuelo. Dentro del armario, el holoprojector se quedó encendido, mostrando aún la imagen congelada de su familia.

Los cuatro elevadores del *Guarida del Lobo* estaban funcionando al máximo de su capacidad, bajando cazas desde la zona de estacionamiento hasta la cubierta de vuelo, donde se hallaban sólo las naves que se hallaban ya a la espera de salir antes de que sonara la alarma. El ala-A que precedía a Spuk se colocó en posición sobre la plataforma del elevador más cercano y

desapareció hacia abajo. Él era el siguiente. Mientras esperaba su turno de lanzamiento, Spuk inició los cuatro motores del ala-X y comprobó en el panel de instrumentos las lecturas de cada uno de ellos. Sentía un extraño nudo en el estómago. Esto no era un ejercicio. Los láseres se iban a disparar a plena potencia - y no sólo con la justa para "iluminar" los sensores, como se hacía en las maniobras de entrenamiento - y misiles y torpedos serían lanzados de verdad, no solamente simulados. La última vez en la que Spuk tuvo que luchar por su vida, su ala-A fue alcanzado por uno de los cañones de iones del destructor imperial *Indomable*. Minutos más tarde su caza desactivado fue arrastrado a bordo por un rayo tractor y a Spuk lo capturaron. Se había pasado más de dos años en un campo de concentración, hasta que poco después de la batalla de Endor encontró la ocasión de escapar junto con un puñado de prisioneros. Descubrió con sorpresa que la Alianza Rebelde que había conocido ya no existía, transformada en la Nueva República - hacía meses que no llegaban nuevos prisioneros al campo, y por tanto ni él ni sus compañeros de fuga tenían noticias recientes del exterior -, y supo de inmediato cuál era su sitio. Pocos meses más tarde volvía a servir en un escuadrón de cazas. Hasta ahora, todas las misiones en las que había participado habían sido patrullas y prácticas - la mayor parte de la acción desde que estaban en Seibergia la habían acaparado los Zarpas de Lobo -, e incluso un par de salidas con la lanzadera de búsqueda y rescate. Pero ahora la cosa volvía a ir en serio. Su corazón latía con la ansiedad propia de los momentos previos al combate, tal y como lo había hecho hacía una eternidad - o eso le parecía -, cuando abandonó con su nave el hangar del crucero moncalamari *Intrépido* para no regresar. Spuk supo que iba a experimentar una fuerte sensación de *dejà-vu* cuando volara a través del campo de contención magnética del *Guarida del Lobo* pilotando este ala-X, tan nuevo que apenas tenía aún una sola rozadura. El ala-A en el que lo capturaron también era nuevo. *Pero esta vez estaré de vuelta a la hora de la comida. Lo prometo.*

El elevador que tenía enfrente volvió a su posición. Cuando se encendieron las luces verdes de los montantes conectó los repulsores y condujo suavemente el ala-X hasta la plataforma, posándose justo en el centro del círculo blanco. En cuestión de segundos el elevador se detuvo en el nivel de la cubierta de vuelo y Spuk recibió la autorización para despegar. Cerró la carlinga y volvió a dirigir energía a los repulsores. A su derecha, el ala-X pilotado por Ibero, mucho más parcheado que el suyo, comenzó a moverse hacia la salida de estribor. A su izquierda dos ala-B, los pilotados por Parody y por Sparks, iniciaban también la maniobra de despegue. Eran los cuatro últimos en salir. Uno tras otro, de derecha a izquierda, cruzaron el umbral y Spuk sintió el ya anunciado escalofrío. *A la hora de comer*, se repitió a sí mismo. Al dejar atrás las paredes del hangar un millón de estrellas le rodearon, pero no era momento de pararse a contemplar la vista.

- Todos los cazas- sonó fuerte y clara la voz de Víbora a través del comunicador. - Confirmad por números y seguidme.

- Aquí Dos-Cuatro - respondió Spuk cuando le llegó el turno justo al final de la lista. - Preparado, Líder.

- ¡Escuadrón Cabeza de Lobo, no abráis fuego, repito, no abráis fuego contra los ala-X corelianos! - ordenó Araña, utilizando la misma frecuencia

abierta que el comandante coreliano. Esperaba que con eso fuera suficiente para que los otros hicieran lo mismo. *A menos que hayan decidido dispararnos hagamos lo que hagamos* - Cambiad vuestro rumbo para dejarles pasar sin que haya peligro de colisión - Araña empujó la palanca de vuelo hacia delante, haciendo descender suavemente a su ala-A por debajo de la formación de cazas corelianos. Sunami, que volaba como su hombre-ala, imitó la maniobra siguiéndolo de cerca. Reek y Halcón viraron hacia babor, mientras que Solo y Sacart lo hicieron hacia estribor. El tono de aviso cesó cuando los ala-X corelianos alcanzaban la posición que habían ocupado instantes antes las naves del escuadrón Cabeza de Lobo. El ordenador de vuelo interpretó las lecturas de los sensores indicando la proximidad de las otras naves, y envió a los auriculares de Araña un sonido generado artificialmente que se asemejaba mucho al que haría un grupo de ala-X dando una pasada a baja altura sobre un observador estático. Araña miró hacia arriba justo a tiempo de vislumbrar la panza y la parte inferior de las alas pintadas en blanco y verde de uno de los cazas corelianos antes de que se perdiera de vista. Resopló con momentáneo alivio. *Muy bien, ¿y ahora qué?*

Los corelianos, que no habían alterado su espectacular formación en lo más mínimo hasta el último instante, la rompieron de forma rápida pero ordenada en elementos de cuatro cazas, y giraron ciento ochenta grados en persecución de los aparatos de la Nueva República.

- Aquí Diez. Parece que son ellos quienes se nos quieren pegar a la cola, Nueve - transmitió Solo.

Araña echó un vistazo a su pantalla sensora trasera y frunció el ceño. - Vale, si quieren jugar, jugaremos.

- No me parece una buena idea, Nueve. De momento deberíamos limitarnos a volar a la evasiva. Cualquier movimiento agresivo por nuestra parte y ya no habrá quien pare la carnicería.

- Copiado. Quizá tengas razón - *O quizá estás tan sólo intentando retrasar lo inevitable. Si nos vemos obligados a defendernos, ¿serás capaz de abrir fuego contra tus compatriotas?* Araña torció el gesto. No podía preguntarle eso a Solo ahora, en mitad de este jaleo, y con el resto de pilotos escuchando. *Hay que fastidiarse, como si no tuviéramos ya bastantes problemas.* Frente a él, Araña podía ver ya a simple vista las luces de posición de una veintena de naves de distintos tamaños, el grueso de la flota coreliana aproximándose. Según sus sensores, las tres de delante eran fragatas CC-9800. Araña inspiró profundamente antes de efectuar su siguiente transmisión. - Vamos a ver si podemos mantener ocupados a estos cazas durante un rato sin que empiecen los tiros. Pase lo que pase no os acerquéis demasiado a las fragatas.

Escuchó cinco clicks en rápida sucesión. Todos su compañeros confirmaban que habían copiado sus instrucciones. Apenas un segundo más tarde su indicador de amenaza volvió a parpadear. Tenía a cuatro ala-X detrás de él, y al menos dos estaban apuntándole con sus sistemas de guiado.

- Cazas de la Nueva República - se escuchó la voz del comandante Baler una vez más -, retírense inmediatamente a un radio de no menos de diez kilómetros de nuestras naves. Hagan lo que les digo o abriremos fuego contra ustedes.

- Lo siento, comandante - respondió Araña intentando no sonar tan irritado como se sentía por la prepotencia del coreliano. - Como ya le he explicado antes, tenemos órdenes de inspeccionar sus cargueros primero.

- Hoy no vais a inspeccionar nada - Sin más aviso que el repentino paso al tuteo, como si Baler hubiera decidido acabar con los formulismos, uno de los cazas que seguían a Araña disparó. Vio pasar los rayos anaranjados por ambos flancos de su ala-A, y el ordenador de vuelo generó el correspondiente sonido en cada uno de sus auriculares. No podía saber si el que había apretado el gatillo era Baler o no, pero de todos modos sintió que la sangre le hervía en las venas. Puesto que no le habían dado, aquello había que considerarlo como fuego disuasorio, por seguir la definición del capitán de fragata Wumb, pero el cuerpo le pedía devolverlo. *No sé cómo va a acabar esto, pero tengo que enseñarle modales a ese cuello tieso.*

- Comandante Baler - dijo Araña en un tono mucho más duro que el que había empleado hasta el momento. - Tengo que avisarle. No nos obligue a llevar a cabo ninguna acción ofensiva - Se sintió casi enfermo. Por un instante se preguntó si su malestar tendría algo que ver con sus recientes dificultades para conciliar el sueño, o con las albóndigas de a saber qué carne había preparado Ivonne - la cocinera wookiee del escuadrón - para la última comida que había probado, pero lo descartó todo con una sacudida de cabeza. *Son estos corelianos creídos los que me están dando náuseas.*

- No nos obliguéis vosotros a hacerlo- respondió Baler. - Este disparo ha sido sólo un aviso, pero me estoy hartando ya de vosotros. Salid de aquí u os freímos.

Inmediatamente tras el primer disparo, Sunami había incrementado la distancia que lo separaba del caza de Araña. Eso le ponía en situación de amenazar a sus perseguidores y proteger si era preciso a su jefe de vuelo, pero también lo dejaba indefenso ante otro cuarteto de ala-X que tomaba posiciones a su cola. *Malditos sean... ¡Nos están empujando como si fuéramos una manada de estúpidos banthas de Tatooine!*

- Nueve, dame la orden y le doy un susto a ese bastardo - dijo Sunami.

- Y entonces los otros te mandan a ti al infierno. Todavía no, Dos-Tres. - *Aunque no será por falta de ganas.* - El capitán de fragata Wumb nos ha ordenado aguantar el tipo mientras no nos den a ninguno, y de momento no se han atrevido a tanto.

- Me encanta - masculló Sunami en respuesta.

En el puente principal del acorazado *Alma Valiente*, la capitana de navío Gen'yaa apenas podía contener su impaciencia. Nadie que la estuviese observando sería capaz de adivinar su inquietud, no obstante. Parecía un bloque de hielo con forma humanoide, la expresión inmutable mientras aguardaba de pie y en discreto silencio junto al vicealmirante Sinensis y al capitán del *Alma Valiente*, un nativo de Duros de piel azulada llamado Odicri. Nada más tener noticia de su entrada en el sistema, el almirante le había ordenado al oficial de comunicaciones del puente que contactara con los mandos corelianos, pero pasaba el tiempo y seguían esperando una respuesta que no llegaba.

- Parece que no quieren hablar con nosotros - dijo Sinensis con cara de circunstancias. Como tantos otros altos oficiales de la Nueva República, había iniciado su carrera en la Armada Imperial. Eso había sido hacía más de veinte años, antes de que apareciera la Rebelión, o al menos antes de que su existencia fuera conocida por el Imperio. Sinensis trabajó lealmente a las

órdenes del Emperador durante quince años. En los dos últimos el crucero ligero que comandaba fue asignado con frecuencia a la tarea de transportar numerosos grupos de trabajadores a aquellos lugares en los que se estuvieran llevando a cabo construcciones de índole militar, de un extremo a otro de la galaxia conocida. Nada que no fuera habitual en tiempos de paz, salvo por el detalle de que la gran mayoría de esos trabajadores eran en realidad esclavos pertenecientes a varias especies alienígenas, principalmente wookies y moncalamaris. Sinensis se sentía tan disgustado por verse obligado a llevar a cabo este tipo de misiones que, tras ver rechazadas varias peticiones de cambio de destino, estaba decidido a presentar su dimisión en la Armada y comenzar una nueva vida en la flota mercante. Fue entonces cuando se le aproximó un antiguo compañero de la Academia Naval, que finalmente lo reclutó para la causa de la Alianza Rebelde. Ahora, cuando llevaba ya siete años combatiendo al Imperio al que una vez sirvió, Sinensis todavía sentía una punzada de vergüenza en lo más hondo de sus ser cuando se encontraba con un miembro de alguna de las especies que ayudó a esclavizar. Su profundo conocimiento del cúmulo Viayak, acumulado durante sus años como capitán imperial, hizo de él la persona más adecuada para recibir el mando de las operaciones de la Nueva República en el área. Gen'yaa sabía todo esto porque había tenido acceso a una copia de su expediente militar, proporcionado por sus contactos en la red de espías bothan. Siempre era bueno saber para quién trabajaba una.

- Eso no debería sorprendernos, señor – dijo la bothan respondiendo al último comentario de Sinensis. - No iniciarán conversación alguna con nosotros hasta que se hayan hecho con el control del sistema. Eso les dará una ventaja decisiva en unas hipotéticas negociaciones con la Nueva República.

Odicri movió la cabeza de un lado a otro. – La única cosa que se negociará será a qué velocidad, si rápida, o muy rápida, nos tenemos que ir de aquí.

- Cuentan con que el poderío de la flota que han enviado nos disuadirá de presentar resistencia alguna – confirmó Sinensis -, pero no podemos quedarnos aquí mirando mientras ellos toman el sistema, y negociar entonces una rendición política. Si la Nueva República muestra semejante debilidad apenas un año después de ser fundada, muchos verán en ello la prueba de que el Imperio terminará derrotándonos al final, por muchas que sean las victorias que hemos acumulado hasta el momento. La Nueva República quedará deshecha en menos tiempo del que se tardó en redactar la declaración de su creación.

- *Alma Valiente*, aquí el capitán de fragata Wumb del *Guarida del Lobo*.-

El vicealmirante asintió en dirección al oficial de comunicaciones. – Aquí el vicealmirante Sinensis. Le copiamos alto y claro, capitán.

- Señor, están disparando contra nuestros cazas de perímetro. Todavía no hay bajas, pero no sé por cuánto tiempo más podrán mantener la posición.

Sinensis frunció el ceño con preocupación. - ¿Los corelianos han lanzado torpedos o misiles contra nuestra gente?

- Negativo, señor. Sólo han usado láseres, pero de momento no parece que tengan intención real de derribarlos. Mi impresión es que aún no les han dado permiso para hacerlo.

- Bien – El almirante pareció animarse un tanto. - Al menos eso demuestra que no vienen buscando una confrontación directa. Quizá todavía

podamos negociar sin tener que rendirnos. Hemos enviado a todos nuestros ala-Y en su ayuda. Estarán allí en... doce minutos, quizá algo menos.

- El resto del escuadrón Cabeza de Lobo está también en camino hacia el área en la que se encuentran sus compañeros. Los alcanzarán en dos minutos, pero los cazas por sí solos no van a ser amenaza suficiente como para que la flota coreliana se detenga.

- Eso ya lo sé. ¿Cuál es su tiempo estimado de llegada a la zona de conflicto?

- Considerando que la zona de conflicto se está moviendo hacia nosotros, calculo diez minutos.

- De acuerdo. – A una señal del capitán Odicri, uno de los oficiales del puente hizo que las estimaciones para el resto de naves aparecieran sobre la consola más cercana al almirante. Sinensis se dio cuenta y comenzó a leer los datos en voz alta en beneficio del capitán de fragata Wumb. – Cuatro de nuestras corbetas estarán allí en unos quince minutos. Las fragatas *Arvel Crynyd*, *Koth Melan* y *Bria Tharen* llegarán poco después. He tenido que dejar en retaguardia a las otras dos corbetas y a la fragata restante, por si a los seibergios se les ocurre unirse a la refriega. Ya sabe que tienen varias naves en órbita. – A Gen'yaa le sonó como si el almirante se estuviera excusando por no ayudar a Wumb con todas las fuerzas disponibles. *Sabe tan bien como yo que lo está enviando al matadero.* – Por otro lado, al *Alma Valiente* tardará aún media hora en llegar. Ojalá pudiéramos ir más deprisa.

- Sé lo que tenemos que hacer, señor.

- Buena suerte, capitán.

- Gracias, señor. *Guarida del Lobo* fuera.

El vicealmirante Sinensis asintió con solemnidad, aunque Wumb no pudiera ver el gesto. Gen'yaa no dijo nada. Lo que el sulustano tenía que hacer podía significar la pérdida del *Guarida del Lobo* y de su tripulación, incluyendo al propio Wumb. Ella había estado otras veces en situaciones en las que morir con su nave parecía algo más que una posibilidad, y de hecho había estado a punto de suceder con el *Cueva del Lobo*. Lo que era nuevo para ella era esta sensación de temer por su nave y por su gente pero encontrarse lejos de ellos, incapaz de ayudar e incapaz de compartir su destino, fuera el que fuera. Le cambiaría el puesto a Wumb ahora mismo si tuviera la ocasión. Se dio cuenta de que el almirante la estaba mirando, y vio la comprensión en sus ojos. Gen'yaa hizo entonces algo que muy pocas veces antes había hecho en su vida. Rehuir la mirada de alguien.

Araña echó un rápido vistazo sobre su hombro y vio dos ala-X muy cerca de su cola, cambiando de posición entre ellos a medida que él maniobraba para tenerlo siempre cubierto. Uno de ellos disparó otra salva con sus láseres que pasó a metro y medio escaso por encima de su cabeza, llegando a hacer brillar sus escudos por un instante. *Ese hijo de... ¿Hasta cuándo tendremos que aguantar esto?* Cada vez más irritado, Araña comenzó a realizar maniobras evasivas con el único objetivo de mantener ocupados a los pilotos corelianos, y sin apartar la vista mientras lo hacía de las cada vez más próximas fragatas CC-9800. Contra eso no iban a poder hacer nada mientras no recibieran apoyo. El sudor le había empapado ya por completo el cuello del mono de vuelo y le seguía cayendo por la frente. Una gota se le metió en un

ojo y el escozor le obligó a parpadear. Araña maldijo entre dientes y bajó el nivel de los calentadores, pero no estaba sudando por que tuviera calor y lo sabía. Su malestar físico se unía a su ansiedad creciente. Quitó el seguro que cubría el gatillo principal de la palanca de mando y lo acarició con dos dedos, preguntándose si sería capaz de derribar al menos a un par de sus perseguidores antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Casi sin pensarlo, movió el selector de armamento hacia la posición correspondiente a los misiles de impacto, al tiempo que ponía el disparador en modo dual, de forma que los dos lanzadores se activaran a la vez con una sola pulsación del gatillo.

El ordenador de vuelo emitió un pitido. Otra nave acababa de salir del hiperespacio, transmitiendo una identificación amigo-enemigo perteneciente a la Nueva República.

- ¡Nueve, aquí Siete!- llamó Reek. – ¡Es la lanzadera del comité, ha reentrado en espacio normal justo entre los corelianos y nosotros!

- ¿Entre...? – Araña no tuvo tiempo de acabar la frase. La fragata que iba en cabeza disparó una ráfaga con sus baterías delanteras que acertó de pleno a la lanzadera, colapsando sus escudos en el acto. Un segundo disparo apenas una décima de segundo más tarde la hizo estallar. Durante un instante se vieron pequeños fragmentos incandescentes, alejándose en todas direcciones de la nube de fuego que ocupaba el lugar donde había estado la nave, y que ya empezaba a desvanecerse. Un momento después no quedaba nada. La tripulación y los pasajeros de la lanzadera no sabrían jamás qué los había matado. Araña sintió una furia ciega creciendo dentro de él y dominándolo por completo.

- ¡Guarida del Lobo, aquí Cabeza de Lobo Nueve! - transmitió al tiempo que echaba otra mirada hacia los ala-X a su espalda. Repitió la llamada dos veces, pero no recibió más respuesta que un chisporroteo de estática. Los cruceros corelianos estaban utilizando sus potentes sistemas de contra-medidas causando interferencias en todas las frecuencias de la Nueva República. Las unidades de comunicación de sus cazas no serían capaces de transmitir más allá de un radio de seis o siete kilómetros. Araña casi sonrió. Nadie podría acusarle de no haber pedido confirmación antes de disparar como le había sucedido a Alce. Nuevos puntos de color verde aparecían ya en los límites de sus pantallas sensoras. Por su rumbo parecían provenir de la posición del *Guarida del Lobo*. Tenía que tratarse del resto del escuadrón, y ya casi estaban allí. Araña tomó una decisión. *Se acabó la espera*.

- Aquí Nueve. Ésa era una de nuestras naves y está claro que han disparado contra ella con intenciones hostiles y no disuasorias – Su voz sonó rasposa pero firme. Tragó saliva para aclararse la garganta antes de hablar de nuevo. Cuando lo hizo se sintió bien por primera vez en mucho tiempo, súbitamente calmado, casi como si se encontrara en reposo. – Ahora ya podemos disparar nosotros, y vamos a derribar a tantos de ellos como podamos.

- ¡Nueve, espera! – llamó Solo.

- A mi señal – ordenó Araña ignorando por completo a su compañero. Los extremos de su boca se curvaron hacia arriba en una sonrisa feroz. – Uno, dos, tres, ¡AHORA!

STAR WARS DAÑOS COLATERALES

Capítulo X

Su primer pensamiento semiconsciente fue de sorpresa. Alce recordaba vagamente haber oído alguna vez que ésa era una sensación bastante común en personas que se enfrentaban a lo que parecía una muerte segura y descubrían más tarde que, contra toda esperanza, habían sobrevivido. Ésta era ya la tercera vez que Alce pasaba por el angustioso trance de ser derribado, pero en las otras dos ocasiones le había sucedido en el espacio, y además era él quien pilotaba. La primera vez había conseguido eyectarse a tiempo de su ala-Y, y tuvo la suerte de que le recogieran a los pocos minutos. La segunda se quedó atrapado en los restos de su ala-B, y para cuando llegaron hasta él estaba medio muerto de frío. De hecho tuvo que pasar un día entero metido en un tanque bacta con síntomas de congelación severa en manos y pies. Aquello le había parecido terrible, sin duda, pero no había sido nada comparado con esto. *El terror de ver la tierra cada vez más y más cerca, girando salvajemente ante tus ojos hasta que todo resulta irreconocible. La fuerza de la gravedad tirando de tus entrañas en cien direcciones diferentes haciendo inútiles los esfuerzos del compensador inercial de la nave, mientras que el corazón parece que se te va a salir por la boca.* Su mente intentaba aún poner en orden todas esas traumáticas sensaciones, preguntándose en primer lugar qué había pasado exactamente. *Algo golpeó la lanzadera y un segundo después caíamos fuera de control. ¿Alguien nos disparó?* Se esforzó por recordar algo más. *Había nieve, mucha nieve, una roca grande, el sonido del metal desgarrándose a nuestro alrededor...* Alce parpadeó varias veces antes de abrir del todo los ojos, completamente aturdido. Lo primero que vio fueron los copos de nieve estrellándose contra el visor frontal, que estaba rajado. La brecha corría en diagonal desde la esquina superior izquierda hasta casi el extremo contrario. Más allá pudo apreciar muy poco del paisaje, oculto por una larga sección de lo que probablemente había sido el ala izquierda. Lo poco que podía ver eran rocas y nieve blanca, purísima, todo inclinado casi verticalmente desde su punto de vista. Eso junto con el modo en que las correas que le sujetaban al asiento le apretaban el cuerpo le hicieron darse cuenta de que la nave estaba prácticamente volcada sobre su flanco derecho. Alce se sentía como si le hubiera caído un ráncor sobre la cabeza. Tenía un sabor salado en la boca. Por lo que le dolía la lengua, seguramente se la había mordido en el momento del impacto. Intentó moverla para tocarse el paladar y entonces le dolió aún más, pero al menos comprobó que no se la había seccionado. Aparte de eso parecía que había salido ileso. Alce movió la cabeza de un lado a otro, despacio, y de pronto, como si alguien hubiera encendido de golpe la luz en el interior de su cerebro, recuperó plenamente la consciencia.

Con la comprensión le llegó un horrible pensamiento que lo dejó paralizado. *¿Y si soy el único superviviente?* Y entonces otro peor. *Oh, Avery, mi Avery...*

- *¿E-Eztáis tod-doz bien?*- Su propia voz sonó irreconocible en sus oídos, casi tanto como sus palabras, pronunciadas sólo a medias. Miró a su alrededor. El interior de la cabina era un completo desastre, aunque la estructura había resistido bastante bien el choque. Frente a él, los respaldos de los dos asientos delanteros le impedían ver a Rúster y a Lllamarada. No, eso no era del todo cierto, algo sí que veía. Parte del brazo y de la pierna izquierdos de Lllamarada, colgando inmóviles sobre el reposabrazos acolchado. Esa visión le llenó de pánico. *No, no, no puede estar muerta, ella no, oh, no, por favor...* Sin apartar la vista del brazo de Lllamarada, Alce se debatió intentando soltar las correas de seguridad, pero parecían haberse atascado o él al menos se veía incapaz de abrirlas. Tragó sangre y saliva ignorando la molestia de la lengua, en un intento por aclararse la garganta. - *¿Estáis todos bien?*- repitió, esta vez con mucha mayor claridad. Durante unos terribles instantes pensó que nadie iba a responder. De repente percibió movimiento a la izquierda de Lllamarada. La mano derecha de Rúster era apenas visible, oscilando a medio camino entre su asiento y el de Lllamarada. Alce la vio levantarse lentamente y desaparecer tras el respaldo.

- Estoy... aquí - dijo la lumi en un tono tan bajo que casi no la oyó.

- *¿Puedes ver... cómo está Lllamarada?* - preguntó Alce peleando aún con los cierres de las correas. Con el rabllo del ojo vio al doctor Al Saruff, desplomado e inmóvil contra el mamparo de la derecha, pero Alce sólo podía pensar en Lllamarada. *Avery, por favor, por favor...*

- Creo que se ha desmayado - respondió Rúster al cabo de un momento, su voz un poco más firme. - Pero parece que está bien...- En ese momento oyeron quejarse a Lllamarada. Alce dio un respingo.

- No, no lo estoy - se le escuchó decir por fin, aunque el dolor hacía su voz más aguda de lo normal. - La cabeza me da vueltas y el brazo me duele horrores...

- Si te duele es que estás viva - dijo Alce en un tono cargado de alivio. Después de creerla muerta por un instante, el que Lllamarada pudiera haberse roto un brazo le parecía una minucia. Escuchó un click y a punto estuvo de ir a parar encima del doctor. La hebilla de las correas de seguridad se había abierto. En su nerviosismo había estado tirando del cierre en lugar de presionarlo. Casi se echó a reír.

- Supongo que sí - gruñó Lllamarada. - Pero recuérdame luego que te rompa uno de los tuyos por ese comentario.

Rúster volvió la cabeza para mirar a Ben Al Saruff. - *¿Doctor? ¿Está usted bien?*

- Está inconsciente- dijo Alce. Ahora que había conseguido liberarse pudo girarse para ver mejor al ithoriano, sujetándose bien para no caerse. Su primera impresión de que el doctor estaba apoyado contra el mamparo era correcta. El asiento estaba prácticamente arrancado del suelo. Al Saruff tenía los ojos cerrados, pero su pecho se movía rítmicamente bajo la holgada túnica. - No hay heridas que yo pueda ver.

- *¿Alcanzas a levantarle uno de sus párpados?* Mira a ver si se le dilata o se le contrae la pupila - Rúster había seguido varios cursos de medicina básica y primeros auxilios antes y después de convertirse en piloto de

búsqueda y rescate. Alce sabía que era muy competente en el tratamiento de urgencia de quemaduras, fracturas y daños causados por exposición al vacío.

- Un segundo - Alce se estiró cuanto pudo y levantó con mucho cuidado con dos dedos el párpado izquierdo del ithoriano - Sí, se dilata - Al soltarlo, el párpado se cerró de nuevo con elasticidad.

Rúster abrió con facilidad el cierre de sus correas y se giró en el asiento tanto como pudo sin caer sobre Lllamarada. - No llego desde aquí. Intenta tomarle el pulso.

- ¿En el cuello? - preguntó Alce inseguro mientras ponía la mano sobre el grueso cuello de Al Saruff. Le pareció que era como tocar roca sólida.

- No, prueba mejor en la muñeca.

Alce movió los dedos sobre la piel rugosa que cubría la muñeca izquierda del doctor hasta que encontró un abultamiento que podría corresponderse con una arteria. Efectivamente, enseguida notó los potentes latidos. Los contó durante unos instantes, haciendo un cálculo mental. - No puedo ver bien mi cronómetro sin soltarme, pero yo diría que tiene el pulso muy rápido, unas ciento cincuenta o ciento sesenta pulsaciones por minuto.

- Creo que eso es más o menos normal para un ithoriano. No soy experta en ellos, pero creo que el doctor tiene una conmoción, una grande. Si eso es todo lo que tiene se recuperará. ¿Y tú como estás?

- Bien, bastante bien - Lo cierto era que ya casi no se acordaba del corte en la lengua y el dolor de cabeza se le había pasado. - ¿Puedes hacer algo por Lllamarada?

Rúster observó al doctor durante algunos instantes más y luego asintió con la cabeza. - Vamos a ver ese brazo, Avery - La lumi apoyó medio cuerpo sobre el asiento de Lllamarada y extendió el brazo izquierdo hasta poder tocar el derecho de su compañera. Ni siquiera llegó a apoyarse, pero Lllamarada no pudo evitar soltar un chillido.

- Se nota un abultamiento extraño aquí, cerca de la muñeca - dijo Rúster pasando la mano con extremo cuidado sobre la superficie del brazo. - Tienes roto el cúbito y probablemente también el radio. Intentaré hacer algo al respecto en cuanto podamos salir de aquí - La lumi rebuscó en uno de los bolsillos de su mono de vuelo y extrajo un par de píldoras. - Son sedantes - explicó mientras se los ponía a Lllamarada entre los labios. - Trágalos.

Lllamarada obedeció. - Gracias.

- De nada - Rúster echó una mirada a través del visor rajado y a continuación inspeccionó la unidad de comunicaciones. Probó a pulsar varios botones sin resultados aparentes. Como el resto de instrumentos del panel los indicadores de la unidad de comunicaciones estaban opacos, sin mostrar señal alguna de vida.

- Nada, tan frita como todo lo demás, me temo. - Se giró para mirar hacia atrás. - Alce, creo que deberíamos salir cuanto antes.

- ¿Crees que esto puede aún explotar?

Rúster negó con la cabeza. - No, no lo creo. Es otra cosa lo que me preocupa.

Alce frunció el ceño por un instante, comprendiendo. - Nos derribaron - dijo en tono de afirmación. Rúster asintió. - ¿Pudiste ver qué fue lo que nos disparó?

- Sí. Un AT-ST imperial.

Alce casi se atragantó. – Mierda. Espero que Raiven y Drake lo hayan visto y den buena cuenta de él. Mientras tanto intentaré abrir una salida.

- Vale. Mientras lo haces veré qué puedo hacer por el doctor - La lumi se movió con cautela, intentando llegar hasta el ithoriano a través de la estrecha separación entre su asiento y el de Lllamarada. Alce la sujetó hasta que pudo apoyarse de pie sobre el propio mamparo, con cuidado de no pisar al doctor.

- ¿Dónde viste ese AT-ST?

- Hacia el sudoeste, siguiendo el sendero. Justo al otro lado de un paso muy estrecho entre dos paredes de roca.

- Entendido. Iré a echar un vistazo con los electrobinoculares.

Alce se arrastró con dificultad sobre el asiento del ithoriano y alcanzó la puerta de la cabina. Ésta daba acceso al habitáculo intermedio situado entre el compartimento de carga y pasajeros y la cabina, y en él se ubicaba el acceso a la rampa de salida. El marco izquierdo de la puerta, convertido ahora en lado inferior dada la posición inclinada de la nave, había decidido a la presión del mamparo y estaba torcido hacia arriba. La puerta, que se recogía sobre ese lado, se había quedado completamente bloqueada, aunque por fortuna no estaba cerrada del todo. Quedaba un hueco de unos cuarenta centímetros, suficiente en principio para pasar. Alce apoyó el abdomen sobre el borde engomado de la puerta y se asomó al otro lado. La puerta no cedió ni un ápice bajo su peso. *Vamos a tener que ampliar la abertura para que pase el doctor.* Las luces de emergencia habían fallado, así que sin más luz que la que llegaba desde la cabina el compartimento estaba bastante oscuro. Alce sacó una pequeña linterna de bolsillo e iluminó con ella el compartimento. Había una caída de casi cuatro metros hasta el mamparo derecho, pero eso no sería un obstáculo insalvable. Había pequeños agarraderos repartidos por las paredes, más o menos a medio metro unos de otros, que servían para facilitar los movimientos del personal en condiciones de ingravidez. Alce se colocó la linterna entre los dientes y se fue sujetando a los agarraderos para descender sin peligro.

- Alce, ¿estás bien?- llamó Rúster desde la cabina.

- Sí - respondió Alce cuando pudo liberar una mano y sujetar con ella la linterna. Tenía ganas de escupir, pero el acondicionamiento mental de años como piloto le impedía hacerlo estando aún dentro de la nave, por muy mal estado en que se encontrara. - Voy a intentar abrir la rampa.

- Si ves que no puedes, prueba suerte con la esclusa de emergencia que encontrarás en la parte superior.

- De acuerdo.

Alce apoyó ambos pies lo mejor que pudo sobre el armario que cubría la mayor parte del mamparo derecho, convertido ahora en suelo, y que había reventado a causa del golpe. Sus contenidos estaban esparcidos por todo el compartimento, aunque muchos habían vuelto a caer encima del propio armario. Entre el caos de objetos que habían quedado apilados de cualquier forma Alce vio trajes de vacío, monos térmicos, abrigos y botas diseñados para uso en climas árticos, células de energía y herramientas de todo tipo. Los controles de la rampa estaban en el mamparo opuesto a la cabina, junto a la puerta doble que daba acceso al compartimento de pasajeros, cuya hoja izquierda estaba bastante dañada. Alce esperaba que pudieran abrirla para acceder a parte al menos del cargamento, pero primero tenían que conseguir salir. Al apoyar la palma sobre la placa de apertura de la rampa no sucedió

nada. *Vaya sorpresa*, pensó mientras comenzaba a buscar el mecanismo de emergencia. Enseguida vio una etiqueta amarilla cerca de los inoperantes controles, indicando un panel oculto debajo. Alce lo abrió y rompió el precinto que cubría la palanca que había en el interior. Tiró de ella con fuerza tal y como indicaba la etiqueta, aunque no le hacía falta leerla para saber cómo usarla. El ruido producido por la detonación de los microexplosivos instalados en las juntas de la rampa sorprendió a Alce por lo escaso. La rampa se había abierto apenas unos centímetros. Por la parte inferior se coló un poco de nieve. Alce masculló una blasfemia y metió la mano por el hueco para asegurarse, pero lo que se temía era cierto.

- Maldita sea... ¡Estamos medio enterrados en la nieve!- Pateó la rampa varias veces con todas sus fuerzas, pero no tardó en convencerse de que era imposible abrirla. - Vale, vamos a ver qué pasa con la esclusa superior.

Alce se acercó hasta el techo de la lanzadera, ahora pared, y movió por él el foco de luz de la linterna hasta que vio dónde exactamente estaba la esclusa. En lugar de volver a ponerse la linterna entre los dientes la colocó encendida dentro de uno de los bolsillos que llevaba en el pecho de su cazadora, y se apoyó en los agarraderos que había bajo la esclusa para alcanzarla, no sin cierta dificultad. Junto a la esclusa encontró otro panel prácticamente idéntico al de la rampa. Esta vez, al tirar de la palanca la esclusa se abrió hacia fuera con fuerza, haciendo un ruido semejante al de una arcaica botella de vidrio al ser descorchada. Un viento helado le golpeó en la cara empujando gruesos copos de nieve por encima de sus hombros hacia el interior de la nave, al tiempo que la luz lo deslumbraba por unos instantes. Alce apagó la linterna y asomó la cabeza por la esclusa, protegiéndose los ojos con la mano. La nieve alcanzaba hasta poco más de medio metro por debajo de donde se encontraba. La apertura había quedado orientada aproximadamente hacia el norte y Rúster había dicho que el AT- ST estaba hacia el sudoeste, por lo que le pareció seguro salir. El casco de la *Compasión* le ocultaría de sus atacantes, en el caso de que estuvieran vigilando el lugar del impacto en busca de posibles supervivientes. Decidió regresar al interior de la nave y empleó un par de minutos en equiparse para el frío con las ropas termales que encontró tiradas por allí. También cambió sus botas de piloto por otras más adecuadas para caminar por la nieve. Cuando estuvo preparado volvió a escalar hasta la esclusa y salió al exterior. Al apoyar su peso sobre la nieve recién caída se hundió en ella hasta las rodillas.

En ese momento escuchó el sonido de los motores de un ala-X desvaneciéndose a lo lejos. Escudriñó el cielo en su busca pero era imposible ver más allá de las nubes. *¿Se van? No puede ser, tienen que haber visto dónde estamos. Incluso si no nos han visto caer a causa de la tormenta, sus sensores tienen que detectar por fuerza una masa metálica tan grande como la Compasión.* Alce echó rápidamente mano a su comunicador, esperando que la distancia no fuera tan grande aún como para que Raiven y Drake no pudieran captar ya su señal, pero cambió de idea y no llegó a activarlo. Si había un caminante imperial en los alrededores sería mejor no anunciarles que habían sobrevivido al impacto. - Tienen que tener una buena razón para dejarnos aquí - murmuró para sí mismo, preguntándose qué podía ser tan importante como para que sus compañeros se marcharan de esa forma, sin comprobar si estaban bien, sin buscar y neutralizar al AT-ST que los había derribado. Ninguno de los pensamientos que se le venían a la cabeza resultaban

alentadores. *Espero que las cosas vayan bien ahí arriba.* Avanzando con cuidado, se alejó unos pocos pasos y se volvió para inspeccionar brevemente la lanzadera.

La mayor parte del ala izquierda descansaba sobre la sección de la cabina, pero pudo ver otros restos repartidos alrededor de una gran roca a unos doscientos cincuenta metros hacia el noreste, y también a lo largo del surco de algo más de cien que la lanzadera había dejado en la nieve al arrastrarse desde el punto donde había tocado tierra por primera vez. Mucho más cerca estaba el ala superior, relativamente intacta, ya que se había partido justo por el encastramiento con el casco principal. La nieve, que seguía cayendo con insistencia, lo iba cubriendo todo poco a poco. Aunque estaba viéndola desde el lado opuesto, Alce no dudó que aquella era la roca que recordaba. Si estaba interpretando correctamente las señales en el terreno y los daños sufridos por la lanzadera, Rúster había conseguido sacar la lanzadera de la barrena - provocada por la pérdida del ala derecha - cuando ya estaban muy cerca del suelo usando los repulsores, pero no había podido evitar que golpearan la parte superior de la roca con el ala izquierda. A consecuencia de ese impacto la lanzadera había volcado hacia el lado opuesto, sin altura suficiente como para que los repulsores pudieran estabilizarla de nuevo, y se había estrellado contra la nieve. Antes de romperse también, el ala superior - que hacía de estabilizador vertical en vuelo atmosférico - había evitado que quedaran completamente cabeza abajo. Antes de detenerse del todo, lo que quedaba del ala izquierda, que ya tenía que ir medio colgando, había tropezado con una segunda roca, más pequeña, que asomaba por el otro lado del casco, cerca de donde había quedado la popa. El ala se había terminado de desgajar al tiempo que el casco de la lanzadera dejaba de deslizarse, y había caído hacia delante, ocultando la cabina.

El casco en sí parecía relativamente intacto a simple vista, aunque lo peor se lo había llevado sin duda el flanco derecho, oculto ahora bajo la nieve. Seguramente eso les había salvado, la nieve, que había actuado a modo de colchón amortiguando el primer impacto. Pero Alce sabía bien que la nieve no hubiera supuesto ninguna diferencia si Rúster no hubiera sido capaz de controlar el descenso, al menos hasta el choque contra la gran roca. De hecho era casi increíble lo que había hecho la lumi. Un aterrizaje forzoso en plena tormenta de nieve, con una ala de menos, utilizando sólo los repulsores, y en mitad de una ladera plagada de rocas puntiagudas como arrecifes. *Nos tendríamos que haber destrozado contra la montaña y no lo hemos hecho.* Alce movió la cabeza de un lado a otro. *Y todavía dice que es un desastre como piloto.*

Alce regresó junto a la lanzadera. Oculto bajo los restos del ala izquierda tomó sus binoculares y empezó a buscar el lugar que le había descrito Rúster. El sendero de montaña que seguían los refugiados que habían visto desde el aire no era fácil de distinguir desde donde se encontraba, pero de todas formas encontró el paso. Estaba a unos diez kilómetros, quizá algo más. No estaba nada mal, teniendo en cuenta que Rúster apenas había dispuesto de tiempo para poner tierra de por medio antes de que los alcanzaran. Aumentó la ampliación ofrecida por los binoculares concentrándose en el área que rodeaba el estrecho paso. Al principio no pudo ver nada, pero de pronto vio la conocida silueta de un "pollo", como los soldados de infantería llamaban a los caminantes del modelo AT-ST - los cuales avanzaban sobre dos únicas

"patas", a diferencia de los enormes AT- AT que tenían cuatro -, surgiendo de la garganta rocosa. Alce conocía demasiado bien esas formas como para no reconocerlas de inmediato.

Jamás podría olvidar la primera vez que vio una de esas máquinas. Se encontraba en un mundo del borde exterior llamado Ten'see IV, su primer destino como soldado de a pie de la Alianza Rebelde, mientras esperaba a que los de seguridad dieran el visto bueno a su solicitud para recibir entrenamiento en cazas estelares. La visión de los caminantes imperiales arrasando lo que quedaba de su base, después de que los bombarderos TIE la hubieran destruido ya casi por completo, era algo que tenía clavado en la memoria. Siguió el avance del AT- ST con creciente inquietud. - No cabe duda - dijo en voz alta -, viene hacia aquí. Alce sintió un profundo escalofrío. Durante el desesperado escape de la base rebelde en Ten'see IV, había conseguido destruir uno con un mortero de campaña, disparando desde debajo mismo de la cabeza del artefacto. Se había considerado muy, muy afortunado por aquello.

Ahora no tenía ni siquiera un mortero, sino tan sólo su pistola bláster.

- ¡Todos los cazas, preparáos para el combate!- Víbora prácticamente chilló la orden, sintiéndose súbitamente enfermo. Acababa de ver varias explosiones iluminando el espacio por unos instantes, justo en el área donde la patrulla de Araña se estaba enfrentando a los cazas corelianos. Por los gritos que le llegaban a través de su unidad de comunicaciones, ahora que estaban lo suficientemente cerca como para que el campo de interferencias del enemigo no les afectara tanto, algunas de esas explosiones habían sido las naves de uno o más de sus pilotos. Haciendo un esfuerzo consciente dejó a un lado la preocupación por sus compañeros. *Ya nos preocuparemos luego de las bajas. Ahora es momento de hacer algo por los vivos.* A su alrededor los ala-X y los ala-B bloqueaban sus alas en posición de combate, al tiempo que cada piloto comprobaba una vez más sus escudos y activaba sus sistemas de armamento. Víbora sabía que contaba con menos de medio minuto para impartir instrucciones, así que no perdió ni un segundo.

- Reek, Ermitaño, conmigo. Ayudaremos a Araña y a los otros. Groznik, tu prioridad y la de los Zarpas son las fragatas. Mantenéos juntos y concentráos en una cada vez, a ver si podéis bajarles los escudos. Si conseguís desactivar alguna mejor que mejor. Ibero, Spuk y tú pegáos a los Zarpas y dadles toda la cobertura que podáis. A partir de ya sólo quiero oír identificativos de unidad. Buena suerte a todos – Los acuses de recibo llegaron en forma de clicks. Víbora los contó mentalmente a pesar de que su ordenador de vuelo estaba programado para hacerlo por él a la vez que registraba el origen de cada señal de aceptación. A él le salieron las cuentas y ya no comprobó nada más. Un instante más tarde ya no había tiempo ni siquiera para pensar. Tan sólo para luchar por sobrevivir y sobrevivir para seguir luchando.

- Señor, acabamos de recuperar las comunicaciones con el escuadrón Cabeza de Lobo – informó APD-5. El androide de protocolo avanzado tenía varios dedos de su mano izquierda introducidos directamente en sendos puertos de la unidad principal de comunicaciones, haciendo muy difícil

distinguir a simple vista dónde acababan unos y empezaban otros. Las interfaces multifuncionales máquina-máquina de APD-5 le permitían operar con los sistemas de la nave a una velocidad sencillamente inimaginable para los oficiales de carne y hueso que trabajaban a su alrededor. Su tono, a diferencia del que empleaban otros androides cuyas funciones se ceñían exclusivamente a la etiqueta y la interpretación idiomática, era tranquilo y prácticamente carente de inflexiones, indiferente a la tensión que afectaba en mayor o menor medida a los seres orgánicos que habitaban el puente del *Guarida del Lobo*. – Están atacando a las fragatas enemigas bajo fuego intenso de sus cazas. La situación no es buena. Cabeza de Lobo Líder informa de varias bajas.

- Esperemos que todos hayan tenido tiempo de eyectarse – dijo sombrío el capitán de fragata Wumb. - Sensores, ¿a qué distancia estamos del radio efectivo de las fragatas de vanguardia?

- Menos de mil quinientos kilómetros, señor.

- Casi estamos allí – El sulustano se giró hacia el oficial de Inteligencia, que acababa de entrar en el puente y estaba de pie a su lado. – Eche un vistazo a la pantalla táctica, teniente Dey'jaa - le dijo bajando la voz. - Fíjese en lo que están haciendo las fragatas y las corbetas de los corelianos. En cuanto nos detectaron empezaron a colocarse delante de sus cruceros, interponiéndose entre ellos y nosotros. Conocen esta nave y saben lo que puede hacer nuestro cañón de iones.

- Eso parece - La expresión del bothan no cambió en lo más mínimo. - Conocidos los regulares intercambios de información entre la Inteligencia Imperial y sus contrapartes en Corellia, no debe sorprendernos que nuestros adversarios hayan tenido noticias del *Guarida del Lobo* y su bautismo de fuego en el sector Mantara. Me consta que el hecho causó una notable conmoción en la Armada Imperial.

Wumb asintió. - Es lógico. No creo que les hubieran desactivado un destructor estelar de un solo disparo desde la batalla de Hoth. Seguro que los corelianos han detectado también al *Alma Valiente* aproximándose. Querrán reservar los cruceros para vérselas con él sin temor a sufrir daños. APD-5, intenta abrirme una conexión con los ala-Y del *Alma Valiente*. Ya tienen que estar lo bastante cerca como para recibir una transmisión directa.

- Enseguida, señor - Casi de inmediato, la voz del comandante del escuadrón de cazabombarderos surgía por el altavoz de su unidad personal de comunicaciones.

- Aquí Lancero Líder, *Guarida del Lobo*. Esperamos sus instrucciones.

- Lancero Líder, aquí el capitán de fragata Wumb, temporalmente al mando del *Guarida del Lobo*. ¿Tienen ustedes en sus pantallas sensoras a las fragatas corelianas?

- Sí, señor. ¿Qué quiere usted que hagamos?

- Tan pronto como puedan fijar sus sistemas de guía, lancen todos sus torpedos contra las tres naves más próximas, preferiblemente apuntando a sus baterías láser y a sus lanzadores de misiles, y no se guarden nada para más tarde. Los cazas del escuadrón Cabeza de Lobo les han dado ya una pasada para debilitar sus escudos, así que si no se quitan de en medio algunos de sus torpedos deberían poder atravesarlos y causarles daños de importancia.

- Entendido, señor. Lancero Líder fuera.

- Oficial de timón, prepárese para cambiar de rumbo bruscamente hacia arriba o hacia abajo relativos según le ordene. Motores sub-luz a toda potencia.

Saben lo del cañón de iones - le susurró a Dey'jaa. - Veremos si saben también lo rápido que podemos movernos. Oficial de Armamento - dijo alzando de nuevo la voz -, tan pronto como tengan una solución de tiro sobre uno de esos cruceros abriremos fuego con el cañón de iones, máxima energía. - Wumb escuchó al oficial de Timón - nombre por el que se conocía al piloto de la nave - y al de Armamento confirmar sus órdenes y se volvió hacia el androide de comunicaciones. - APD-5, comprueba si podemos hablar ya con nuestras corbetas. Según las estimaciones del vicealmirante Sinensis ya deberían estar también dentro de nuestro alcance.

- Sí, señor. Los capitanes de la *Gyndine*, la *Ord Mantell*, la *Dubrillion* y la *Ithor* le reciben, señor.

- Muy bien. Capitanes, aquí el capitán de fragata Wumb del *Guarida del Lobo*. Tenemos enfrente a varias corbetas modificadas y también a un grupo de cañoneras. Cuento con que varias de esas naves intentarán aprovechar su velocidad para rodear al *Guarida del Lobo* y cogernos en una pinza entre ellas y las CC-9800, antes de que tengamos ocasión de disparar. No hace falta que les diga que se van a encontrar ustedes en seria inferioridad numérica, pero es de vital importancia que las mantengan a raya durante unos minutos. Deben impedirles interferir en nuestra misión a toda costa, ¿está claro?

- Tan claro como las aguas de Mon Calamari, señor - respondió el capitán de la *Ord Mantell* en representación de los cuatro.

- Gracias, capitanes. Que la Fuerza nos acompañe a todos.

El doctor Al Saruff dejó escapar un quejido antes de abrir los ojos. Rúster suspiró aliviada. - ¿Está usted bien, doctor?

- Oh, capitán Rus'ti, ¿es usted? - Rúster se dio cuenta de que el ithoriano parecía tener problemas para enfocar la mirada. De hecho sus ojos estaban mirando en distintas direcciones. - ¿Nos hemos estrellado?

- Sí, doctor. Creo que ha sufrido usted una conmoción. Iba a examinarle ahora mismo. ¿Puede usted moverse?

- ¿Están bien los demás? - preguntó Al Saruff como si no hubiese escuchado a Rúster.

- Sí, bastante bien, aunque la teniente coronel Schroeder tiene un brazo roto. ¿Y usted?

- ¿Sabe qué huesos están afectados? ¿Es limpia la fractura?

- Doctor, le estoy preguntando que cómo se encuentra usted.

Al Saruff cerró los ojos. Rúster temió que fuera a desmayarse de nuevo, pero entonces vio que el ithoriano estaba intentando moverse. Un gruñido de dolor salió por su boca izquierda, al tiempo que apretaba los dientes de la derecha.

- Ah, mi cadera. Me duele mucho - dijo volviendo a abrir los ojos. Alarmada, Rúster empezó a levantar las ropas de Al Saruff para poder inspeccionar sus lesiones, buscando algo con que cortar la gruesa túnica, pero el doctor levantó una mano indicándole que se detuviera. - No, capitán - dijo usando su boca izquierda -, eso no será necesario. Está fracturada. Probablemente la pierna derecha está dañada también, a la altura del fémur y también cerca de la articulación inferior. - Al Saruff volvió a gemir. - Y diría que tengo lesiones internas.

- No hable usted más, doctor - dijo Rúster en tono calmado, aunque estaba muy lejos de sentirse tan confiada como pretendía aparentar. La realidad era que estaba empezando a sentirse muy, muy preocupada. – Le daré un sedante más fuerte tan pronto como podamos acceder al compartimento de carga y abrir uno de los contenedores con suministros médicos. De momento se tendrá que conformar con los analgésicos básicos que tengo aquí - La lumi dejó caer cuatro píldoras sobre la palma de su mano, y finalmente decidió añadir cuatro más. *Debe pesar unos ciento setenta kilos, si no más.*

- Eso vendrá bien, gracias - dijo el doctor, haciendo suficiente acopio de fuerzas como para sonreír de forma tranquilizadora.

- No se preocupe - dijo Rúster mientras Al Saruff se tragaba las píldoras.

- La ayuda está de camino - añadió, esperando que fuera cierto.

Llamarada, a quien ya comenzaban a hacerle efecto los calmantes, miró con preocupación a través del panel frontal, aunque apenas se podía ver nada.

- Tenemos que sacarle, Ru.

- Lo sé. Aquí dentro no puedo hacer gran cosa - *Y fuera tampoco podré hacer mucho más*, pensó Rúster a la vez que fruncía los labios con expresión compungida. Evidentemente su diagnóstico inicial sobre la condición del doctor había sido muy, muy optimista. Ahora temía por su vida.

Un ruido les hizo volver la vista hacia la maltrecha compuerta de acceso a la cabina. La cabeza de Alce asomó por el hueco. - Tenías razón, Ru - dijo muy serio. - Es un caminante y viene hacia acá. Será mejor que salgamos cuanto antes.

- ¿Qué hay de nuestra escolta?- preguntó Llamarada.

- Ya están muy lejos de aquí, me temo. Seguramente tienen problemas más serios ahí arriba - A pesar de la seriedad del momento, los ojos de Alce sonrieron al mirarla. - Me alegro de verte en pie, cielo.

- Alce, el doctor está mal herido - interrumpió Rúster, antes de que Llamarada pudiera contestar. - No podrá salir de la nave por sí mismo. Tendremos que sacarlo nosotros, pero no de cualquier manera. Si no tenemos cuidado al moverlo podemos agravar su situación, o incluso matarlo.

- Maldita sea - Alce miró con preocupación al ithoriano. - La escotilla está atascada, y dudo mucho que podamos abrirla más en el tiempo del que disponemos. Contaba ya con que al doctor le iba a costar bastante trabajo salir por ahí, suponiendo que pudiera moverse solo. Pero ahora...

- Déjenme aquí - consiguió susurrar Al Saruff con voz pastosa, mientras sus párpados comenzaban ya a cerrarse por efecto de los calmantes. - Sálvense ustedes.

- Heroicas palabras, doctor - se apresuró a responder Rúster -, pero vaya quitándose esa idea de la cabeza. No vamos a dejarle aquí.

- Será mejor que la escuche, doctor - añadió Llamarada.

El ithoriano no contestó. Rúster comprobó de nuevo su pulso y su respiración, perdiéndose al hacerlo el significativo cruce de miradas entre Alce y Llamarada. - Ya está inconsciente - dijo al terminar su examen.

- Mejor así - dijo Alce. Rúster arqueó una ceja y se volvió a mirar a su compañero. Había algo en el tono de Alce... De repente parecía molesto, casi avergonzado. - Odio tener que decir esto, pero no podemos estar aquí para cuando llegue ese caminante.

- Pero acabas de decir que la escotilla está bloqueada... - comenzó a decir Rúster mientras su mirada iba de Alce a Lllamarada. La lumi sintió que sus extensiones neurales comenzaban a cargarse de electricidad. Muy deprisa. *No, no puedo creerlo. Alce no puede estar sugiriendo lo que creo que está sugiriendo.* - Alce, no querrás decir que... que tenemos que irnos sin el doctor, ¿verdad?

- Lo siento - respondió Alce bajando la mirada. - No veo ninguna otra salida.

- Pero... podemos rendirnos. Pediremos asistencia médica para el doctor.

- Rúster, tú no lo entiendes...

- ¡Por supuesto que lo entiendo! ¡Eres tú quien...!

- ¡Rúster! - exclamó Lllamarada cortando en seco a la lumi. - Escúchame bien. La rendición supone una muerte segura para el doctor. Puedes apostar a que quienes quieran que sean los que nos han derribado, imperiales o seibergios tanto da, ni siquiera se van a tomar la molestia de evacuarle.

- ¿Cómo no van a...? - Rúster dejó el resto de su pregunta en el aire. Lllamarada tenía razón y ella lo sabía. Conociendo los prejuicios del Imperio y sus aliados contra cualquier especie no humana, había muy pocas probabilidades de que ayudasen a un doctor ithoriano de la Nueva República. Más aún teniendo en cuenta que dispondrían de tres oficiales humanos a los que interrogar. O dos, mejor dicho. *Cualquiera sabe como me catalogarán a mí.* La lumi respiró hondo antes de volver a hablar. - Marchaos vosotros. Yo me quedaré con él - dijo con determinación.

- Eso ni siquiera lo pienses - respondió Lllamarada categóricamente, alzando su mano buena para acallar sus protestas antes de que las formulara. - Alce, ¿tenemos alguna posibilidad de defendernos?

- ¿Con nuestros blásters? Esa cosa tiene un blindaje realmente serio. Podríamos lanzarle bolas de nieve y hacerle el mismo daño.

- ¿Y qué hay de los cañones de la lanzadera?

Alce se quedó mirando a Lllamarada con la boca medio abierta, desconcertado por un instante. Rúster contuvo la respiración, agarrándose a la chispa de esperanza que Lllamarada acababa de encender. Una lanzadera estándar de la clase Lambda estaría armada con seis cañones láser, dos instalados en el fuselaje, encima y debajo de la cabina, y dos bajo cada ala, junto a los ejes de rotación de cada una de ellas. A la *Compasión* se le había desprovisto de la mayor parte de su poder ofensivo, dejándole un único cañón bajo cada ala y ninguno en el fuselaje. Ese sacrificio en lo referente al armamento había permitido reforzar los generadores de escudos, algo vital considerando que entre las misiones de la lanzadera se encontraba a menudo la de efectuar rescates bajo fuego enemigo. No obstante, los dos cañones restantes se podían comparar en potencia de fuego a los de un ala-B.

- Ni siquiera se me había ocurrido pensar en ellos - dijo Alce frunciendo el ceño.- El derecho lo perdimos cuando nos alcanzaron, o quizá durante el aterrizaje. Pero creo que he visto el otro, sujeto aún a lo que queda del ala izquierda. Si el cable de alimentación no está dañado todavía podría dispararse unas cuantas veces.

- Vuelve a salir y comprueba en qué estado está. Rúster y yo iremos detrás de ti. Como poco podremos distraer su atención lejos de la lanzadera.

Saldremos las dos. - Lllamarada miró a Rúster al decir esto último. La lumi bajó la mirada y asintió. Lllamarada volvía a tener razón.

Sin más dilación, Alce desapareció a través de la semiabierta compuerta. - Vamos a hacer todo lo que podamos por el doctor, Ru - dijo Lllamarada -. De un modo u otro conseguiremos sacarlo de aquí. Pero si las cosas salen mal, lo que no voy a consentir es que caigas tú con él, sabiendo que con eso no vas a salvarle, ¿está claro?

- Supongo que sí.

- Muy bien - Lllamarada se sujetó al respaldo de su asiento con el brazo sano y comenzó a moverse hacia el ahora vacío asiento de Alce. - Vas a tener que ayudarme un poco.

- Sí, espera - Rúster apoyó un pie contra el retorcido mamparo derecho y otro en el panel de instrumentos, y una vez que se sintió segura utilizó ambos brazos para sujetar a Lllamarada. La lumi estaba estupefacta aún ante la calma y la claridad de pensamientos de que hacían gala sus dos compañeros. Desde que entró a formar parte de la Alianza Rebelde había pasado por un buen número de experiencias dramáticas, pero si en esta ocasión se hubiera encontrado sola sencillamente no hubiera sabido qué hacer. Para Lllamarada y Alce, sin embargo, ésta parecía ser simplemente una más de las situaciones críticas a las que se tenían que enfrentar cada día. Rúster se mordió el labio inferior. *Pensaba que los conocía, que lo sabía todo de ellos, pero me han vuelto a sorprender. ¿Cuántas cosas más ignoro?*

- ¿Durante cuánto tiempo estará durmiendo el doctor? - preguntó Lllamarada mientras pasaba sobre el asiento para llegar hasta la compuerta.

- Es difícil de decir. Por lo menos una hora.

- Le habremos sacado antes, ya lo verás.

Rúster asintió. Sabía que, a pesar de lo que acababa de afirmar, Lllamarada no se hacía ilusiones acerca de sus probabilidades de éxito. *Intenta darme ánimos. O quizá impedir que haga alguna tontería, como ponerme delante del caminante gritando que nos rendimos. No haré nada semejante. No tenemos muchas posibilidades, pero Alce y Lllamarada parecen decididos a correr el riesgo mientras exista esperanza. Intentaré no olvidarme de eso si salimos de ésta.* Tras lanzarle una última mirada al ithoriano inconsciente la lumi siguió a Lllamarada a través del hueco de la puerta. - ¡Espera, Avery, será más fácil si voy yo primero!

- ¡Han alcanzado a Quince!- se escuchó exclamar a Torpedo. Víbora volvió la cabeza y vio el ala-B de Sparks a lo lejos, dejando una estela de humo a su paso. Las cosas se ponían peor a cada segundo que pasaba. Cuando alcanzaron la zona de combate Sacart ya había sido derribado, y Halcón se había visto obligado a abandonar la lucha antes de que su ala-A se deshiciera en pedazos bajo sus pies. Ahora le había tocado a Sparks.

- ¿Tienes problemas, Quince? - preguntó Groznik. Tras la voz sintetizada generada por la unidad de traducción que llevaba siempre colgada del cuello, una parte del lenguaje wookie se filtraba cada vez que hablaba a través del comunicador. Una vez más, el limitado aparato se veía incapaz de sugerir una traducción para el gruñido de impaciencia que dejaba escapar entre sus colmillos mientras esperaba la contestación de Sparks.

- Creo que no le funcionan las comunicaciones, Jefe Zarpas.

Star Wars: Daños Colaterales

- Quince - insistió Groznik a pesar del aviso de Parody -, si me copias sal de aquí y vuelve al *Guarida* tan rápido como puedas.

- Nosotros le cubriremos - dijo Víbora. - Dos-Uno, sígueme.

- ¡Negativo, Líder! - fue la respuesta de Ermitaño. - ¡Tengo a dos detrás de mí!

Víbora comprobó sus pantallas sensoras y le ordenó a la computadora de vuelo que resaltara la señal del ala-A de Ermitaño. Efectivamente, había dos ala-X corelianos intentando ponerse a la cola del piloto que hasta pocos instantes antes le había estado haciendo de hombre ala. La maniobra evasiva que había iniciado Ermitaño le estaba llevando lejos de Víbora, demasiado como para poder ayudarle a tiempo. Casi lo tenían.

- Aquí Líder. ¿Puede alguien ayudar a Dos-Uno?

- Aquí Siete - respondió Reek. - Ocho y yo vamos en camino. Aguanta un poco, Dos-Uno.

- ¡Dáos prisa, maldita sea! ¡Acabo de perder el motor de estribor y estoy perdiendo mucha velocidad!

- Aquí Ocho - dijo Iceberg. Tengo fijado al número dos.

- Perfecto, el líder es mío. Dos-Uno, corta hacia estribor cuando...

- ¡No puedo, me han dad...!

- ¡Ermitaño!- En el grito de Reek se sentían la desesperación y la frustración que sentía por no haber podido salvar a su compañero. - Líder, a Dos-Uno le han picado el billete. No hemos podido hacer nada.

- ¿Le habéis visto saltar? - preguntó Víbora mientras procuraba no perder de vista a Sparks.

- Negativo, aunque aún no estábamos lo suficientemente cerca como para estar seguros.

Mierda, mierda, mierda....

- Dos-Tres y yo podemos ir en ayuda de Sparks, Líder - sugirió Araña.

- Negativo. Lo haré yo mismo.

- Pero...

- He dicho negativo, Nueve. Tú y el resto de los Sombras intentad mantener a los cazas corelianos ocupados y lejos del *Guarida*. Ya está casi aquí, a menos de cincuenta kilómetros.

- Copiado, Líder.

Víbora intentó concentrarse en cubrir la retirada de Sparks ignorando las exclamaciones, los avisos y los gritos que saturaban las comunicaciones. Las transmisiones le informaban acerca de lo que cada piloto estaba haciendo y quiénes estaban en peligro, pero sabía por su propia experiencia que también podían convertirse en una peligrosa distracción. A pesar de todo no podía permitirse el lujo de desconectar la unidad de comunicaciones, por lo que las voces de su gente siguieron llegando a sus auriculares, levantando ecos en su mente como láseres rebotando dentro de una sala sellada magnéticamente, mientras él se lanzaba a una frenética carrera por salvarle la vida a Sparks.

- Aquí Tres. Diez, ¿dónde estás? - Víbora vio dos ala-X enemigos virar en pos del ala-B de Sparks. Una víctima fácil a la que sólo tenían que rematar.

- ¡Justo detrás de ti, Tres! - Sparks cambió de rumbo en lo que parecía ser un amago de maniobra evasiva, aunque a Víbora el movimiento del cazabombardero le pareció lento y torpe, muy alejado de las habilidades contrastadas de su piloto. Aquello no era buena señal, pero no tan mala como

hubiera sido que el ala-B hubiera seguido en línea recta. *Al menos demuestra que Sparks está consciente.*

- ¡Aquí Dos-Tres, uno menos! Nueve, ése es tuyo - Los dos ala-X estaban lo suficientemente cerca del ala-B dañado como para hacerlo saltar por los aires con un par de misiles de impacto. Los corelianos tenían que haberse dado cuenta de que ni la nave ni su piloto estaban en condiciones de esquivar un misil.

- ¡Once, aquí Jefe Zarpas, no te acerques tanto a esa fragata! Oh, no, ¿para qué me molesto en decirte nada? - Los corelianos seguían sin abrir fuego sobre Sparks, para extrañeza de Víbora. *O bien están tan confiados que lo único que quieren es hacer durar la diversión, o bien les han ordenado no malgastar cabezas de guerra en previsión de un eventual ataque contra nuestras naves capitales.* Fuera lo que fuera, si los pilotos de los ala-X insistían en derribar a su presa sólo con los láseres, Víbora aún tendría ocasión de impedirselo.

- Merecía la pena, Jefe. Sus escudos están ya por debajo del veinte por ciento - Víbora echó una mirada rápida a su pantalla sensora trasera para asegurarse que no tenía cazas enemigos detrás. Movi6 el selector de armamento a la posición de misiles, seleccion6 el modo dual y esper6 hasta el último instante antes de dejar que su computadora de vuelo intentara fijar el sistema de guiado sobre el ala-X más próximo a Sparks.

- ¿Y los tuyos qué? Está bien, no me lo digas. Acabemos con ella. Uno-Ocho, Cinco, ¿estáis conmigo? - La retícula del visor de puntería de Víbora se encendió en color rojo y el ordenador de vuelo envió un tono de aviso a sus auriculares. Lo tenía. Al mismo tiempo que el coreliano empezaba a virar hacia el exterior de su trayectoria anterior, lo que se debía sin duda a que su indicador de amenaza le había advertido del peligro que corría, Víbora apret6 el gatillo y vio como las estelas de los dos misiles describían un pronunciado arco hacia su blanco.

- Afirmativo, Jefe - Sin dirigirle siquiera una segunda mirada al ala-X que intentaba darse a la fuga, Víbora gir6 en persecución de su compañero. El coreliano tenía ya a Sparks dentro del alcance de sus láseres y comenzó a disparar sobre él. El ya maltrecho ala-B se estremeci6 violentamente al recibir un impacto tras otro. El estabilizador de estribor se desprendió limpiamente del fuselaje. Dos de los cuatro motores se apagaron, y el rastro de humo se hizo aún más denso.

- Disparad vuestros torpedos a mi señal... Tres, dos, uno, ¡AHORA! - Víbora lanz6 un segundo par de misiles contra el caza que seguía a Sparks. A diferencia de su jefe de vuelo, este piloto había decidido confiar en la potencia de sus escudos y se mantuvo tras su objetivo. Sus disparos arrancaron nuevos trozos de metal del casco y de las superficies de control del castigado cazabombardero.

- ¡Impacto directo, Jefe Zarpas! ¡Se van! - Unos reflejos metálicos surgiendo de la parte trasera del ala-X coreliano indicaron a Víbora que el coreliano estaba intentando despistar a los misiles soltando láminas de *chaff*, pero era demasiado tarde. Las dos cabezas de guerra detonaron al impactar contra los escudos del caza, aproximadamente a medio metro de sus toberas de salida. El ala-X dio varias vueltas sobre sí mismo antes de que el piloto consiguiera recuperar el control. Seguramente ya no se sentía tan confiado. Víbora redirigi6 parte de la energía de sus propios escudos hacia los motores,

lo que le permitió acercarse lo suficiente a su imprudente adversario como para alcanzarle con sus láseres. Los mermados escudos del ala-X apenas opusieron resistencia. El motor superior del lado de babor reventó llevándose por delante el ala del mismo lado y la cabeza de la desprotegida unidad R2. El piloto se eyectó fuera de su nave justo antes de que toda ella estallara en pedazos. Sparks estaba libre por el momento. Sólo ahora fue Víbora realmente consciente del significado de las transmisiones que el resto de pilotos habían estado intercambiando durante los últimos segundos. Acababan de dejar fuera de combate a una de las peligrosas fragatas enemigas.

- Buen trabajo, gente - dijo por la frecuencia del escuadrón. - Ignorad a ésa y buscad un nuevo blanco sobre el que concentrar vuestro fuego. Nueve, voy hacia tu posición.

Víbora ya no podía hacer nada más por Sparks. Su indicador de amenaza comenzó a parpadear insistentemente, avisándole de que tenía sus propios problemas. Por si eso fuera poco, el líder por circunstancias del escuadrón Cabeza de Lobo era consciente de que, a cada momento que pasaba, el proteger las vidas de sus pilotos se iba volviendo menos prioritario. A medida que la situación del *Guardia del Lobo* se hiciera más y más comprometida, todos ellos se irían volviendo sacrificables con tal de garantizar la supervivencia de la nave nodriza y sus varios cientos de ocupantes. Mientras llevaba a cabo una maniobra evasiva que le sacara del punto de mira de los cazas corelianos que lo acosaban, Víbora tuvo ocasión de echar un último vistazo al ala-B medio destrozado. Su vuelo era demasiado errático, incluso teniendo en cuenta la pérdida de un estabilizador. O bien sus toberas de maniobra estaban tan dañadas que la efectividad del timón etérico estaba bajo mínimos, o bien Sparks estaba malherido. Probablemente se trataba de ambas cosas. Víbora apretó los dientes. *Cuatro pilotos fuera de combate, y lo peor todavía está por llegar.*

Llamarada y Rúster salieron al exterior a través de la esclusa de emergencia que había abierto Alce, equipadas como él con ropas y botas para climas árticos. Llamarada avanzó con dificultad hacia el lugar en el que se encontraba Alce, pisando la nieve con desconfianza. Rúster la seguía de cerca. Con el rabillo del ojo, Llamarada se fijó en la expresión anonadada de Rúster al comprobar desde fuera el estado en el que había quedado la nave. La capucha del abrigo térmico que llevaba ocultaba casi por completo sus extensiones neurales, pero no le hacía falta verlas para saber que la lumi estaba profundamente impresionada aunque no lo dijera. Sujetando su brazo herido contra el pecho, luchando simplemente para poder dar un paso después de otro, Llamarada se sintió tremendamente expuesta y vulnerable. A los mandos de un caza estelar se sentía siempre cómoda, confiada en la capacidad de su nave y en su propia destreza para traerla de vuelta del más terrible de los combates. Pero ahora se encontraba varada en mitad de ninguna parte, sin nada más que un par de blásters para defenderse a sí misma y a sus compañeros del ataque de un caminante imperial. Cuando la propuso estando todavía dentro de la cabina, la idea de usar uno de los cañones de la lanzadera le había parecido cuando menos factible, pero en ese instante, al observar a Alce mientras inspeccionaba atentamente el encastre del cañón izquierdo, Llamarada dudó. *Que la Fuerza nos ayude, no sé cómo vamos a salir de ésta.*

Tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para no mostrar su vacilación al llegar junto a Alce y comenzar a hablarle. Lo último que le hacía falta era darse cuenta de que a ella estaba empezando a fallarle la confianza.

- ¿Qué hay de nuestros amiguitos? - preguntó.

- ¿Los del AT-ST? Siguen acercándose. No debe ser fácil, ni siquiera para ese trasto, avanzar con un metro y medio de nieve, y todavía será peor cuando tengan que abandonar el sendero para llegar hasta aquí, pero aún así no creo que nos quede mucho tiempo.

- El cañón no tiene mala pinta.

- Es verdad, parece intacto. Si el cable de alimentación está bien y conseguimos desprender el cañón de la estructura del ala podremos apuntarlo al AT- ST.

- ¿Puedes hacerlo?

- Tengo que hacerlo - Alce golpeó el borde de ataque del ala con el pie, de forma tentativa, cerca de uno de los puntos de enganche con el cuerpo del arma, el cual parecía a punto de romperse. Un remache saltó a la primera. - Bien. Por suerte para nosotros el ala está hecha un desastre...- Alce volvió a patear el ala, esta vez con bastante más fuerza, pero en esta ocasión el golpe no obtuvo resultados aparentes. Insistió e insistió, pero el resto del encastre parecía sólido. Alce dejó escapar un taco y se puso a buscar a su alrededor con la mirada. Cerca de donde estaban había esparcidas varias piezas procedentes del tren de aterrizaje, asomando a medias entre la nieve. Alce eligió una barra metálica que había quedado suelta - parte del sistema de plegado del tren - para utilizarla como palanca. Introdujo un extremo en el hueco que el remache roto había dejado entre el cañón y la superficie del ala, y después tiró hacia abajo del otro con todas sus fuerzas. El cañón giró ligeramente con respecto al encastre, pero eso fue todo.

- ¿Podéis echarme una mano? - preguntó sin dejar de tirar. A pesar del frío, Alce estaba rompiendo a sudar por el esfuerzo. - Si no podemos arrancarlo al menos tendríamos que conseguir apuntarlo del todo hacia arriba.

Las dos mujeres pusieron todo su empeño en ayudarle, aunque en el caso de Lllamarada la lesión del brazo limitaba mucho sus posibilidades. Rúster terminó colgándose literalmente de la palanca, mientras Alce apoyaba los pies en el borde del ala y tiraba del cañón con todas sus fuerzas en dirección contraria. De repente, con un chirrido metálico que hizo resentirse a sus oídos, el cañón empezó a desgajarse de su encastre con la estructura del ala.

- ¡Con cuidado ahora, no vayamos a dañar el cable! - exclamó Alce dejándose caer sobre la nieve. - Ni a dispararlo accidentalmente - añadió tras pensarlo a posteriori. - Eso arruinaría nuestra pequeña sorpresa para el caminante.

La parte trasera del cañón se desprendió del todo y Alce se apresuró a sujetarla para que no cayera de golpe. Rúster se soltó de la barra y se unió a Lllamarada, que observaba expectante.

- ¿Está todo bien? - preguntó esta última.

- Vamos a comprobarlo - contestó Alce depositando lentamente la base del arma sobre el lecho de nieve, donde se hundió unos treinta centímetros. - Esto es el acumulador de energía - dijo señalando a una pieza cilíndrica, de color verde oscuro con letras de aviso blancas, que sobresalía por la parte de atrás. Muy cerca de ella había un conector en el que se insertaba un cable grueso y oscuro, cubierto de fibroplástico, cuyo otro extremo se perdía en el

interior del ala. Alce dio un par de tirones y luego lo siguió con la mano hasta donde pudo llegar. Finalmente sonrió con satisfacción. - No parece que esté roto. Buen trabajo, chicas.

- ¿Cómo vas a hacer que dispare? - preguntó Rúster preocupada. - Ya has visto cómo está el panel de control. Sería un milagro que funcionara el control de armamento.

- Ésa es la parte fácil - contestó Alce al tiempo que sacaba la palanca de donde estaba encajada y la movía hacia el borde del ala, donde todavía resistían un par de remaches que mantenían sujeta la parte delantera del cañón. - Puedo dispararlo manualmente abriendo y cerrando la válvula de seguridad del acumulador. Es ese interruptor con forma de palanca... ¡bien! - dijo al romperse uno de los remaches y soltarse el otro. Libre de su último punto de anclaje, la boca del cañón cayó a la nieve sin apenas hacer ruido. Lo único que lo conectaba ya con la nave era el propio cable de alimentación, del que sobraba lo suficiente como para que no estuviera en tensión.

- ¿Pero funcionará sin los motores? - insistió Rúster. - No creo que podamos rearrancar ninguno. Hasta ahora no me había querido plantear todo esto, pero...

- Tranquila, Ru - dijo Llamarada. - En las bobinas de los generadores debe quedar aún energía como para una docena de disparos. Por eso era tan importante que el cable estuviera en buenas condiciones.

- Pero...

- Pero, ¿qué? - preguntó Alce, que se había arrodillado junto al acumulador para comprobar que la válvula no estuviera atascada.

- Que seguramente empleamos gran parte de esa energía en la parte final del descenso - Rúster miró a Llamarada y a Alce alternativamente. - Tuve que forzar muchísimo los repulsores para conseguir que llegáramos al suelo más o menos enteros. Antes de estrellarnos desconecté del todo los motores para minimizar el riesgo de explosión, por lo que los generadores ya no seguirían recargándose y... Oh, por todos los Sith...

Alce levantó la parte delantera del cañón y la colocó sobre un trozo mellado de chapa, procedente de una de las compuertas del tren de aterrizaje, que estaba firmemente empotrado en la nieve. Cuando se dio la vuelta buscando algo para apoyar también la parte de atrás del arma, Llamarada vio que había palidecido.

- Adiós a nuestro grandioso plan - dijo mirando a Alce, que se quedó inmóvil frunciendo los labios con la cabeza gacha. Rúster, consternada, dejó escapar de golpe el aire que tenía en los pulmones como si alguien le hubiera golpeado en pleno estómago.

- Quizá no - dijo Alce recobrando su aplomo.- ¿Siguieron funcionando todo el tiempo? Los repulsores, quiero decir - Llamarada se sorprendió al comprender a dónde quería ir Alce a parar preguntando aquello. *No pensará seguir adelante con esto, ¿verdad?* - Intenta recordarlo, Ru - insistió Alce.

La lumi lo pensó en silencio durante unos instantes. - S-sí, sí que lo hicieron. No sentí ninguna pérdida de potencia hasta el último momento.

- Entonces podemos esperar que quede energía como para una o dos descargas, entre los generadores y el propio acumulador del cañón. Haremos lo que dijo antes Llamarada. Vosotras les distraéis y yo les disparo.

- ¿Qué? - Llamarada no podía terminar de creerse lo que acababa de oír. - No puedes estar hablando en serio. Es una locura...- Dio un par de pasos

hasta situarse justo delante de Alce, mirándole directamente a los ojos, casi implorándole, mientras se esforzaba por seguir razonando con claridad. - Si esto falla no habrá una segunda oportunidad. Qué infiernos, ¡ni siquiera disponiendo de plena potencia sería fácil dañar esa cosa! ¡Recuerda las grabaciones de Hoth que hemos visto!

- No necesito grabación alguna para saber exactamente a qué nos enfrentamos - dijo Alce esquivando su mirada. Cogió los binoculares y le dio la espalda. Llamrada lo contempló mientras caminaba hasta su puesto de observación en el estrecho hueco entre los restos del ala y la cabina de la lanzadera. - Ya he visto caminantes imperiales en acción - dijo desde allí. - ¿Recuerdas lo que te conté de Ten'see IV?

Por supuesto, pensó ella, ¿cómo iba a olvidarlo? En realidad eso no hacía más que reafirmarla en su determinación a no dejar que el hombre al que amaba se suicidara inútilmente. Lo sentía de veras por el doctor, pero la única opción que les quedaba era la de intentar escapar los tres a pie, aunque no había forma de evitar que les vieran desde el caminante. Llamrada miró de reojo a Rúster. Si la lumi intentaba poner alguna objeción pondría el bláster en la posición de aturdir y le dispararía con él, y después se la llevaría a rastras de aquí. Pero no, Rúster no iba a protestar ni a resistirse en modo alguno. Por su expresión parecía haberse dado cuenta, en ese preciso instante, de cuán real era el peligro que corrían. *Seguro que Alce también le ha contado a ella lo de Ten'see IV*. La capucha del abrigo de Rúster se había caído un poco mientras se esforzaban por arrancar el cañón del ala, y ahora podía ver perfectamente como sus extensiones neurales, que unos minutos antes adoptaban un color azul pálido que podía denotar intranquilidad o preocupación, pasaban rápidamente a un blanco puro e inusualmente brillante, reflejo casi de la nieve que pisaban. Llamrada recordaba bien las explicaciones de Rúster acerca de lo que significaba cada color, y también se acordaba de ése. El blanco era miedo. No tenía nada de extraño. También a ella empezaba a encogersele el corazón, y sí, estaba asustada.

Asustada por Alce, sobre todo.

Los momentos tan difíciles por los que habían pasado estos últimos días cruzaron por su mente a la velocidad de un relámpago. Se daba cuenta de que por muy mal que le hubiera hecho sentirse a ella, la muerte de los refugiados había afectado a Alce mucho más. Cada una de las palabras que había pronunciado las veces en las que habían intentado hablar de ello tomaba ahora un nuevo significado. *Se siente culpable de veras. Cree que tiene que hacer algo para redimirse, incluso si no es del todo consciente de ello. Piensa que sacrificarse por salvarnos a los demás podría ser ese algo*. Llamrada negó con la cabeza. *No, no puedo permitir que lo haga*.

- Lo del cañón era una buena idea, pero no era la única - dijo. Alce ni siquiera volvió la cabeza. *Cómo lamento haberla sugerido, maldita sea*. - Podríamos distraerles, correr camino abajo de forma que nos sigan lejos de la lanzadera, y escabullirnos después entre las rocas, ir por algún sitio por dónde el AT- ST no pueda meterse.

- Eso no funcionaría y tú lo sabes - respondió él con dureza. - Difícilmente podríamos correr con toda esta nieve blanda. Para el caminante también es un estorbo, pero no tanto como para nosotros. Nos alcanzaría antes de que pudiéramos alejarnos lo suficiente, y entonces el doctor se quedaría sin su única oportunidad de sobrevivir.

- ¿Pretendes entonces cambiar tu vida por la suya? El doctor quizá no sobreviva de todos modos - Llamarada casi sintió asco de sí misma por tener que recurrir a eso, y prefirió no ver la cara que habría puesto Rúster a su espalda al oírlo, pero en ese instante todo le daba igual con tal de hacer a Alce cambiar de idea.

- No lo hago sólo por el doctor. También lo hago por vosotras - Alce bajó los binoculares y regresó junto a ella. - Incluso si no consigo dañarlo, lo retendré lo suficiente como para que no os persiga de inmediato. Rúster y tú podréis hacer lo que has dicho, escabulliros por algún sitio, y luego pedir ayuda. Si me capturan, intentaré convencerles de que no queda nadie en la lanzadera, ganaré tiempo para vosotras, y también para el doctor.

Llamarada no pudo responder. El razonamiento de Alce era correcto, salvo que quizá no le capturarán y se limitarán a aplastarle, pasándole por encima con esa bestia mecánica. Pero sabía que si decía eso en voz alta tan sólo conseguiría darle más argumentos. Si sus atacantes no estaban interesados en hacer prisioneros, la huida de dos de ellos era mucho mejor que la muerte de todos. Ni Rúster ni ella tenían la fuerza suficiente como para levantar el cañón y dispararlo al mismo tiempo, y ella encima tenía un brazo roto. Tenía que ser él quien se quedara, y nada podría convencerle de otra cosa una vez que ya había tomado su decisión.

Alce la conocía demasiado bien. De alguna forma pudo ver la rendición en su mirada y eso le hizo dulcificar la suya. Asintió lentamente y puso las manos sobre los hombros de ella. Un latigazo de dolor recorrió el brazo de Llamarada, pero ella apretó los dientes y lo ignoró. Cuando Alce habló su voz se había vuelto mucho más tierna.

- No queda tiempo para seguir discutiendo. El caminante está ya a menos de tres kilómetros. Ya nos tienen a tiro, pero todavía no saben que les estamos esperando.

- Lewis...- comenzó a decir ella, utilizando su verdadero nombre en lugar de su apodo.

- Luego – dijo él sonriendo. – Dímelo luego. Ahora empieza a correr y ocúltate con Rúster detrás de esas rocas de allí - Llamarada volvió la cabeza para ver el lugar al que Alce señalaba y asintió. - Espera hasta que el caminante esté a punto de pasar por encima de mí, y entonces le disparas con tu bláster.

- Soy diestra, ya lo sabes. Soy un desastre disparando con la izquierda.

Alce soltó una breve carcajada. - No pretendo que lo destruyas tú sola, cielo, tan sólo que distraigas la atención de los pilotos lejos de la lanzadera antes de que me vean. Un disparo de bláster será mucho más efectivo para eso que si Rúster y tú os limitáis a dar saltos sobre la nieve oscilando los brazos. Aprovecharé ese momento para disparar el cañón.

- Está bien. Y justo después sales corriendo. Pase lo que pase.

- Te lo prometo - Alce la besó con rapidez y, sin dirigirle una segunda mirada, se fue directo a su escondrijo para seguir vigilando el avance del AT-ST.

- ¿Qué hacemos? - preguntó Rúster.

Llamarada tomó aire y lo expulsó lentamente, observando como se condensaba al salir de su boca y hacía borrosa por un instante la figura del hombre que se alejaba. - Exactamente lo que ha dicho Alce. Vámonos.

Sdermila había visto como la nave más grande caía y se perdía de vista. Las dos pequeñas se habían quedado dando vueltas durante un rato y luego se habían ido. Muchos de los refugiados volvían ya al camino dispuestos a continuar la marcha, aunque el joven guía les había dicho que esperasen a que él volviera de comprobar si había o no peligro más adelante. - En esa nave debe haber gente herida - le dijo Sdermila a Deveralia.

- Nosotros no podemos hacer nada - respondió la joven, todavía bastante asustada. Aunque casi todo el mundo se había puesto ya de pie ella seguía aún agachada, cubriendo protectoramente a Figor y a Lía bajo su brazos y obligándoles a quedarse donde estaban.

- Tú quédate con los niños. Yo me acercaré a ver si puedo echar una mano.

- ¿Estás loca? ¡No vayas, Sdermila! ¡Podrían matarte! - pero Sdermila ya se había puesto en camino, tirando de las riendas de su kala'ballo.

- ¿A dónde va, mamá? - preguntó Lía casi en un susurro.

- Va... Va a intentar ayudar a los... los pasajeros de la nave que se ha estrellado.

- ¿No podemos ir también nosotros? - preguntó Figor.

- ¡No!- Los dos niños la miraron con sorpresa. No estaban acostumbrados a escucharla hablar en ese tono. Se dieron cuenta de que su madre estaba asustada de verdad, y también muchos otros de los adultos que les rodeaban, a excepción de la señora Sdermila, que parecía muy valiente. En su corta experiencia habían comprobado que los mayores casi nunca tenían miedo como les pasaba a los niños. Siempre te decían que no había que asustarse, que no había nada de lo que tener miedo. Pero ahora sentían temblar a su madre. Para Lía y para Figor de pronto se hizo mucho más difícil seguir viendo lo que les estaba pasando como una aventura. Los dos hermanos desearon estar de vuelta en casa y que su padre volviera. Quizá él sabría lo que hacer.

Deveralia también deseaba con todas sus fuerzas que Sante estuviera allí, con ellos. Contemplando a Sdermila mientras se alejaba, la joven rezó como no lo había hecho desde que tenía la edad de sus hijos.

- Señor, el escuadrón Cabeza de Lobo acaba de neutralizar a una CC-9800. Se está retirando del combate.

- Las otras están maniobrando para cubrir el hueco en la formación, no obstante - dijo Wumb frunciendo el ceño por la concentración. - Pero si los torpedos del escuadrón Lancero consiguen dañar a otra antes de que consigan cerrarlo...

- Sensores, señor. Los ala-Y acaban de lanzar sus torpedos.

- Bien. Teniente Vaiwahannen, prepárese.

- ¿Arriba o abajo, señor? - El twi'lek no era sólo el oficial de Navegación del *Guardia del Lobo*, sino probablemente el mejor piloto de navío que tenían a bordo. Sin que Wumb se lo hubiera ordenado explícitamente, había abandonado la consola de navegación - de muy poca utilidad en esos momentos - y había acudido a hacerse cargo del timón durante el combate. Wumb se había dado cuenta del detalle y lo había aceptado sin comentarios.

- Espere – Docenas de estelas azuladas pasaron sobre el *Guarida del Lobo* en dirección a las fragatas corelianas. Sus artilleros comenzaron a disparar, intentando interceptar el mayor número posible de cabezas de guerra mientras aún estaban en vuelo, pero era imposible que las derribaran a todas. Con que tan sólo una de esas naves se desviara de su curso, el *Guarida* tendría una oportunidad de alcanzar una posición desde la que abrir fuego sobre alguno de los cruceros enemigos. – Cabeza de Lobo Líder, aquí el capitán de fragata Wumb. Una o dos de las fragatas enemigas están a punto de ser alcanzadas por una gran andanada de torpedos de protones. ¿Le quedan torpedos a alguno de sus pilotos?

- Negativo, señor. Los han usado todos.

- Lástima. En ese caso quiero que sus ala-B se preparen para disparar con sus cañones de iones contra aquella nave que resulte peor parada. Necesito que al menos una se aparte de nuestro camino.

- Pero entonces no podremos seguir manteniendo a sus cazas lejos del *Guarida*, señor...

- Los ala-Y del escuadrón Lancero nos cubrirán, comandante. Ahora cumpla sus órdenes.

- Roger, señor. Cabeza de Lobo Líder fuera.

- Diez segundos para impacto, señor – informó la alférez Sarago vigilando con suma atención las lecturas que iban apareciendo sobre sus pantallas de datos. – Nueve, ocho, siete...- *Vamos, corelianos, movéos, movéos...*- Tres, dos, uno... ¡Impactos múltiples, señor!

Entre las naves que ocupaban la vanguardia de la flota coreliana se sucedió una serie de tremendas explosiones, espectaculares incluso vistas desde esa distancia. Cuando la última esfera de fuego se disipó, todas las naves enemigas seguían allí, aparentemente intactas. Wumb dudaba no obstante que se pudiera decir lo mismo de sus escudos. – Siguen viniendo...- dijo Dey'jaa haciéndose eco de los pensamientos de Wumb.

- Aún nos quedan nuestros pilotos. Esperemos un poco más – la imagen ampliada tomada por las holocámaras montadas en el casco del portanaves mostraban como los cuatro ala-B que le quedaban al escuadrón Cabeza de Lobo, junto con los tres ala-X, se disponían a atacar a una de las CC-9800 corelianas. El alférez Proteys confirmó que, según los sensores, esa nave había perdido la mayor parte de sus escudos a causa del bombardeo. Dey'jaa y Wumb observaban la escena atentamente, sin atreverse casi a respirar. A pesar de la cobertura proporcionada por el puñado de ala-A que aún quedaban en combate, uno de los ala-X fue alcanzado por un caza coreliano del mismo tipo. Su piloto consiguió mantenerse en vuelo a pesar de todo y junto a sus compañeros abrió fuego con sus láseres. Una de las baterías de la fragata quedó reducida a chatarra, creando un punto muerto en sus defensas. Los ala-B concentraron los disparos de sus cañones de iones en esa área. Al ir a remontar, el cazabombardero que iba en cabeza fue acertado de lleno por una de las torretas láser del otro costado de la fragata, estallando en el acto y rociando con sus restos en llamas el casco de la nave enemiga. Pero cuando los otros tres terminaron su pasada y se desviaron en direcciones diferentes, ésa y todas las demás armas de la fragata se quedaron mudas e inmóviles, al tiempo que se apagaban todas las luces y se desvanecía el impulso de los motores. El casco entero estaba cubierto por relámpagos azulados producto de

la ionización masiva que acababa de dejar inutilizados la mayor parte de los sistemas electromagnéticos de la nave.

- Aquí Cabeza de Lobo Líder. La fragata está desactivada, señor.

- Ésa no podrá moverse para contrarrestar nuestra maniobra. Teniente Vaiwehannen, preparado para descender... ¡AHORA!

A Dey'jaa le pareció que las estrellas y las naves que tenían enfrente saltaban bruscamente hacia arriba perdiéndose más allá del límite superior del panel frontal, sobre el que ya en esos momentos empezaba a descender el cobertor de duracero que lo protegía en combate. El aullido de los motores se hizo audible a través de los mamparos, empujando al *Guarida del Lobo* en su picado. De pronto, bajo la quilla de la fragata enemiga que iba ahora a la deriva, se hizo visible por un instante el casco de uno de los dos cruceros de la clase Pulsar.

- Oficial de Armamento, señor. Tenemos solución de tiro sobre el *Soberano*. La ventana es de... ¡siete segundos!

- ¡Ingeniería, tres segundos! - exclamó Wumb, y tres latidos más tarde dio la orden definitiva.

- ¡¡¡FUEGO!!!-

El gigantesco cañón de iones del *Guarida del Lobo* cobró vida, al tiempo que las luces del puente parpadeaban y perdían luminosidad como si no les llegara suficiente potencia. Ráfaga tras ráfaga de energía, de un azul tan intenso que hubiera dañado la vista de la tripulación del portanaves si aún estuviera despejado el visor, volaron hacia el crucero coreliano en un lapso de tiempo de apenas dos segundos. La última se estrelló contra la proa de una fragata que ascendía a toda velocidad a cubrir el hueco, pero ya no había remedio. Los escudos del *Soberano* quedaron colapsados en décimas de segundos y sus sistemas se saturaron un instante después. Inteligentemente, el capitán del crucero ordenó desconectarlos todos antes de que los circuitos quedaran irremisiblemente dañados, como le había sucedido a la CC- 9800 atacada por los ala-B de la Nueva República un momento antes. Su rapidez de pensamiento y la eficiencia de su tripulación al llevar a cabo la orden salvó al *Soberano* de quedar incapacitado por mucho tiempo, pero Wumb había conseguido su objetivo. Una nave de ese tamaño no podría volver a rearmar todos sus equipos y sistemas antes de una o quizá dos horas. Contra todo pronóstico, el *Guarida del Lobo* acababa de dejar fuera de combate a todo un crucero clase Pulsar, pero ahora les tocaba a los corelianos devolver el golpe. Ya sus ala-X disparaban sus misiles contra el portanaves, a la vez que los ala-Y del escuadrón Lancero eran diezmados en su desesperado intento por retrasar lo inevitable. Dos de las CC-9800 que todavía estaban operativas, junto con los cruceros *Primer Ciudadano* e *Independiente*, maniobraban ya para acabar con el solitario portanaves tan pronto como se retirasen los cazas.

- ¡¡¡ATRÁS, ATRÁS, ATRÁS!!! –gritó Wumb, sabiendo que toda la velocidad de su nave no sería suficiente para salvarles ahora, cuando estaban ya al alcance de las baterías láser de tantas naves enemigas.

Los últimos minutos parecían estirarse y estirarse y no acabar nunca. Alce aguardaba encogido bajo los restos del ala, haciendo un gran esfuerzo de voluntad para no sucumbir al feroz deseo de asomarse para ver dónde estaba el AT- ST. Estaba completamente seguro de que en esos momentos la

tripulación del "pollo" vigilaba con la mayor atención los restos de la lanzadera en busca de posibles supervivientes. Demasiado tarde para hacer nada al respecto, Alce se preguntó si verían las huellas que Llamrada y Rúster habían dejado en la nieve al alejarse de la lanzadera. Su única posibilidad de dañar el AT- ST dependía de que estuviera muy, muy cerca cuando le disparase. Confiaba en que el caminante se aproximase para inspeccionar lo que quedaba de la *Compasión* y que eso le diera la ocasión que buscaba. Pero si uno de los ocupantes del AT-ST veía las huellas, podrían detenerse a distancia prudencial y hacer su inspección desde allí. De hacerlo así, tarde o temprano terminarían viéndolo a él. O peor aún, podían decidir disparar directamente contra los restos de la lanzadera, tan sólo para estar seguros. El ala bajo la que se ocultaba era el blanco más obvio, ya que les impediría ver la cabina. También podrían dar un rodeo y seguir las huellas hasta dar con sus dos compañeras, sin que él pudiera hacer nada por evitarlo salvo exponerse él también. Todavía estaba nevando, aunque con menos intensidad que cuando se habían estrellado. Quizá las huellas estaban ya medio ocultas, imposibles de ver desde lo alto del AT- ST. Quizá. Alce rogó en silencio que así fuera.

Qué larga se le estaba haciendo la espera. ¿Cuánto tiempo llevaba acurrucado allí, preguntándose todo lo que podía salir mal? De pronto le pareció escuchar algo. No tardó en reconocer el ronroneo dolorosamente familiar de los motores del caminante, mezclado con los chirridos que hacían al moverse las juntas de las articulaciones de sus patas. Poco a poco todo esos sonidos le iban llegando cada vez con mayor claridad, transportados por el viento. Alce se estremeció víctima de un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. *Aquí viene, maldita sea.* El ruido se hacía más y más fuerte, penetrando sus oídos, despertando recuerdos terribles y clavándole el miedo en los huesos. Por un instante se preguntó si acaso los imperiales mantendrían sus caminantes pobremente lubricados a propósito, para asegurarse de que siempre armaran ese estruendo al andar. No podía negarse que causaba un importante efecto psicológico sobre el enemigo. *A mí al menos me está poniendo los nervios de punta.* Alce esperó y esperó hasta que le pareció que el caminante estaba ya muy cerca, y finalmente se arriesgó a echar un rápido vistazo sobre los restos del ala.

Bendita Fuerza, lo tenía casi encima. La escarapela seibergia, pintada sobre el costado del casco, se veía perfectamente. Alce hizo una mueca. Aquella era una pregunta que tenía ya respuesta. Si todavía había quienes dudaran que el ejército regular seibergio estuviera operando dentro de la Región Balania, esto desde luego debería convencerlos. *Si salgo con vida de ésta, ése será un informe que redactaré con mucho gusto.* Alce se tumbó en la nieve boca arriba, con la cabeza hacia el AT- ST, y se quedó completamente inmóvil, sin atreverse a respirar apenas. Se le ocurrió que hubiera sido buena idea echarse algo de nieve por encima, pero ahora ya era tarde para eso. Giró los ojos hacia arriba tanto como pudo y un instante más tarde pudo ver asomar la parte superior del AT- ST por encima del ala, alzándose ominoso apenas a quince metros de su cara. La "cabeza" de la máquina giró lentamente de izquierda a derecha, ligeramente inclinada hacia abajo, buscando posibles blancos. Los dos cañones bláster gemelos que surgían de su morro se le antojaban criaturas malvadas y mortales, ansiosas por encontrar una presa a la que dar muerte. Alce se encontró repentinamente débil, una ola de fatalismo derramándose dentro de su mente, minando su resolución. *Esto no va a salir*

bien. Llamarada, Rúster y el doctor dependen de mí y de lo que haga ahora, pero es todo inútil.

Por un instante, se sintió de nuevo corriendo y tropezando entre los matorrales y zarzas que rodeaban la base rebelde de Ten'see IV, aferrándose al mortero y negándose a soltarlo por mucho que le pesara, con un AT- ST igual que éste persiguiéndoles a sus compañeros y a él por la ladera de una colina. La vieja herida en el hombro izquierdo, causada por una esquirla de metal que saltó del caminante cuando lo destruyó, empezó a picarle como si se hubiera cerrado ayer mismo. En Ten'see IV no hacía este frío, pero su amigo Peyga, que estaba a su lado aquel día y vivió para contarle, había encontrado la muerte meses más tarde durante la evacuación de Hoth, en circunstancias macabramente parecidas. *Quizá esto fue lo último que vio, y quizá este frío lo último que sintió.* De alguna forma, en ese pensamiento encontró las fuerzas que necesitaba. *No te preocupes por mí, Peyga, que no tengo prisa por irme contigo. Hice morder el polvo a aquel "pollo" en Ten'see IV, ¿te acuerdas? Pues voy a hacerlo otra vez, por ti y por los chicos.* Alce consideró aquello por unos instantes y estuvo a punto de sonreír. No creía que a Llamarada le gustase saber que los que podían ser sus últimos pensamientos en vida se los había dedicado a un puñado de soldados de infantería, estando ella tan cerca. *Tranquila, mi vida. Tú sabes que todo lo que hago lo hago por ti.*

Los ocho metros y pico de altura del AT-ST se elevaban sobre él. Alce se puso en movimiento. Apoyando todo su peso contra la parte trasera del cañón de la lanzadera, levantó el arma hacia arriba y la apoyó en el ala, apuntando directamente a la parte inferior del caminante. No podían haberle visto desde la cabina, pero quizá sus sensores detectaron el movimiento. El hecho fue que la máquina echó una pata hacia atrás y empezó a agachar la cabeza. Alce apretó los dientes. En ese momento se escuchó un disparo de bláster a su espalda y luego otro. Ambos disparos se perdieron bien a la izquierda de su supuesto objetivo, pero un tercero llegó a rebotar sobre el casco. El AT-ST levantó la cabeza bruscamente para apuntar sus cañones hacia el origen de la amenaza. La articulación del "cuello" del caminante, donde el blindaje no era tan grueso y parte del mecanismo impulsor estaba a la vista, quedó expuesta por un momento. *Bien hecho, cielo.* Con un supremo esfuerzo, Alce se abrazó al cañón y tiró de él hasta conseguir ponerlo completamente vertical sobre la nieve. Con una última mirada hacia su blanco, Alce golpeó con el pie la válvula de seguridad del acumulador del cañón. A pesar de cerrar los ojos el rayo lo cegó, haciéndole imposible ver si el disparo había causado algún daño aún en el caso de que hubiera podido pararse a mirar. Alce dejó caer el cañón y se lanzó al suelo. Gateó y se arrastró sobre la nieve sin apenas ver nada, alejándose tan aprisa como podía intentando mantener los restos de la *Compassión* entre él y el AT- ST. Lo único que escuchaba eran los latidos de su corazón, golpeando en sus oídos a una velocidad imposible, y sus propios jadeos al respirar con la boca abierta de par en par el aire helado. De pronto, de algún lugar por detrás suya, le llegó un ruido muy raro, estrepitoso pero extrañamente apagado, como el que haría el tronco de un gran árbol al caer sobre la nieve tras ser talado por un androide maderero. Alce se detuvo y levantó la cabeza. Descubrió que había recuperado ya la visión, aunque todavía veía chispitas luminosas bailando frente a sus ojos. A una veintena de metros ladera arriba, junto a una roca muy afilada, vio a Llamarada con las rodillas clavadas en la nieve. Tenía el brazo derecho doblado sobre el pecho,

mientras que en la mano izquierda sostenía aún el bláster. Tras la roca, Rúster se levantó muy despacio, el polvo de nieve que le caía de la parte frontal del abrigo revelando que había estado tumbada boca abajo, seguramente por orden de Lllamarada. Ésta le estaba mirando a él. Rúster miraba a algo que estaba más allá. *Como un tronco cayendo en la nieve...* Alce se dio la vuelta.

El AT- ST se había derrumbado junto a la *Compasión*, con la cabeza por delante, muy cerca del sitio donde Alce se había ocultado. De su cuello casi oculto por el módulo de la cabina salía un gruesa columna de humo negro.

- Tres, ¿estás bien? - preguntó Solo. Había visto de refilón cómo el ala-X de Ibero resultaba alcanzado antes de que terminaran su pasada sobre la fragata coreliana.

- Un poco sacudido, pero sí - respondió el otro piloto. Solo le escuchó mascullar una maldición en iberiano antes de volver al básico. - Pero Cinco no ha tenido tanta suerte. La condenada fragata lo cazó justo antes de quedar desactivada.

- Aquí Uno-Ocho - transmitió Parody. - Yo iba justo detrás de Cinco. Estoy casi seguro de haberlo visto eyectarse. Por un momento me ha parecido incluso recibir la señal de su baliza.

Solo se sintió aliviado sólo a medias al escucharlo. Eyectado no era lo mismo que vivo, especialmente cuando uno tiene que saltar en mitad de una batalla como ésta, pero al menos Torpedo tendría una oportunidad. *Esto no debería estar pasando*, pensó con creciente rabia y desesperación. *Se suponía que debíamos evitar la confrontación, pero Araña tuvo que...*

- Aquí Nueve - Solo se sorprendió al escuchar la voz de Araña justo cuando estaba pensando en él. - Los ala-X enemigos están rociando al *Guarida del Lobo* con misiles de impacto. Tienen por lo menos cuatro o cinco escuadrones de ala-X en el aire, ¡no hay manera de que podamos con tantos!

Solo estaba a punto de preguntarle a Araña si no se sentía feliz con un entorno tan rico en blancos, cuando sonó la respuesta cortante de Víbora.

- Nuestro deber es intentarlo - Solo asintió en silencio. Eso también iba con él. Daba igual quién había empezado esta masacre ni qué se habría podido hacer para evitarla, si tal cosa era posible. Lo único que importaba ahora era proteger lo mejor posible a las naves amigas y las vidas de sus tripulaciones, e impedir que el enemigo se hiciera con el control del sistema. Incluso si era costa del sacrificio de hasta el último de los pilotos de caza, pocos en número en comparación con los ocupantes del resto de navíos. Prefería no pensar ahora, todavía no, en el hecho de que el enemigo en esta ocasión era su propia gente.

Tras comprobar que el ala-X al que perseguía se retiraba dañado del combate, Víbora le permitió escapar y voló directamente bajo la quilla del *Guarida del Lobo* buscando llegar lo antes posible al lado de estribor del portanaves, donde Araña y Reek trataban de repeler un nuevo ataque. Al hacerlo dispuso de una breve pero clara vista del interior del hangar principal. Estaba en llamas.

- Aquí la *Ord Mantell*. Necesitamos ayuda urgente, repito, ayuda urgente. Hemos perdido toda nuestra artillería y dos cañoneras enemigas nos están dando caza. No resistiremos otra andanada.

- Aquí Lancero Dos, haremos lo que podamos. Cabeza de Lobo Líder, he copiado que tampoco os quedan torpedos. Confirma, por favor.

- Negativo, Lancero Dos.- Víbora no se extrañó de que fuera el segundo del escuadrón de ala-Y el que se dirigiera a él. Su comandante y más de la mitad de sus pilotos habían caído ya. - No hay torpedos.

- Aquí Cabeza de Lobo Uno-Cuatro, Líder - se escuchó de pronto la voz de Drake. - Dos-Dos y yo estamos casi ahí. Dinos dónde quieres nuestros torpedos.

- ¡Cuánto me alegro de escucharos! - exclamó Víbora. Tal y como estaban las cosas, la llegada de los ala-X de Drake y Raiven, junto con los seis torpedos que llevaba cada uno, suponía una considerable mejora de sus fuerzas. - ¿Tenéis en vuestros sensores a la *Ord Mantell*?

- Afirmativo, Líder. También a las dos cañoneras.

- Bien. Elegid blancos y disparad dos torpedos cada uno. Lancero Dos, eso debería ayudaros a desactivarlas.

- Roger, Cabeza de Lobo Líder.

- Torpedos en camino, Líder - informó Drake.

Víbora contempló con no poca satisfacción cómo los dos pares de estelas azules finalizaban abruptamente al alcanzar los escudos de las dos naves corelianas, debilitándolos de forma notable. Atacadas por tres de los ala-Y supervivientes, que empleaban con precisión sus cañones de iones sobre ellas, las cañoneras se vieron forzadas a defenderse y abortaron por tanto la persecución de la *Ord Mantell*. La corbeta herida maniobró para abandonar la lucha, mientras el piloto de uno de los ala-Y pagaba su valentía con la vida al recibir un impacto directo. Víbora hizo un gesto de dolor. *Allá va otro*.

- Uno-Cuatro, uníos al resto de los Colmillos y esperad confirmación de nuevos blancos.

- ¡Aquí Ocho!- gritó de pronto Iceberg. Víbora ni siquiera sabía dónde estaba. - No tengo ya escudos y me están zurrando fuerte. ¡Necesito ayuda!

- Aquí Siete - respondió Sunami. - Intento cubrirte, pero...

- ¡Oh, no, mierda, me han...!- La frase de Iceberg se quedó en el aire. Víbora no tuvo que esperar mucho para tener confirmación de lo que eso significaba.

- ¡Líder, han derribado a Ocho! ¡Su ala-A ha saltado en pedazos!

- ¡Cuidado, Siete! ¡Ahora estás solo y tienes a media docena de corelianos contigo!

- ¡Lenguas de Hutt! ¡Esperad, intentaré acercarme a vosotros!

Víbora sintió que el corazón se le hundía un poco más. Con Torpedo y con Iceberg eran ya cuatro los pilotos derribados, y dos más los que habían abandonado el combate. Ahora que lo pensaba, ni siquiera sabía con certeza si Halcón y Sparks habían alcanzado la relativa seguridad del hangar del *Guarida*. *Que además está ardiendo...*

- Líder, aquí Dos-Dos. Tenemos a tiro a los cruceros.

- De acuerdo Dos-Dos - Víbora consultó las pantallas sensoras. Las naves corelianas de menor tamaño se estaban abriendo hacia los flancos, dejando espacio al *Primer Ciudadano* y al *Independiente* para que éstos pudieran abrir fuego contra el *Guarida del Lobo*. Aún sabiendo que iba a servir

de poco, había que intentar hacer algo. - Lanzadle todo lo que tenéis al *Primer Ciudadano*, a ver si...

- Aquí el capitán de fragata Wumb. Cabeza de Lobo Dos-Dos, no disparen. Cabeza de Lobo Líder, los escudos de esos cruceros son demasiado fuertes, es inútil que los ataquen con tan pocas fuerzas. Ordene a sus pilotos que se concentren en las fragatas que quedan.

Víbora aceptó la orden, convencido de que estaban a punto de entrar en el último acto del drama. - Escuadrón Cabeza de Lobo, ya lo habéis oído. Reagrupaos mientras selecciono un nuevo blanco. Lancero Dos, ¿sigues ahí?

No hubo respuesta.

- *Guarida del Lobo*, aquí la *Arvel Crynyd* uniéndonos a la lucha con la *Koth Melan* y la *Bria Tharen*. ¿Hay alguna posibilidad de que puedan ustedes volver a disparar ese cañón de iones suyo?

- Negativo - A los oídos de Víbora, la voz de Wumb sonó cargada de estrés. Comprendió que el sulustano daba ya la batalla por perdida. - En estos momentos estamos retrocediendo hacia su posición, pero no sé cuánto podremos aguantar.

- Comprendido, capitán Wumb. Reúnase con nosotros y entre todos haremos cuanto podamos por contener a los cruceros hasta que llegue el *Alma Valiente*.

Tres viejas Nebulon-B y un portanaves contra todo eso. No podrán hacer gran cosa.

- ¿Cuánto nos falta aún?- preguntó impaciente el vicealmirante Sinensis en el puente del *Alma Valiente*. Había ordenado al capitán de la *Bria Tharen* que se encargasen de retransmitir las comunicaciones entre las naves que se encontraban en el área de combate. Aunque con dificultades, podían escuchar parte al menos de lo que hablaban entre sí los capitanes de las tres fragatas, el *Guarida del Lobo*, las corbetas que quedaban y los pilotos de caza supervivientes. Entre eso y lo que captaban los sensores de largo alcance, Sinensis tenía una idea bastante clara del curso de la batalla. Lo que oía no le ayudaba precisamente a mantener los nervios bajo control.

- Diez minutos, señor - respondió el capitán Odicri.

- Mi nave habrá sido destruida mucho antes de eso - dijo la capitana de navío Gen'yaa.

- Lo sé y lo siento, capitán. Hemos perdido ya a la *Gyndine* y a la *Dubrillion*, pero al menos nos han dado una oportunidad de hacer nuestro trabajo.

- No vamos a poder detenerlos, almirante. Usted lo sabe tan bien como yo.

- Sí, puede que así sea, pero sí que podemos hacer que la victoria les salga muy cara a los corelianos. - Sinensis estaba contrariado por el comentario de la bothan, aunque trataba de ocultarlo. - Si nos llevamos por delante suficientes naves, habremos cumplido nuestra misión. No podrán mantener el control del sistema con lo que les quede.

- Quizá no. Pero en ese caso los seibergios lo recuperarán fácilmente. De una forma u otra habremos perdido vidas y naves para nada.

- ¡Coronel, sé cómo se siente usted pero no tenemos elección! - explotó finalmente el vicealmirante. - Si no comparte mi criterio, al menos cumpla mis órdenes. Y ahora le ordeno que se calle.

- Sí, señor. - Sinensis vio que el vello blanquecino de Gen'yaa, allá donde era visible, se erizaba completamente. Sus ojos parecían también echar chispas, pero la bothan cruzó los brazos sobre el pecho y no dijo nada más. En el puente del *Alma Valiente* se hizo un tenso silencio, roto tan sólo por el sonido de las transmisiones, hechas cada vez en tonos más urgentes, procedentes de las naves que combatían en primera línea. Sinensis, a quien no le gustaba verse obligado a chillar a un subordinado en presencia de otros, y menos si se trataba de un oficial de alta graduación como Gen'yaa, intentó serenarse. No tuvo tiempo de conseguirlo. El oficial de sensores se volvió de repente hacia el capitán Odicri reclamando su atención. Señalaba un icono que acababa de iluminarse sobre la pantalla táctica.

- Señor, otra nave capital acaba de entrar en el sistema muy cerca del área de combate.

- ¿Puede identificarla, alférez?

- Sí, señor, deme un segundo...- El joven palideció visiblemente. - Señor, es un destructor estelar clase Imperial II.

- ¿QUÉ?

Talina Gen'yaa inspiró profundamente, pero le pareció como si el aire no terminara nunca de alcanzar sus pulmones.

STAR WARS - DAÑOS COLATERALES

Capítulo XI

Aunque la tormenta de nieve estaba empezando a amainar el viento era aún bastante fuerte. Alce tenía la cara congelada y la garganta dolorida, pero casi no sentía el frío. Permanecía agachado con el bláster en alto, apuntando a la escotilla superior del AT-ST esperando a que se abriera. Si alguno de los tripulantes del caminante se asomaba portando un arma, le dispararía entre los ojos sin dudarle.

- ¿Cuánto tiempo hace ya? - gritó sin quitar la vista de la máquina caída.
- Cinco minutos, quizá más - respondió Rúster.

Desde donde se encontraba no podía apreciar signos de vida en la cabina del caminante, pero eso no quería decir que no hubiera supervivientes. *Seguro que a ellos les pasaba lo mismo con la lanzadera.* No se atrevía a confiarse, pero tampoco podía estar así todo el día.

- Está bien, voy hacia allá - dijo bajando el bláster, aunque no lo guardó en la funda. - Pero no dejéis de vigilar esa escotilla.
- De acuerdo.

Tras echar un último vistazo a los restos humeantes del AT- ST, Alce les dio la espalda y echó a caminar cuesta arriba. Sabía que debía inspeccionar de cerca el caminante, pero decidió que podía esperar. Ahora lo que más necesitaba en el universo era abrazar a Lllamarada. Vagamente consciente de que nuevas contusiones se habían añadido a su ya dolorido cuerpo, avanzó poco a poco hacia donde se encontraban sus compañeras, todavía con el bláster en la mano. Lllamarada se había sentado en la nieve para permitir que Rúster le atendiera. Desde donde se encontraba escuchó el chasquido que hicieron los huesos cuando, con un movimiento experto, la lumi colocó en su sitio el cúbito y el radio del brazo derecho de Lllamarada. Lllamarada hizo un gesto de dolor a pesar de los calmantes que se había tomado, pero ni chilló ni apartó la vista del AT- ST. Cuando vio acercarse a Alce le dirigió un amago de sonrisa. Alce se la devolvió.

Estaba apenas a cuatro o cinco pasos de Lllamarada y de Rúster cuando se escuchó un disparo y un rayo láser pasó silbando a diez centímetros escasos por encima de su cabeza. Alce se tiró al suelo de forma instintiva y se dejó rodar por la pendiente. Eso le salvó la vida. El siguiente disparo pasó medio metro más abajo.

- ¿Quién ha disparado, Avery?- gritó.
- ¡No lo sé!
- ¡Vino de allá arriba! - contestó Rúster. - ¡De detrás de esa elevación!

Alce miró en esa dirección. No se veía nada, pero eso no significaba que no estuvieran allí. - ¡De acuerdo! ¡Quedáos las dos donde estáis y sobre todo no asoméis la cabeza!

- ¿No has hecho ya bastante el héroe por un día? - le gritó Lllamarada.

- Fuiste tú la que dijiste que disparabas mal con la mano izquierda, ¿recuerdas? ¡Y Rúster no le dispararía a nadie!

- ¡Lo haré si tengo que hacerlo! - respondió valientemente la lumi.

- Aprecio el gesto, pero me temo que tu puntería será todavía peor con cualquiera de las dos manos, así que sólo quedo yo - Sin esperar respuesta, Alce comenzó a reptar por la nieve en dirección a sus ocultos atacantes.

Sdermila vio a dos personas agachadas detrás de una roca medio cubierta por la nieve. Una se sujetaba el brazo como si estuviera herida. La mujer apretó el paso obligando al kala'ballo a seguirla.

- Vamos, vieja bestia, que puede que hagamos falta. Deja de protestar y date por avisado. Puede que tengas que llevar peso, así que...- Sdermila se detuvo asustada al escuchar un sonido que a la fuerza había aprendido a reconocer: el disparo de un arma láser. Las dos personas a las que acababa de ver se encogieron detrás de la roca, aunque una de ellas, la que estaba herida, parecía querer levantarse y la otra no se lo permitía. Sdermila consideró si no sería lo más prudente que ella se tirara también al suelo. No podía ver quién disparaba, así que seguramente estaba al otro lado de esa cresta. - ¿Qué hago? ¿Qué hago? Vieja bestia, ¿qué harías tú? No, no me lo digas. Tú te darías la vuelta si no te estuviese sujetando por las riendas. Pero una de esas personas parece herida, y podría haber más...

Una de las dos figuras, por la voz una mujer, gritó en básico en dirección a Sdermila. - ¡Eh, usted, póngase a cubierto ahora mismo! - La mujer acompañó las palabras con insistentes gestos con su mano sana indicándole que se agachase. Sonaron más disparos.

- ¡Túmbate, vieja bestia, túmbate! Oh, Taigor, ¿por qué estoy haciendo esto?

Ignorante de la llegada de la mujer balania, Alce había conseguido alcanzar una pequeña grieta en el terreno que le proporcionaba una cierta cobertura, pero ya no podía seguir avanzando. Seguía sin ver a sus atacantes pero estaba claro que ellos sabían muy bien dónde estaba él. Una vez más, un chorro de nieve se alzó a su espalda en el punto de impacto de una nueva descarga, apenas a medio metro de sus piernas. Intentó encogerlas aún más, mientras parte de la nieve vaporizada por el disparo volvía a caerle encima en forma de gélidas gotas de agua. Otro disparo. Otro. Si osaba levantar la cabeza para intentar localizar al enemigo y devolver el fuego corría el riesgo de que un rayo láser se la arrancara de cuajo. Empezaba a pensar que con lo del AT-ST se le había acabado la suerte cuando notó una pausa en la ducha helada a la que estaba siendo sometido. Sin embargo seguía escuchando el zumbido de los disparos de bláster. *Están disparando hacia otro blanco*, pensó con aprensión. No podía tratarse de nadie más que de Lllamarada y de Rúster. Apretando los dientes y sujetando el bláster con fuerza - los guantes le estorbaban para manejarlo, pero sabía que si se los quitaba pronto dejaría de

sentirse los dedos a causa del frío y eso sería peor -, arriesgó una mirada hacia el lugar que había indicado Rúster. Lo hizo justo a tiempo de ver como alguien disparaba contra sus agresores desde algún sitio a su derecha, y mucho más cerca de ellos. El enemigo - todo hacía suponer que se trataba de soldados seibergios que habían ido acompañando al AT-ST - respondió disparando desde varios puntos a la vez. Al menos eran tres. Alce se quedó confundido por un momento. Conociendo a Lllamarada, no debería extrañarle que hubiese decidido actuar por su cuenta, herida o no. ¿Pero podía haber alcanzado esa posición en tan poco tiempo, aprovechando que sus agresores estaban concentrados intentando acertarle a él? Miró hacia atrás procurando no levantar la cabeza. No, Lllamarada seguía allí, junto a Rúster, detrás de la misma roca donde las había dejado, disparando a ciegas por encima de ella haciendo lo posible por distraer a sus atacantes. *Así que tenemos a un amigo sobre el terreno*, dedujo Alce. *Pues quien quiera que sea es más que bienvenido*. Aguzó el oído intentando distinguir de dónde venían los disparos que oía. Cuando estuvo seguro de que era su desconocido aliado quien hacía fuego aprovechó la distracción para saltar hacia delante y hacia la izquierda, corriendo en busca de un nuevo refugio. El enemigo se dio cuenta y abrieron fuego sobre él, pero tardaron unos instantes en afinar su puntería. Alce volvió a tirarse al suelo detrás de un pronunciado montículo de nieve bajo el que se ocultaba una roca. Había conseguido verlos. Tres o cuatro soldados de asalto con armadura ártica, a unos ochenta metros de su nueva posición. Estaban más lejos de lo que creía. Era un tiro difícil para un bláster, pero no era imposible. De nuevo esperó hasta escuchar más disparos a su derecha. Ahí estaban. Ahora al frente, el enemigo que respondía. Alce se levantó y echó a correr de nuevo en zig-zag, disparando sin cesar hacia el lugar donde había visto a los soldados de asalto. Se tiró al suelo y echó a rodar, esta vez hacia su derecha. Los disparos barrieron el punto donde se había hallado un instante antes. Alce apuntó y volvió a disparar. Esta vez hizo blanco. Otro salto y otra roca. Desde su nuevo escondite pudo ver como un segundo soldado caía víctima de un disparo de su amigo desconocido. A unos dos metros por encima suya pasaron varios rayos láser, dirigidos hacia la loma tras la que se ocultaba el enemigo. *Ahí está otra vez la mano izquierda de Avery*, pensó casi divertido a pesar de lo comprometido de la situación. Desde enfrente respondieron con poca convicción, y poco después se escuchó el zumbido de un pequeño pero potente motor. Al asomarse vio alejarse una motojet montada por dos soldados de asalto. *Todo apunta a que ser disparados desde tres posiciones distintas no es su idea de escenario controlado*. Alce abrió fuego varias veces contra los soldados en fuga, pero estaban ya demasiado lejos y se perdieron enseguida al otro lado de la pendiente.

- ¡Mierda de Hutt! - exclamó en voz alta. - Me parece que estoy empezando a entender por qué nunca había oído hablar de Seibergia como destino de vacaciones.

- ¿Estás bien?- le gritó Lllamarada desde atrás.

- ¡Sí, perfectamente! - Alce miró en dirección hacia el lugar donde suponía que debía hallarse la persona que les había ayudado - estaba casi seguro de que se había tratado de un único tirador, pues en ningún momento le había parecido escuchar más de un arma disparando al mismo tiempo -, pero no pudo ver a nadie. Quizá quien fuera había salido en persecución de los seibergios. *O también puede ser que se mantenga oculto porque sepa que hay*

más enemigos en los alrededores. Alce regresó adoptando todas las precauciones posibles, caminando agachado y con el bláster siempre a punto. Cuando llegó junto a Rúster y Lllamarada se encontró a una mujer mayor junto a ellas, que sujetaba a lo que parecía la versión viviente de un AT-AT, sólo que no tan grande - ni por asomo - y muchísimo más peludo. Alce reconoció la especie a la que pertenecía el animal por las imágenes que le había mostrado Ibero.

- Alce, ésta es Sdermila - dijo Rúster sin alzar apenas la vista. La lumi estaba terminando de vendarle el brazo a Lllamarada, labor que al parecer no había tenido ocasión de completar cuando empezaron los disparos. - Sdermila, éste es Alce.

- Encantado de conocerla - dijo Alce un tanto confundido. No creía que esa mujer fuera el tirador aliado.

- Yo también estoy encantada de conocerle a usted - respondió Sdermila en un básico estándar con un poco de acento, pero bastante decente. La mujer balania hizo un intento de sonreír y a Alce le cayó bien de inmediato. Se la veía cansada y seguramente estaba también asustada, pero se estaba esforzando para mostrar el coraje que requerían las circunstancias. Alce dedujo que Sdermila debía viajar con la caravana de refugiados que habían visto, pero lo que no entendía era qué hacía aquí ella sola con su bestia de carga. Rúster, que en esos momentos terminaba con el vendaje, se encargó de responder a su no formulada pregunta.

- Sdermila vio caer la lanzadera y vino a ver si podía prestarnos ayuda - Alce se quedó de una pieza al oír aquello. Una mujer ya mayor, a la que probablemente habían echado a la fuerza de su casa en los últimos días, sola e indefensa. Y a pesar de todo había acudido en ayuda de unos desconocidos bajo una tormenta de nieve y en mitad de un tiroteo. Decididamente le gustaba esa mujer.

Alce desvió su atención hacia Lllamarada, que le guiñó un ojo en modo tranquilizador. *Estoy bien*, decía su mirada. Rúster aplicó un espray sobre el vendaje, ya terminado, y éste se endureció al instante inmovilizando el brazo desde el codo hasta mitad de la mano. A continuación se puso a desenrollar un poco más de venda para improvisar un cabestrillo.

- Quizá sí que pueda usted ayudarnos, Sdermila - dijo Lllamarada, sentada aún en el suelo. - O más exactamente ese animal que trae.

- Es un kala'ballo - dijo Alce recordando el nombre, lo que le ganó una mirada un tanto sorprendida por parte de sus dos compañeras. Sdermila, por otro lado, no mostró reacción alguna ante la exhibición de conocimiento de Alce. Todo el mundo sabía lo que era un kala'ballo. ¿O no?

- Es viejo - dijo la mujer -, pero seguro que puede con usted. No parece una carga muy pesada.

- No es para mí - respondió Lllamarada, que no pudo contener una media sonrisa al oírse describir como "una carga no muy pesada". - Nuestro doctor está aún dentro de la nave. Está herido.

- Ah, pues bajemos hasta allí a ver qué podemos hacer.

- Esperad un momento - dijo Alce, que había sacado los electrobinoculares y miraba en dirección hacia la loma donde se había producido el reciente combate. - No creo que estemos a salvo aún. Alguien nos ha estado ayudando, disparando contra nuestros atacantes desde aquellos riscos. Sdermila, ¿sabe usted de quién puede tratarse?

Star Wars: Daños Colaterales

- Quizá de nuestro guía, un chico de la guerrilla. Se adelantó a explorar y ya no hemos vuelto a saber nada de él.

- Eso lo explicaría. Ahora no consigo verlo ni a él ni a nadie más, pero eso no significa que no haya más soldados seibergios en los alrededores. Sin mencionar al AT-ST, que todavía no hemos inspeccionado. Sus tripulantes podrían...

- Alce, el doctor - urgió Rúster. - Está muy mal. No puede seguir esperando a que nosotros nos aseguremos de que no hay peligro. Yo al menos voy a correr el riesgo.

- Mantendremos los ojos bien abiertos - dijo Lllamarada poniéndose en pie. - Tú y yo.

- Está bien - aceptó Alce de mala gana.- Pero ponéos a cubierto de inmediato si escucháis un solo disparo.

Los artilleros del *Guarida del Lobo* hacían lo que podían para defender la nave con los medios a su alcance. Todas las baterías láser y los lanzadores de misiles de que disponía el *Guarida del Lobo* disparaban sin descanso, principalmente contra los ala-X que acosaban al portanaves en su huida. Ocasionalmente, su esfuerzo era recompensado por la visión de uno de los cazas corelianos explotando en pedazos o retirándose dañado del combate. Pero uno tras otro, todos los emplazamientos de armas iban siendo alcanzados y destruidos, algunas veces junto con las vidas de aquellos que las operaban. Con ello a los pilotos enemigos cada vez les era más fácil encontrar brechas en las defensas para lanzar sus misiles de impacto sin que nada pudiera evitarlo.

- ¡Preparados para impacto! - avisó el alférez Proteys no por primera vez. El puente fue sacudido por una nueva explosión, mucho más fuerte que ninguna de las anteriores. Varias luces se apagaron y algunas consolas dejaron de funcionar. Aunque todos los paneles visores estaban cubiertos desde el comienzo del combate, Wumb no necesitaba mirar para saber qué había pasado esta vez.

- Allá va nuestro cañón de iones - dijo en voz alta, y nadie se sorprendió. Era cuestión de tiempo, ya que tras haber dejado incapacitado temporalmente al *Soberano*, el cañón de iones del *Guarida del Lobo* se había convertido en el objetivo primario de los ataques junto con el hangar principal. - Ahora vendrán a por nosotros el *Primer Ciudadano* y el *Independiente*.

- ¿Por qué habrán esperado tanto tiempo?- preguntó Mesch Dey'jaa. El bothan se apoyó en el sillón de mando de Wumb para volver a ponerse de pie. La explosión le había hecho perder el equilibrio y al caer se había mordido el labio con uno de sus agudos colmillos. Su frondosa barba negra estaba manchada de sangre. - Es obvio que no podíamos disparar de nuevo el cañón de iones sin volver la proa hacia ellos, y el simple intento nos costaría sacrificar lo que nos queda de escudos. Sería un suicidio.

- Usted es aquí el oficial de Inteligencia y el analista psicológico, teniente. Respóndase a sí mismo.

Dey'jaa pareció confundido durante un instante, pero enseguida comprendió a qué se refería el sulustano.- La historia de la Alianza Rebelde está plagada de sacrificios heroicos. Deben pensar que si se nos da la ocasión, podríamos estar dispuestos a morir con tal de neutralizar a otro de sus cruceros.

Wumb asintió. - Y así lo ordenaría yo si pensara que tenemos alguna oportunidad de conseguirlo. - Si esa afirmación impresionó a Dey'jaa, el bothan no lo demostró en modo alguno, con lo cual se ganó la secreta aprobación de Wumb. - Es imposible recargar los acumuladores del cañón en tan poco tiempo, - explicó -, ni siquiera redirigiendo a ellos toda la energía de la nave, y no sólo nuestros pobres escudos. No nos queda más remedio que seguir defendiéndonos con las armas convencionales, mientras todavía nos quede alguna. Por desgracia esta nave no está diseñada para este tipo de combate.

- ¿Lo están alguna vez? - preguntó Dey'jaa de forma retórica, exhibiendo una media sonrisa. Wumb lo miró con curiosidad. *No, Dey'jaa no está asustado en absoluto, aunque es imposible adivinar lo que piensan estos bothan. Nuestra situación es desesperada y él lo sabe casi tan bien como yo. Después de todo, también estaba en el Cueva del Lobo.*

- ¡Señor, dos de las fragatas corelianas van a conseguir rodearnos! - exclamó el alférez Proteys, su piel color salmón visiblemente oscurecida por el estrés.

Antes de que Wumb pudiera comprobar por sí mismo la posición de las naves enemigas sobre la pantalla táctica, se sintió otra potente explosión en algún lugar de la zona central del casco. A ésa le siguió otra, mucho más cerca de la popa, que de nuevo hizo oscilar las luces. Algunas ya no volvieron a encenderse, dejando el puente en semipenumbra. Esta vez Dey'jaa había encontrado asidero a tiempo y no se cayó. Empezó a sonar una alarma.

- Se acabó - dijo Wumb. - Ya no podemos seguir corriendo. Quizá debería usted buscar un asiento y abrocharse las bandas de seguridad, teniente Dey'jaa. APD-5, transmite una orden por las comunicaciones internas para que los oficiales al mando de cada puesto envíen a todo el personal que no sea imprescindible a las cápsulas de salvamento. Teniente Vaiwahannen, media vuelta a la nave. Intente meternos entre el *Primer Ciudadano* y el *Independiente*, a ver si podemos conseguir que se disparen el uno al otro antes de que nos aplasten.

- Eso haría del ser aplastados una experiencia menos desagradable - respondió el twi'lek con su habitual ironía. Nadie se rió.

- Estoy bien aquí - respondió Dey'jaa con coraje a la anterior sugerencia de Wumb.

- Si esa alarma significa lo que yo creo podríamos perder la gravedad artificial en cualquier momento, y usted es el único que sigue sin estar atado a ningún sitio. Control de fuego, quiero todas las armas que estén aún operativas apuntando a los cruceros. Les demostraremos que aún mordemos.

- ¡A la orden, señor!

- Creo que al teniente Vaiwehannen no le importará si me siento en su puesto mientras él está ocupado pilotando la nave - dijo Dey'jaa reconsiderando su postura.

- Muy bien, teniente. Ingeniería, aquí el capitán Wumb. Cuéntenme las malas noticias.

- Ingeniería, señor - se escuchó la voz de la teniente de navío Boradelis. - Seguramente habrá notado usted que acabamos de perder el motor superior del lado de estribor, y probablemente nos veremos obligados a parar el de babor antes de que reviente por sí mismo. Aparte de eso, tenemos varias brechas en el casco exterior en las cubiertas tres, cuatro y... Oh, no, ¿ahora qué?

Star Wars: Daños Colaterales

- ¡Los escudos han caído! - gritó alguien en el puente. Wumb cerró los ojos por un instante.

- Señor, los escudos...

- Lo sé, teniente Boradelis. Mantenga ese motor funcionando todo el tiempo posible, es lo único que le pido. Wumb fuera.

Mientras el *Guarida del Lobo* viraba para lo que probablemente sería su último ataque, Wumb se preguntó cómo era posible que se sintiera tan calmado, sabiendo con certeza lo que estaba a punto de suceder. Era como estar otra vez a bordo del *Tannia* o del *Cueva del Lobo*, pero sin la ansiedad ni el miedo. *Puede que uno llegue a acostumbrarse a esta sensación, después de todo. Quizá eso signifique que esta vez es la buena. Nada de milagros en el último momento. Nada de rescates heroicos. Bien, estoy listo, y allá vamos.*

- ¿Qué sucede, alférez Proteys? - preguntó al observar un cambio de postura en el moncalamari.

- Nuevas lecturas, señor. Se trata de...

- ¡¡¡UN DESTRUCTOR ESTELAR!!!

Víbora sintió que se le helaba la sangre en las venas al escuchar en sus auriculares el mismo grito viniendo de media docena de gargantas diferentes. *Justo cuando pensábamos que las cosas no podían ir peor...*

- Cabeza de Lobo Líder, aquí el capitán de fragata Wumb. ¿Me copia usted?

- Bastante claro, señor.

- Escoja a dos de los pilotos que le queden y envíelos en direcciones diferentes. Quiero que salten fuera del sistema y que vuelen hacia espacio de la Nueva República tan rápido como puedan. Con el campo de interferencias de los corelianos dudo mucho que ninguno de nuestros mensajes esté llegando a su destino. Es de vital importancia que alguien sepa lo que está pas...

De repente una nueva y sorprendentemente potente señal se impuso a la que procedía del *Guarida del Lobo*, por lo que a Víbora le fue imposible continuar escuchando al capitán de fragata Wumb. La transmisión estaba sin encriptar y, como Víbora se encargó de comprobar a toda prisa, se estaba efectuando a través de un amplio rango de canales. Cada una de las naves en el área, coreliana o de la Nueva República, tenía forzosamente que recibirla. Al cabo de unos segundos empezó a escucharse con total claridad la voz de una mujer. Era una voz que comunicaba paz y serenidad, pero que a la vez imponía respeto. La voz de alguien acostumbrada a dar órdenes y a que éstas se cumplieran sin cuestionarse. Incluso si no se hubiera identificado a sí misma, Víbora y seguramente muchos otros la hubieran reconocido igualmente. El piloto abrió la boca de par en par, totalmente anonadado por la sorpresa.

- Les habla la consejera Leia Organa de la Nueva República, a bordo del destructor estelar *Libertador*. A todas las naves de la Nueva República, cesen las hostilidades de inmediato. A los comandantes corelianos, les conmino a que ordenen ustedes a sus pilotos y tripulaciones a que también cesen el fuego. Mon Mothma, Presidente de la Nueva República, me ha conferido el mando completo de nuestras fuerzas en la zona así como la autoridad para iniciar negociaciones de paz con ustedes aquí y ahora. A todas las naves de la Nueva República, repito, cesen las hostilidades de inmediato. A los comandantes

corelianos, estoy esperando su respuesta. No rechacen mi oferta de diálogo. Ya ha habido suficiente derramamiento de sangre por hoy.

Araña se apoyó en el respaldo de su asiento, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro de alivio y agotamiento. En la vida se había sentido tan cansado. La batalla se había acabado menos de un minuto después de que llegaran la princesa Leia y el *Libertador*. Junto al resto de supervivientes del escuadrón, Araña había seguido las instrucciones de los controladores de vuelo del *Guarida del Lobo* para acceder al hangar a través del acceso de estribor. El de babor estaba fuera de servicio. Por la densa humareda que había visto durante la maniobra de apontaje, no resultaba difícil adivinar que una o más cabezas de guerra habían penetrado a través de los exhaustos escudos para explotar en el interior del hangar, pero el propio humo le había ocultado la verdadera extensión de los daños. El sonido de potentes turbinas entrando en funcionamiento le hizo abrir los ojos. Al hacerlo notó que se le nublaban la visión. Una especie de puntos negros en constante movimiento se superponían a lo que estaba mirando, haciéndole sentirse mareado. *Hey, hey, hey, ¿qué es esto?* Parpadeó varias veces y sacudió la cabeza para despejarse. Por un instante había creído que estaba a punto de desmayarse, pero la desagradable sensación se había desvanecido ya. El ruido que escuchaba procedía de los compresores que en ese momento comenzaban a insuflar aire limpio en el hangar al máximo de su capacidad, al tiempo que expulsaban al espacio la atmósfera contaminada más allá de la capacidad de los filtros del sistema de reciclado. La nube de humo se iba despejando poco a poco frente a sus ojos, revelando el completo desastre en el que se habían convertido al menos la tercera parte del hangar y de la cubierta de vuelo. El lado de babor era donde solían estacionarse los transportes de tropas y las lanzaderas. Por lo que sabía, Rúster había salido con la *Compasión* rumbo a Seibergia, a llevar a cabo una misión a la Región Balania. Pero las naves de los comandos Lince habían sido menos afortunadas. Todo lo que quedaba del *Unicornio*, uno de los dos Delta Dx-9 con los que contaba la unidad, era un montón de chatarra. Su nave gemela, el *Dragón Krayt*, parecía afectada también, aunque al menos estaba de una pieza. La lanzadera clase Lambda *Trovador*, muy similar a la *Compasión* pero conservando todo su armamento original, lucía engañosamente intacta. Una segunda y más atenta mirada le permitieron comprobar que las alas superior y de estribor tenían más agujeros que una cueva sulustana. Las planchas del techo del hangar se habían desprendido en amplias secciones. Conductos de todo tipo, cables de alimentación y líneas de comunicaciones, todos quemados y retorcidos, colgaban por doquier. Algunos de ellos aún no habían podido ser aislados de sus fuentes de energía y seguían regando de chispas la cubierta inferior. Mirase donde mirase, todas las superficies se veían chamuscadas, cuando no quemadas por completo, a excepción de aquellos puntos ocultos por la espuma antiincendios.

- Menudo desastre – dijo en voz alta al tiempo que abría la carlinga. No había nadie que pudiera acercarle una escalera, así que se sentó en el borde de ataque de su caza y se dejó caer hasta la cubierta. El calor se filtraba a través de la suela de sus botas. De repente se le había hecho insostenible llevar puesto el casco de vuelo, así que se lo quitó y lo tiró dentro de la cabina.

Halcón fue la primera persona a la que vio, aunque casi no pudo reconocerlo bajo la gruesa capa de ceniza, oscura como el espacio, que lo cubría de la cabeza a los pies, cara y cabello incluidos. El piloto estaba sentado encima de una caja tan sucia como él mismo, sujetando aún un extintor químico.

- Halcón, ¿Eres tú?

- Supongo que sí – respondió el otro sin mirar, obviamente sin ganas de hablar. Araña escuchó unos pasos acercándose rápidos a su espalda. Al darse la vuelta se encontró cara a cara con Solo.

- ¿En qué estabas pensando? – le gritó el coreliano deteniéndose a centímetros escasos de su nariz. Su habitual expresión amable había desaparecido. La cara de Solo era una máscara de furia cuando agarró a Araña con las dos manos por la pechera del traje de vuelo y lo atrajo aún más hacia sí. Su siguiente frase casi la escupió. – Sacart no tuvo ni la más mínima oportunidad.

- Lo siento por él – dijo Araña con sinceridad, pero molesto no obstante por el tono de Solo y la acusación implícita en sus palabras. - ¿Qué querías que hiciera, si puede saberse?

- ¡Que esperases al resto del escuadrón, para empezar! ¡Que no iniciases una batalla tú solito, maldito gatillo caliente!

- Me estás arrugando el traje de vuelo.

- ¡Pues no será lo único que te arrugue, imbécil de mierda!

Solo siguió agarrando a Araña con el brazo izquierdo mientras echaba el derecho hacia atrás. Araña se preparó para esquivar el puñetazo y responderle con uno de su cosecha, pero alguien sujetó desde atrás el brazo del coreliano.

- Ya basta, Solo - dijo Víbora con frialdad. – Ya hemos sufrido suficientes bajas hoy, ¿no crees?

- ¡Y ahí tienes al responsable! – Solo se debatió intentando liberar el brazo, pero la presa de Víbora era firme.

- Déjale que intente pegarme si quiere – dijo Araña.

- No empeores las cosas, y no me hagas pensar que de verdad eres imbécil – contestó Víbora. Araña se quedó callado, cogido por sorpresa por el aguijonazo de Víbora.

- Mucho mejor. Y ahora escuchadme los dos. Puede que si Araña hubiese esperado a que los demás llegásemos hasta vosotros Sacart y los demás estuvieran ahora aquí con nosotros, o puede que no. Puede que los corelianos hubieran decidido ya derribaros a todos antes de que pudiéseris recibir refuerzos, o puede que no. No es el lugar ni desde luego el momento para decidirlo, y en todo caso otros más sabios lo harán por nosotros.

- Si nos hubiéramos mantenido en formación – insistió Solo, aunque menos violentamente – habríamos estado en condiciones de cubrirnos mucho mejor los unos a los otros. Pero tú tenías que ordenarnos romper en parejas.

- Esa era la única forma en que podíamos seguir volando a la defensiva y ganar algo de tiempo. En formación cerrada les hubiera sido aún más fácil sacarnos de allí a empujones.

- Te estabas muriendo por empezar a disparar, no intentes negarlo. Querías hacer pagar a los corelianos por todo el...

- He dicho basta, Solo – le interrumpió Víbora. Solo se volvió hacia él. Tras mirarle fijamente a los ojos durante unos instantes respiró hondo y asintió con la cabeza. Víbora le soltó el brazo. – Ahora iros de aquí cada uno por vuestro lado y dáos una buena ducha fría. Eso va también por todos vosotros –

añadió abarcando con una mirada al resto de pilotos que habían acudido al oír los gritos, y que ahora les rodeaban silenciosos. ¡Vamos, fuera!

- Me parece bien lo de la ducha - dijo Solo dándose la vuelta y echando a andar hacia el turboascensor más cercano, no sin lanzarle a Araña una última mirada en la que se mezclaban la amargura y el rencor.

- Sí, una buena ducha - repitió Araña, sintiendo como empezaban a abandonarle sus últimas fuerzas. Volvió a ver los puntos negros, pero los ignoró con terquedad. *Tiene que ser el cansancio*. Pero había una cosa peor que esa desagradable sensación de debilidad física. Eran las palabras de Solo, abriéndose paso a través de su enfado y de su orgullo para hacerle dudar de sí mismo.

Víbora observó a Araña y a algunos otros pilotos mientras abandonaban el hangar. Entre ellos vio a Spuk, que había vuelto aparentemente indemne de su primera misión de combate con el escuadrón. Ése era un hecho que normalmente era motivo de celebración, pero estaba claro que hoy no era día de fiestas, sino más bien de lamentaciones. Aunque todavía podía suceder que alguno de los pilotos derribados fuera rescatado, seguramente serían varios los que no volverían jamás. Tomó nota mentalmente para que no se le olvidara hablar con Spuk más tarde y felicitarle aunque sólo fuera de palabra, pero eso tendría que esperar. Antes de poder concederse el más mínimo respiro tenía montones de cosas urgentes que hacer.

Lo primero, desde luego, era enterarse de hasta que punto era mala la situación, cuáles habían sido los daños materiales y las bajas a nivel de la flota, y averiguar si las lanzaderas de búsqueda y rescate de otras naves habían recuperado a alguno de los suyos. Por razones obvias las comunicaciones, encriptadas o no, se habían reducido al mínimo tras el final del combate. Que los corelianos averiguaran por sí mismos cuáles habían sido las pérdidas de la Nueva República, no hacía falta darles más pistas. Pero Víbora necesitaba esa información, y no sólo por su interés militar. Se había dejado buenos amigos ahí fuera.

Después de eso, y por muy mal que se sintiera, tendría que empezar a trabajar para mantener operativo al escuadrón. Por todo lo que sabía, acababan de entrar en guerra contra un nuevo enemigo. A pesar de la tregua temporal que les había conseguido la princesa Leia - como le pasaba a casi todo el mundo, a Víbora le costaba acostumbrarse a llamarla simplemente "consejera" -, podían tener que salir de nuevo en cualquier momento, y hacerlo en condiciones de combatir. Víbora resopló al tiempo que se secaba el sudor de la frente con la manga de viejo su traje de vuelo negro, recuerdo de sus días como piloto imperial. La tarea que tenía por delante se le antojaba tremendamente ardua y complicada. *Ni siquiera sé por dónde empezar*, pensó desalentado. *La moral de la gente está por los suelos, y eso ya es bastante malo de por sí. A algunos de los pilotos se los ve deprimidos, otros tienen la agresividad a flor de piel, como es el caso de Araña y de Solo. Todos están cansados. Puedo entenderlos. ¿Cómo no iba a hacerlo, si yo me siento igual que ellos? Pero si no somos capaces de superar todo esto, es como si ya estuviésemos muertos. Piloto estresado, piloto derribado, dice el proverbio, y es verdad. Tengo que hablar con todos ellos, pero, ¿qué les digo? Llamada sabría qué. A ella se le dan mucho mejor este tipo de cosas. ¿Por qué tendrían*

ella y Alce que bajar al planeta? Podrían ser muy útiles aquí, incluso si no les dejan volar. Si Gen'yaa no pone objeciones los llamaré de vuelta. Y a Rúster. Tiene narices, justo cuando más la necesitábamos a ella y a la Compasión. Maldita sea, definitivamente tenemos una podrida suerte.

Frente a él, varios cazas con daños visibles estaban siendo cargados a toda prisa en los elevadores para subirlos a la zona de estacionamiento. Los pocos que habían vuelto intactos los estaban remolcando a las áreas laterales del hangar con el fin de despejar la cubierta de vuelo, o al menos la zona de estribor, que era la única de la que se podía disponer de momento. Cerca del acceso de babor estaban empezando ya a retirar los restos y a parchear los daños más urgentes. Víbora soltó un gruñido al fijarse en el ala-B que estaban subiendo ahora. Parecía el de Granito, aunque estaba en tan mal estado que era difícil estar seguro. *Las reparaciones son lo más urgente*, decidió. *La mayoría de las naves necesitan de las manos y la experiencia de Mar Hanniuska y su gente.* Uno de los estabilizadores del ala-B se desprendió al ponerse en marcha el elevador y cayó con gran estrépito sobre la cubierta, atrayendo las miradas de todos los que se encontraban allí. - Algunos desesperadamente - dijo en voz alta, y de repente se quedó helado. Era muy probable que Mar estuviera en el hangar cuando explotaron los misiles. Víbora volvió la cabeza buscando en todas direcciones, pero no pudo encontrar a la mecánico jefe ni a ningún miembro de su equipo. *Espero que estén todos bien...* Fue entonces cuando reparó en Halcón, sentado aún en el mismo sitio donde se lo habían encontrado, al parecer demasiado agotado como para hacer algo tan aparentemente simple como ponerse en pie e irse de allí.

- Halcón, ¿estás bien?-

- Sí, jefe – asintió el piloto. Su voz era apenas un susurro. –No estoy herido, sólo sucio.

- Me alegro. ¿Has visto a la teniente Hanniuska?

- Hmmm, no. Quiero decir, no sé. - el piloto carraspeó intentando aclararse la garganta sin demasiado éxito. - Ha habido mucha confusión por aquí.

- ¿Qué hay de Sparks? Tuvo que llegar más o menos detrás de ti. Con todo este caos no veo su caza.

- Eso es porque el rayo tractor lo dejó por allí, a babor...- Halcón hizo un gesto vago indicando la zona más afectada por la explosión del misil y por el incendio. Viendo la cara de consternación de Víbora al recibir esa noticia, Halcón pareció reaccionar, apresurándose a añadir – No, bueno, cuando nos alcanzaron a él ya le habían evacuado a la enfermería.

- ¿Entonces está herido?

- Supongo que sí, pero no pude verlo de cerca, lo siento.

- ¿Preguntas por Sparks?- Víbora se giró y vio acercarse a Ibero, que era quien había hablado, acompañado por Raiven. Ambos parecían mortalmente serios, lo cual no sorprendió a Víbora dadas las circunstancias. Recordó que los ala-X habían sido los primeros en entrar en el hangar, así que era probable que al llevar más tiempo allí Ibero y Raiven estuvieran mejor informados que él.

- ¿Sabéis algo de él?

- Sí. He llamado a la enfermería. Sparks ha sufrido un ataque cardiaco de carácter moderado.

- ¿Un ataque cardíaco?- repitió Víbora desconcertado. Halcón mientras tanto hizo acopio de fuerzas y consiguió ponerse de pie junto a ellos.

- Eso es lo que me ha contado el androide médico con el que he hablado. Al parecer su caza recibió un impacto directo de un rayo de iones, disparado probablemente por una de las CC-9800. Antes de colapsarse, los escudos absorbieron el grueso de la descarga, pero una parte se filtró y entró en la cabina. Además de perder la computadora de vuelo y la mayor parte de los sistemas, Sparks casi se electrocuta. Eso disparó el ataque, aunque por fortuna no llegó a perder del todo la conciencia. Ahora está fuera de peligro, es todo lo que sé.

- Colas de barabel... ¿Y qué hay de los demás? ¿Has conseguido hablar con el puente también?

- Lo he intentado, pero no responde nadie. Michael...

- Seguramente están hasta arriba - dijo Víbora levantando la mano para pedirle a Ibero que esperara. - Déjame probar otra vez, a ver si pueden darnos alguna buena noticia. Puente, aquí el comandante Stauber, desde el hangar. ¿Me copian?

- Afirmativo, señor - respondió la voz de una mujer, aparentemente exhausta. - Aquí la alférez de navío Sarago. ¿Qué puedo hacer por usted?

- Verá, alférez, varios de mis pilotos han tenido que saltar durante el combate. ¿Puede decirme si se ha recuperado ya a alguno?

- Negativo, señor. El *Alma Valiente*, la *Arvel Crynyd* y la *Koth Melan* han puesto en vuelo sus lanzaderas de búsqueda y rescate, pero ya era tarde. Los corelianos llegaron antes. Si ha habido supervivientes ahora los tienen ellos.

- Comprendido, alférez. Stauber fuera - Víbora dejó escapar un gruñido. - ¿Habéis oído eso?

- Sí, Michael...

- No hay manera de saber quién está a salvo y quién no. Maldita sea...

- Michael, aún hay más.

- A lo mejor están todos vivos, quién sabe - continuó Víbora. Halcón empezó a asentir mostrándose de acuerdo, pero no pudo decir nada al ser víctima de un repentino ataque de tos. Víbora le palmeó la espalda de forma ausente. Había escuchado que Ibero añadía algo, pero en realidad ya no le estaba escuchando. Lo único en lo que podía pensar era en los pilotos que no habían regresado. *Ojalá se hayan eyectado todos a tiempo. Ojalá estén bien, a bordo de una nave coreliana, aunque sea confinados en un calabozo. Pero, ¿a quién quiero engañar? También pueden estar todos muertos, es más fácil eso que lo otro. Oh, mierda de Hutt. También aquí en el Guarida ha tenido que haber bajas. Este incendio, las brechas que he visto en el casco... Y sigo sin ver a Hanniuska... Víbora sacudió la cabeza. Tenía que mantenerse frío. Gen'yaa y Wumb se ocuparían del Guarida del Lobo y su tripulación. Él tenía que concentrarse en el escuadrón. - Exactamente, ¿cuántos pilotos faltan? Sparks y Halcón están aquí. Sacart, Ermitaño, Torpedo, Iceberg... ¿Alguien más?*

- Sí - dijo Raiven. - Alce, Llamarada y Rúster, junto con el doctor Al Saruff.

- ¿Qué?

- Eso es lo que Ibero intentaba decirte. Han derribado a la *Compasión* sobre la Región Balania. Drake y yo ni siquiera pudimos ver quién o qué lo hizo. Drake está ahora mismo informando al capitán de fragata Wumb, por eso

no está aquí con nosotros. - Ahora Víbora era todo oídos. Esperó en silencio a que Raiven prosiguiera. - Localizamos lo que quedaba de la lanzadera, pero desde el aire no se detectaban signos de vida. Nos ordenaron volver sin que hubiéramos podido echar un vistazo de cerca, pero lo más probable es que estén todos muertos.

Víbora sintió que se le revolvía el estómago. Casi la mitad del escuadrón había desaparecido en la última media hora. Entre ellos estaban todos sus amigos más antiguos con la única excepción de Granito. *Ahora él y yo somos todo lo que queda de los viejos tiempos.*

- Michael, ¿te encuentras bien?

- ¿Eh? Ah, sí, no os preocupéis por mí. Nuestra primera prioridad sería asegurarnos de que realmente no se puede hacer nada por Llamada y los demás. Podríamos... ¿Qué? Ya, Ibero, no hace falta que me lo digas. Seguro que el vicealmirante Sinensis ha prohibido todos los vuelos sobre espacio aéreo Seibergio, pero me da igual si... Oh, mierda, si ni siquiera tenemos un solo transporte disponible... - dijo haciendo un gesto hacia los restos humeantes agolpados cerca del acceso de babor.

- El *Alma Valiente* y las fragatas tienen aún sus lanzaderas - propuso Ibero. - Nos aseguraremos de que alguna de ellas vaya en busca de la *Compassión* tan pronto como sea posible, aunque haya que negociarlo con los corelianos y con los seibergios.

- Vale, ya me encargo yo. Vosotros limitaos a descansar, como ya les he dicho a los demás. Yo me quedaré un rato e intentaré encontrar a la teniente Hanniuska, a ver para cuándo podemos tener reparados al menos la mitad de los cazas dañados.

- ¿Estás seguro?

- Sí, sí.- *Marchaos y dejadme en paz, por favor.* - Luego te llamo, Ibero. Halcón, tu pásate por la enfermería. Con máscara o sin ella, tienes aspecto de haber respirado demasiado humo.

- Lo haré - prometió Halcón empezando a toser de nuevo.

- Michael, si me necesitas...- comenzó Ibero.

- Luego. Luego hablamos, ya te llamaré.

- De acuerdo. Venga Raiven, acompañemos a Halcón a la enfermería.

Víbora esperó a que los tres se hubieran marchado, y entonces se acercó hasta el contenedor sobre el que Halcón había estado sentado. Dejando escapar de golpe toda la rabia y la frustración contenida, le dio puñetazos y patadas una y otra vez hasta que se encontró jadeando por falta de aire. Arrugó el gesto a causa del daño que se había hecho, sobre todo en los nudillos, despellejados y casi en carne viva. Pero otra clase de dolor, mucho más sutil y retorcido, comenzaba ya a quemarle desde dentro. Era el causado por la sensación de pérdida y de fracaso, por la pena mezclada con las auto recriminaciones por no haber sido capaz de hacerlo mejor, mientras los rostros de todos los que probablemente habían muerto - aún insistía en seguir utilizando la palabra "probablemente" en sus pensamientos - se le venían a la mente una y otra vez.

Solo estaba ya en la sección médica de la nave cuando Ibero y Raiven aparecieron con Halcón. Tras dejarlo en manos de uno de los androides

médicos de la enfermería intentaron entrar a ver a Sparks, pero el 2-1B que lo atendía no lo consintió.

- Esto es un desastre - explicó Solo cuando la puerta de acceso a la unidad de cuidados intensivos se cerró frente a ellos. - Ahí dentro hay docenas de heridos. La mayor parte vienen de la zona del hangar, pero también los hay de otras áreas. Las cubiertas tres y cuatro están muy dañadas. Hubo una brecha en el casco exterior y se tragó a varias personas antes de que pudieran sellar los mamparos. Y no os lo vais a creer cuando os cuente a quien acaban de traer. A Araña - dijo sin pararse a esperar una respuesta. - Se cayó redondo dentro del turboascensor. He escuchado decir a uno de los ayudantes de Al Saruff que es un caso de agotamiento extremo. He estado a punto de darle un puñetazo ahí abajo...

- Lo hemos visto - dijo Ibero.

Solo movió la cabeza de un lado a otro. Tenía que recuperar un poco de autocontrol él mismo antes de ponerse a acusar a nadie de perder los nervios. - También ha estado aquí Drake. Vino después de hablar con el capitán de fragata Wumb, en cuanto se enteró de lo de Sparks. Me ha contado lo que ha pasado con la *Compasión*. Raiven, tú eres su compañero de camarote y además también estabas allí. ¿Te importaría ir a buscarlo, a ver si se encuentra bien?

Raiven asintió. - Claro. Creo que sé por dónde puede estar.

- Tenía que pasarle a Drake...- comentó Ibero después de que se fuera Raiven. - ¿Cuánto tiempo hace de lo de Hoja? ¿Cinco meses?

- Algo así - confirmó Solo. - Maldita sea, si es que por algo recomiendan que no te emparejes con nadie de tu escuadrón. Ver cómo matan a tu novia delante tuyo debe dejar hecho polvo a cualquiera.

- Imagínate. Y ahora derriban una lanzadera con varios compañeros dentro apenas a doscientos metros de él, y de nuevo no puede hacer nada para evitarlo. Para él ha tenido que ser casi como pasar otra vez por lo mismo.

Solo suspiró. - En fin, Raiven se ha convertido en su mejor amigo aquí. Si alguien puede animarle es él.

- Eso espero, de verdad. ¿Y tú cómo estás?

Solo parpadeó al verse convertido de pronto en el objeto de la conversación. - No estoy mal - dijo tras una corta pausa en la que hizo lo que pudo por ordenar sus ideas. Llevaba semanas temiendo que pasara esto, intentando imaginarse cómo iba a reaccionar y cómo iba a sentirse después. Ahora ya sabía la respuesta a la primera de esas cuestiones y no creía que nadie pudiera reprocharle nada. Mientras había durado la lucha se había comportado como si los que estaban enfrente fueran pilotos imperiales en lugar de posibles amigos de la infancia. En cuanto a la segunda, que era justo la que le acababa de plantear Ibero, descubrió que seguía siendo incapaz de contestarla. Quizá lo que más se aproximaba era... confuso. Había creído saber quién era y cuál era su sitio, pero ahora no estaba ya seguro de nada. Desde que eligió unirse al bando rebelde, sabía de sobra que cada vez que fuera al combate podía haber algún compatriota entre las filas enemigas. Pero de ser así - y en todo caso era algo que nunca podría saberse a ciencia cierta -, serían compatriotas que habían elegido ir en contra de todo aquello en lo que él creía, y eso le daba una justificación moral suficiente como para no sentirse mal consigo mismo ni con sus acciones. Esta vez todo había sido diferente. Por un lado no le cabía la menor duda de que sus adversarios eran *todos*

corelianos. Y por otro no actuaban en contra de sus ideales, sino que se limitaban a defender los intereses de Corelia. ¿Dónde le dejaba eso a él? ¿Cómo debía sentirse?

- Supongo que cuando me marché de Corellia y empecé a recorrer la galaxia me convertí en una especie de ciudadano universal – *Y una mierda de bronto*, pensó. Aquello había sonado como una respuesta ensayada, que era exactamente lo que era, pero no se le ocurría nada mejor para salir del paso. – No es que no me sienta coreliano. Lo sigo siendo, pero creo de todo corazón en la Nueva República y en lo que representa. Si eso me obliga a luchar contra otros corelianos, puedo afrontarlo. Aunque no digo que me guste, por supuesto.

- Por supuesto.

Lo que acababa de decir era cierto, desde luego, pero no respondía a la pregunta de Ibero. Probablemente nada que pudiera decir lo haría. Por la expresión de su compañero era difícil saber si le había creído o no, pero al menos no parecía que fuera a insistir más sobre el tema. Sin duda Ibero tenía sus propias preocupaciones. *Y creo saber cuáles son.*

- ¿Y tú?

- ¿Yo? ¿Qué quieres decir?

- Tu ala-X fue alcanzado durante la batalla. Después he visto los daños y sé lo cerca que has estado de ser uno más de los que no han vuelto.

Ahora era Ibero quien parecía cogido por sorpresa. Tras unos instantes de silencio terminó asintiendo. – No sabía que fueras tan hábil leyendo mentes ajenas.

- Es tu mirada. Parece perderse de cuando en cuando, durante un brevísimo instante. Como si un pensamiento concreto te persiguiera, pero estuvieras peleando todo el tiempo por sacártelo de la mente.

Ibero arqueó una ceja. – Creía que Drake era el único ex-policía que teníamos en el escuadrón, pero veo que tú también eres un observador de primera.

- En mi caso es porque me gusta jugar al sabacc.

Ibero soltó una corta carcajada, pero su expresión permaneció seria. – Sí, vale, me han dado un buen susto. Verás, me han derribado ya un par de veces. Después de Mon Calamari tuve incluso que pasarme varios días en un tanque bacta. Un mal trago, sin duda, pero ni me detuvo ni me hizo replantearme en lo más mínimo lo de ser piloto de caza y luchar contra el Imperio. Pero... - Solo asintió, animando a Ibero a continuar. – Pero no es lo mismo desde que nació mi hija. Tan sólo pensar que podría no volver a verlas a ella y a mi mujer, que Lucía podría tener que crecer sin un padre... Tengo que luchar constantemente contra ese miedo para que no me paralice – Un escalofrío involuntario acentuó las últimas palabras de Ibero. Solo apretó los labios. Podía o al menos creía entender lo que sentía el iberiano. Tener una familia propia era un lujo para un piloto en tiempos de guerra, y a la mayoría ni siquiera se les ocurría pensar en ello. Ibero era la única excepción en el escuadrón, y Solo podía ver que no era fácil para él. Si dirigirse al combate era siempre algo terrible, por muy adictos al riesgo que fueran todos, tenía que ser mucho más duro si tenías a alguien que realmente te importaba esperándote en casa. Al menos eso era lo que se imaginaba Solo, porque para él la certeza era imposible. Aparte del *Guarida*, ni siquiera tenía un sitio al que pudiera llamara hogar. Cuando eligió unirse a la Alianza Rebelde estaba renunciando implícitamente a volver a Corelia, al menos mientras continuara la guerra. Su

decisión le había convertido, como a tantos otros, en un fuera de la ley, en un proscrito, en un desterrado. Ibero bajó la mirada y Solo se sintió repentinamente incómodo. Lamentó haberle preguntado.

- Lo estás llevando muy bien – dijo aunque sólo fuera por romper el silencio - Si yo...

- ¿Capitán Tengroth?- dijo una voz a su espalda. El coreliano se volvió para encontrarse con el rostro barbudo del teniente de navío Dey'jaa. - Ah, Ibero, me alegro de que tú también estés aquí.

- Hola, Mesch – dijo Ibero levantando la barbilla a modo de saludo. La llegada del oficial de Inteligencia del *Guarida del Lobo* había hecho desaparecer rápidamente de su rostro la expresión vulnerable que lucía un instante antes, para ser sustituida por otra mucho más neutra aunque no carente de cierta suspicacia. - ¿Podemos ayudarte en algo?

- En realidad sí. Venía buscando al capitán Tengroth, pero me parece muy adecuado que estés tú presente - Solo se puso tenso de inmediato. Ibero y Dey'jaa se trataban el uno al otro con familiaridad, pero el bothan se había dirigido a él formalmente, usando su rango. Incluso Ibero parecía sospechar algo. *Lo veía venir. Me he convertido en un problema de seguridad a sus ojos. Acabo de derribar dos cazas corelianos, pero seguro que eso no prueba nada para ellos. Tendré suerte si me confinan en mi camarote en lugar de mandarme directamente al bloque de detención, sólo por si acaso.*

- La consejera Organa se reunirá con el almirante coreliano, un tal Sellman, dentro de una hora a bordo del *Primer Ciudadano* – continuó Dey'jaa aparentemente ajeno a las tribulaciones de Solo. – Las negociaciones darán comienzo de inmediato, y no hace falta que diga que las cosas están realmente serias. Antes de marcharse, la capitán de navío Gen'yaa me confió una idea que había tenido, y yo le prometí trabajar sobre ello. Lo cierto es que la presente situación ha hecho que sea de la mayor importancia poner en práctica su plan. Y para eso le necesito a usted, capitán Tengroth.

Solo se quedó pasmado, completamente cogido por sorpresa, pero contestó sin vacilar. Por supuesto. ¿De qué se trata?

- Estaremos mucho más cómodos en mi camarote...- Dey'jaa pareció reparar por primera vez en el aspecto de los dos pilotos, ambos vistiendo aún sus trajes de vuelo y el equipo de soporte vital completo. – Pero no hace falta que sea enseguida, claro. ¿Qué tal en... diez minutos?

- Allí estaremos – contesto Ibero. Sin más comentarios, ambos pilotos salieron a toda prisa de la sección médica, seguidos poco después por Dey'jaa a un paso mucho más calmado.

Mar Hanniuska se encontraba de pie en la zona de estacionamiento, junto al hueco de uno de los elevadores, mirando sin ver la destrucción que reinaba en la cubierta de vuelo, un nivel más abajo. Se dio la vuelta lentamente y su mirada se posó una vez más sobre el técnico Verpine que, tan cubierto de grasa y ceniza como ella, trabajaba sin descanso a pocos metros de ella sobre un ala-A en muy mal estado, indiferente al parecer a todo lo que le rodeaba. Hanniuska hundió los hombros y sacudió la cabeza con tristeza, deseando ser capaz también ella de abstraerse de todo y de concentrarse tan sólo en el trabajo. Una lágrima solitaria resbaló sobre su mejilla dejando un surco claro sobre su cara ennegrecida por el humo. Así la encontró Víbora. Su alivio inicial

al verla aparentemente ilesa comenzó a desvanecerse al percibir su estado de ánimo.

- ¿Mar? ¿Estás bien?

- No, no lo estoy - Víbora siguió su mirada hasta el ocupado insectoide, que seguía a lo suyo sin inmutarse como si los dos humanos simplemente no estuviesen allí. Víbora se preguntó cuál de los cuatro Verpine que había en el equipo de Hanniuska era aquel concretamente. Conocía sus nombres, Meggo, Dets, Kllips y Phasx, por una tonta canción compuesta por alguien del escuadrón, probablemente Reek o Drake, acerca de los encantos más obvios de la mecánico jefe. El estribillo era terriblemente pegajoso, virtualmente imposible de olvidar en cuanto lo habías escuchado una vez.

*....mira a Hanniuska, que a ella le da igual,
la chica es tan guapa que no parece normal,
pero ay si te acercas un centímetro de más,
te las verás con Meggo, Dets, Kllips y Phasx.*

Ahí estaba otra vez, y ahora le costaría trabajo quitárselo de la cabeza. Víbora se habría reído de sí mismo si la situación no fuera la que era. Desahogarse a golpes con el contenedor le había servido de algo, pero estaba muy lejos de sentirse bien. Y a pesar de todo seguía repitiéndose el estúpido estribillo una y otra vez mientras observaba al verpine. Meggo, Dets, Kllips y Phasx. Sí, sabía sus nombres, pero eso no le ayudaba a distinguir a uno del otro. Hanniuska en cambio parecía no tener la menor dificultad para saber quién era quién. *Supongo que también sería fácil para mí si me hubiera pasado tantos años como ella viviendo entre verpines.*

- ¿Dónde están los otros?- No había terminado aún de hacer la pregunta cuando se dio cuenta del error que acababa de cometer.

- Dets y Kllips están muertos. Meggo está en la enfermería con heridas muy graves. Lo mantienen sedado a la espera de quede libre uno de los tanques bacta, pero puede que no viva para verlo. De el resto de mecánicos, hay siete muertos y cinco heridos, aunque ninguno está tan mal como Meggo.

Víbora se mordió el labio. – Lo siento mucho.

Hanniuska asintió. - Phasx ha decidido que lo mejor que puede hacer es ponerse a trabajar, ya que no puede hacer nada para ayudar a sus hermanos o a sus amigos. Estos verpines son tan prácticos en su forma de pensar... Probablemente tiene razón, pero no creo que yo pudiera...- Hanniuska se interrumpió, acordándose súbitamente de algo. – Antes de que nos alcanzaran vi cómo se llevaban a Sparks en una camilla. ¿Cómo está?

- Me han dicho que saldrá de ésta.

Hanniuska se lo quedó mirando, notando probablemente el filo de amargura en su voz. - ¿Y el resto de los chicos? Aquí todavía faltan cazas...

Víbora le devolvió la mirada. – Hemos perdido a Torpedo, a Sacart, a Iceberg y a Ermitaño. No sabemos si ha sobrevivido alguno de ellos, porque los corelianos se han apresurado a recuperar a todos los pilotos eyectados, los suyos y los nuestros. Además me acabo de enterar de que han derribado a la *Compassión* sobre Seibergia con Rúster, Alce, Llamrada y el Doctor Al Saruff a bordo.

- ¿Qué? ¿También la *Compasión*?- Consternada, Hanniuska bajó la vista al suelo. – Tenía que haberlo imaginado. Las cosas han tenido que ser duras también ahí afuera.

- Todo un infierno. Y es posible que aún no haya acabado.

La mujer asintió en silencio, todavía con la cabeza gacha. Una nueva lágrima trazó un segundo surco sobre su mejilla. Hanniuska se llevaba bien con la mayoría de los pilotos. Algunos incluso eran buenos amigos suyos, especialmente Rúster entre todos ellos. Víbora se arrepintió de haber venido en su busca tan pronto, sin enterarse primero de si había habido bajas – y vaya si las había - entre su gente. Las noticias que acababa de darle no podían sino ahondar en su pena. Maldiciéndose a sí mismo por su falta de tacto esperó a que Hanniuska rompiera a llorar en cualquier instante, temiendo el momento a la vez que esperando ser capaz de ofrecerle algún consuelo. Pero no sucedió. La mecánico jefe desenganchó un hidroespáner de su cinturón de herramientas y se subió ágilmente a la nave adyacente al ala-A que ocupaba a Phasx.

- Me aseguraré de que estas latas volantes estén de nuevo en condiciones de combatir cuando las necesitéis.

- Gracias – dijo Víbora, pensando en añadir algo más pero sin que se le ocurriera nada. Empezaba a darse la vuelta cuando volvió a escuchar la voz de la mujer.

- Víbora...

- ¿Sí?

- La próxima vez derriba por mí a un par de corelianos.

Víbora se marchó sin contestar, sintiendo como aumentaba en su interior la inquietud que le acompañaba desde que había visto pelearse a Solo y a Araña. La reacción de Hanniuska era una prueba más de algo que empezaba a preocuparle profundamente. Antes de la reciente batalla, si alguien les hubiera preguntado, la inmensa mayoría de la gente de la Nueva República hubieran respondido que no querían una guerra contra los mundos corelianos, y habrían sido sinceros al decirlo. Esas mismas personas, al menos a bordo de ésta y del resto de las naves que habían tomado parte en la refriega, ahora estaban sedientas de venganza, y no era difícil suponer que entre los corelianos del otro bando el sentimiento sería recíproco. *Todos hemos sufrido bajas hoy, aunque seguramente las nuestras han sido peores. No puedo imaginar cómo van a evitar que esas muertes se interpongan y arruinen cualquier intento de negociación de paz.* Víbora meneó la cabeza lentamente de un lado a otro. *Buena suerte, princesa Leia. Seguro que va usted a necesitarla. Y si realmente existe tal cosa, que la Fuerza le acompañe.*

- No sé cómo vamos a apañárnoslas para sacarlo - Alce movió la cabeza de un lado a otro mientras salía a través de la escotilla de emergencia. - El acceso a la cabina está bloqueado sin remedio. Necesitaríamos un soplete láser para poder abrir una salida.

- Tiene que haber alguna otra forma - dijo Lllamarada. - No podemos dejarlo aquí, quién sabe cuánto puede tardar en llegar un equipo de rescate.

- Si es que llega - contestó Alce. Ante la mirada de desaprobación que le dirigió Lllamarada, el alderaaano decidió elaborar un poco más su respuesta. - Quiero decir si es que llega a tiempo. Podría aparecer otro de esos pollos andantes, y seguro que no tendríamos tanta suerte como con el primero. Esos

soldados que huyeron en la motojet pueden estar pidiendo refuerzos en este mismo instante.

- ¿Tú crees que pueden ser parte de una ofensiva seibergia? Hasta ahora nunca habíamos detectado vehículos militares seibergios tan lejos de la línea fronteriza. Tenemos que hacernos con una unidad de comunicaciones como sea...

- Por favor, pensad en algo - rogó Rúster apareciendo a espaldas de Alce - Creo que el doctor estaba en lo cierto. Debe tener alguna herida interna, una hemorragia o algo así. Creo que está a punto de entrar en coma.

Sdermila observaba a la gente de la Nueva República viéndoles entrar y salir de la nave accidentada, preguntándose cómo podía ayudarles. Otros refugiados habían ido acercándose en los últimos minutos, aunque la mayor parte del grupo se había quedado en el sendero. Al mirar hacia allá, Sdermila vio a Deveralia y a sus hijos, y un poco más lejos a Redina. Sdermila les saludó oscilando un brazo para hacerles saber que estaba allí y que estaba bien. Deveralia respondió levantando tímidamente la mano, aunque volvió a bajarla enseguida. Sdermila se volvió hacia los extranjeros. Por lo visto seguían sin poder sacar a su doctor. Tirando de su kala'ballo, se aproximó a la nave intentando ver la cabina. Fue entonces cuando reparó en el panel visor rajado.

- Discúlpeme, señora - llamó a la mujer que llevaba el brazo en cabestrillo, la que se había presentado con el curioso nombre de Lllamarada y que parecía ser la jefa. - ¿Han probado ustedes a romper el parabrisas?

- ¿El parabrisas?- repitió Lllamarada. - Ah, se refiere usted al visor. Está hecho de transpariacero. Incluso estando fracturado no hay manera de que podamos romperlo. Alce lo ha intentado ya en vano.

- Pero si pudieran romperlo, ¿correría peligro el hombre que está atrapado dentro?

- Podríamos cubrirle con unas mantas. ¿Por qué? ¿Tiene usted alguna idea? - El escepticismo y la esperanza se mezclaban a partes iguales en la voz de la joven.

- Quizá sí. O quizá no, si esa cosa es tan dura como dice usted.

- ¿Cómo lo haría?

- Con mi kala'ballo. Él podría romperlo, bueno, eso creo.

La joven no se detuvo a preguntar detalles. Corrió hacia sus compañeros y les dijo algo. Ambos volvieron a entrar en la nave dándose mucha prisa. Cuando salieron, la joven regresó hasta donde se encontraba Sdermila.

- ¿Qué necesita? Tenemos algunas herramientas...

- No, no, sólo quédense detrás de mí - Sdermila tiró de las riendas obligando al kala'ballo a moverse. - Vamos, vieja bestia. Veamos si dentro de ese feo corpachón tuyo queda algo de tu mal genio - Sdermila hizo volverse al animal de forma que sus cuartos traseros quedaran frente al visor dañado, a menos de medio metro de donde su lado derecho desaparecía bajo la nieve. Una vez allí dejó caer las riendas y retrocedió unos pasos. El kala'ballo parecía bastante tranquilo, tanto que ni siquiera se movió de donde estaba a pesar de que ya nada lo sujetaba. Sdermila se agachó y cogió un puñado de nieve entre las manos, dándole forma hasta conseguir una bola de buen tamaño. Sin pensarlo dos veces apuntó a los cuartos traseros del animal y se la arrojó con todas sus fuerzas. La sobresaltada bestia reaccionó soltando una tremenda coz, de tal manera que golpeó el visor con los dos cascos traseros al mismo tiempo. Casi sin ruido, el transpariacero se agrietó en todas direcciones

formando una tela de araña. Ahora sí, el viejo kala'ballo hizo amago de escaparse, pero Sdermila ya estaba a su lado recobrando las riendas. Un corpulento anciano que había estado observando la escena a poca distancia se acercó cojeando por el otro lado del animal y le ayudó a sujetarlo.

- ¡Sí, será suficiente!- exclamó con satisfacción el extranjero alto, al que las mujeres llamaban Alce, mientras golpeaba el visor con una barra metálica. Varios trozos se desprendieron, cayendo hacia el interior de la cabina. - ¡Rúster, échame una mano aquí!

- Sshhh. Vale ya, vieja bestia - Sdermila susurró junto a la oreja del kala'ballo al tiempo que le acariciaba el pelaje del cuello con la mano libre. - Has hecho un buen trabajo. Estoy muy contenta contigo.

- Todavía es un buen kala'ballo - comentó el anciano cojo en balanio. - Nunca se puede decir cuándo uno de estos animales es demasiado viejo.

- Muchas gracias, Sdermila - dijo Lllamarada. - Usted y ese ... ¿kala'ballo? Sí, usted y ese kala'ballo suyo puede que hayan salvado la vida de nuestro doctor.

Sdermila asintió, notando que se le humedecían los ojos. - Lo siento - dijo Lllamarada al darse cuenta. - ¿He dicho algo que no debiera?

- No, no, qué va - respondió ella recobrando la compostura. - De parte del kala'ballo y mía, de nada.

Lllamarada sonrió y caminó de vuelta hacia la nave.

- Ya lo has visto, Taigor - dijo Sdermila para sí, en un tono tan bajo que nadie más pudo oírlo. - La vieja bestia acaba de redimirse. Te mató a ti, pero ahora ha salvado la vida de otro hombre. - En esos momentos Alce salía a través del visor roto sujetando dos de los extremos de una gran manta marrón, al parecer con considerables dificultades. Rúster sujetaba la otra parte lo mejor que podía, y su rostro estaba rojo por el esfuerzo. Dos mujeres balanias y el anciano que la había ayudado a sujetar al kala'ballo se apresuraron a colaborar. Lo primero que pensó Sdermila fue que el doctor de la Nueva República tenía que ser muy grande, muy gordo, o las dos cosas a la vez. Pero cuando terminaron de sacarlo y tuvo ocasión de ver mejor el cuerpo que yacía sobre la manta, jadeó sorprendida. - Bueno, quizá no se trate exactamente de un hombre, Taigor - se corrigió a sí misma -, pero el caso es que le ha salvado la vida.

Acomodaron al doctor Al Saruff lo mejor posible sobre una camilla flotante que Alce y Rúster consiguieron extraer del compartimento de carga de la lanzadera. Era evidente que los balanios no habían visto nunca a un ithoriano porque su apariencia causó sensación. La primera persona que se recobró de la sorpresa fue la señora mayor, Sdermila, que ahora ayudaba a Rúster mientras ésta examinaba el magullado cuerpo del doctor. Bajo la dirección de Lllamarada, algunas de las mujeres más fuertes entre el grupo de refugiados - una vez que comprobaron que no había peligro evidente, eran muchos los balanios que se habían aproximado hasta allí - hicieron una cadena humana hasta el interior mismo de la *Compasión*, en un intento por recobrar todo lo que se pudiera de su cargamento. La mayoría de los contenedores habían resistido bastante bien el golpe sin sufrir grandes daños, pero algunos de los elementos más valiosos, como eran los dos procesadores de alimentos y el generador de energía, jamás podrían ser extraídos a través de la

relativamente estrecha escotilla de emergencia. No había tiempo para intentar desmontarlos y sacarlos por piezas y, en todo caso, tampoco podían llevarse demasiadas cosas con tan sólo un puñado de kala'ballos para cargarlas.

Mientras Alce observaba con atención los alrededores, docenas de paquetes sellados conteniendo comida y medicinas, tiendas de campaña y todo tipo de suministros, fueron pasando de mano en mano hasta el exterior de la lanzadera, donde Llamarada se encargaba de clasificarlos. Alce bajó los electrobinoculares para echarle un vistazo a los diversos montones de material recobrado apilados uno al lado del otro. Pronto tendrían todo lo que podían llevarse. Alce dudó. Quería inspeccionar el AT-ST antes de que se marchasen, pero por otro lado no le gustaba la idea de descuidar la guardia mientras todo el mundo, Llamarada y Rúster incluidas, estaban demasiado ocupados como para darse cuenta de si algo o alguien se acercaba. Hasta el momento no había visto nada que le hiciera pensar que pudiera haber más tropas en las cercanías, pero eso no le tranquilizaba. Con su equipo invernal un pelotón de soldados de asalto como los que les habían atacado antes podía ser virtualmente invisible hasta encontrarse a muy poca distancia. En este terreno, en trescientos metros a la redonda habría al menos un centenar de sitios donde un par de ellos podían ocultarse con un bláster ametrallador tipo E o con un lanzador de misiles de mano. Pero si realmente estaban allí, ¿a qué estaban esperando para atacarles u obligarles a entregarse? Y sin embargo el sitio más obvio desde el que les podían tender una emboscada lo tenían encima. Era el propio AT-ST, cuyos ocupantes podían estar vivos y al acecho, esperando tan sólo el mejor momento para cogerles desprevenidos por la espalda. Alce se decidió. Llamó a Llamarada e hizo un gesto hacia el caminante caído. Ella asintió y se palmeó el bláster que colgaba de su cintura. Alce sonrió y le arrojó los electrobinoculares, que ella atrapó al vuelo con su mano sana. A veces le seguía sorprendiendo lo bien que se entendían el uno al otro sin necesidad de hablarse siquiera. Un poco más tranquilo, se encaminó hacia el AT-ST.

Alce abrió la escotilla superior con el mayor cuidado posible, con el cañón del bláster por delante, listo para disparar al menor signo inesperado de movimiento. Sus precauciones demostraron ser superfluas: los dos ocupantes del caminante estaban muertos como ya había sospechado, pero hasta ahora no se había atrevido a darlo por cierto.

No hacía falta ser doctor en Medicina para saber que uno de ellos tenía el cráneo roto. Su casco estaba hundido completamente por encima de la frente a consecuencia de un impacto brutal contra el parabrisas blindado. El tipo había sido lo suficientemente estúpido o descuidado como para no llevar ajustadas las cintas de seguridad.

El otro confundió a Alce al principio, hasta el punto de que no se atrevió a guardar el bláster hasta estar seguro. No llevaba puesto el casco, pero la forma en que éste descansaba sobre el destrozado panel de control hacía pensar que no se le había caído, sino que él mismo lo había puesto allí tras el colapso del caminante. Tenía la cabeza apoyada mansamente sobre el pecho, dándole el aspecto de un androide al que hubieran desactivado, pero no se veía sangre ni ninguna otra señal de posibles golpes o heridas. Tan sólo su palidez extrema hacía pensar que aquel hombre estaba más allá de este mundo. Alce usó el bláster para volverle la cara, muy despacio, en busca de alguna pista sobre lo que había acabado con el soldado, y al hacerlo algo se resbaló desde su boca. Parecía una especie de joya o medallita, representando

lo que parecía ser el emblema de la unidad militar a la que pertenecía. Colgaba de una cadenita que el soldado llevaba alrededor del cuello, por debajo de la armadura. Cuando Alce, intrigado, la giró para verla bien, descubrió que la joya escondía un minúsculo compartimento en la parte de atrás. Estaba abierto y vacío. - Veneno - dijo Alce en voz alta -, tiene que ser algún tipo de veneno - No había forma de saberlo a ciencia cierta a no ser que se le pudiera practicar una autopsia al cadáver, cosa que tenía muy pocas probabilidades de suceder, o mediante el análisis de los restos microscópicos que pudieran quedar en el interior de la joya.

Alce decidió comprobar si el otro soldado también llevaba un collar similar. Si estaba en lo cierto al suponer que el símbolo grabado en la joya era un distintivo militar, parecía lógico suponer que otros soldados también tuvieran el suyo. Enfundó el bláster y utilizó las dos manos para quitarle el casco al de la cabeza hundida. No pudo evitar mancharse los guantes con la sangre que, medio congelada, cubría casi por completo la cara y el pelo del hombre. Al palparle el cuello por debajo de la armadura confirmó sus sospechas. Con mucho cuidado, pasó el collar alrededor de la cabeza y tras limpiarlo como pudo – utilizó el cuello del uniforme del otro soldado, que sobresalía un poco de su armadura - comprobó que la joya, idéntica a la otra, estaba intacta, con su compartimento oculto bien cerrado. Antes de abandonar la cabina del caminante abrió todos los compartimentos y registró las dos armaduras. Se llevó las armas personales de los soldados - blásters ligeros de procedencia imperial -, sus chips de identificación y un datapad, que podría o no contener información de interés. Cuando salió por fin del AT-ST, Alce agradeció el viento frío que le recibió nada más asomarse al exterior. Le helaba la cara, pero también se llevaba el olor a muerte que impregnaba sus fosas nasales.

Mientras tanto, Rúster y Sdermila habían atado la camilla flotante sobre la que se encontraba el doctor al kala'ballo de la mujer. Los distintos paquetes seleccionados entre todo lo que se había conseguido recuperar de la *Compassión* estaban sujetos a lomos de los restantes animales, y repartidos entre las mochilas y bolsas de los propios refugiados. La mayor parte de éstos había vuelto ya al sendero. La columna estaba lista para reanudar la marcha.

- Viajaremos con ellos - le explicó Lllamarada a Alce -. Después de todo van hacia el mismo campo de refugiados al que nos dirigíamos nosotros. Así podremos ofrecerles alguna protección.

- Y a la vez pasaremos más desapercibidos yendo entre ellos - dijo Alce en voz baja, de forma que ni Rúster ni ninguno de los balanios más próximos pudieran oírle -, en el caso de que entre estas montañas se oculten indeseables mirones.

Lllamarada asintió. - También lo he tenido en cuenta. ¿Qué has encontrado en el caminante?

- Los dos tripulantes están muertos. Uno de ellos a causa del golpe, el otro se ha suicidado - Lllamarada se lo quedó mirando arqueando las cejas. - Se envenenó. Los dos llevaban uno de estos - explicó Alce enseñándole el collar. - El veneno está oculto aquí, detrás del colgante. Estoy seguro de que no es un condimento para sus comidas campestres.

- ¿Por qué crees que tendrán tanto miedo de ser capturados?

- Vete a saber. Quizá hayan cometido tantas atrocidades que temen que los balanios les torturen, si llegan a ponerles las manos encima.

- ¿Puedes imaginarte a estas mujeres, niños y ancianos torturando a alguien?

- No, pero la gente puede llegar hacer cosas terribles cuando se les ha empujado demasiado. De todas formas estaba pensando en la guerrilla.

- Puede ser. Sdermila ya los mencionó antes, ¿te acuerdas? Una de las mujeres me ha confirmado que tuvieron un encuentro con ellos la noche pasada. Reclutaron a todos los hombres que estaban en condiciones de combatir y a no pocas mujeres. Por eso no hay más que ancianos y madres con sus hijos. Al marcharse les dejaron a un muchacho para que les hiciera de guía.

- Es verdad, el guía. Si era él quien disparaba contra los soldados de asalto, desde luego nos ha salvado el cuello. No creo que hubiéramos conseguido ponerles en fuga sin su ayuda. ¿Pero por qué no ha dado señales de vida...? - Alce se detuvo antes de terminar la frase. Por la mirada de Lllamarada, a ella se le había ocurrido la misma idea. Alce echó a correr hacia el lugar donde pensaba que se ocultaba su invisible aliado.

No tardó en encontrarlo. Un rayo láser había pasado a través de su garganta destrozándole el cuello. De hecho tenía la cabeza prácticamente colgando. Por su aspecto no podía tener más de quince años. Alce se sintió de repente asqueado y muy, muy furioso.

- No se puede hacer nada - le dijo a Lllamarada y a Rúster, que había acudido con un medicpac recién rescatado de la lanzadera.

- Pobre chico - dijo Lllamarada. Rúster hizo un gesto de congoja y apartó la mirada del cuerpo.

- Ya que hemos llegado hasta aquí voy a ir a echar un vistazo - dijo Alce mirando hacia la cercana loma desde la que disparaban los soldados de asalto.

- No me esperéis, ya os alcanzaré yo.

Lllamarada sacudió la cabeza y se dio la vuelta junto a Rúster. Alce continuó hacia la loma, dando un cauto rodeo para mantenerse tras la cobertura de las rocas y no exponerse demasiado. Al llegar allí descubrió el cadáver de un soldado de asalto y una motojet con el motor agujereado en dos sitios distintos por sendos disparos de bláster. Cerca del soldado encontró un fusil láser de precisión medio enterrado en la nieve. Alce lo cogió. Era del mismo tipo que solían emplear los francotiradores de los comandos imperiales de élite, y llevaba instalada una mira térmica. Seguramente la nieve había contribuido a confundir al dispositivo, atenuando las lecturas que recibía y dificultándole la adquisición de blancos. De no ser así, era muy probable que Alce hubiera acabado igual que el chaval de la guerrilla, al que probablemente debía la vida. Al mirar alrededor, reparó en una serie de huellas desiguales alejándose más o menos en la misma dirección que había seguido la motojet que escapó. Al acercarse a examinarlas, vio también algunas manchas de sangre, casi absorbidas ya por la nieve pero visibles todavía, salpicando las huellas aquí y allá. *Así que uno de ellos estaba herido. Esta motojet había quedado inservible, así que no le quedó más remedio que intentar escapar a pie.* Alce dio algunos pasos siguiendo las huellas. Algunos metros más allá el soldado parecía haberse caído. A partir de allí las huellas eran incluso más irregulares. *Va casi arrastrándose. No puede haber llegado muy lejos.*

Sujetando el bláster de precisión frente a él y sin quitar el dedo del gatillo, Alce comenzó a seguir las huellas tan rápido como podía, a pesar de que en algunos puntos se hundía hasta las rodillas en la gruesa capa de nieve.

STAR WARS DAÑOS COLATERALES

Capítulo XII

Tras ser informada acerca de las bajas sufridas a bordo del *Guarida del Lobo* y los daños que el propio portanaves había sostenido, la capitán de navío Talina Gen'yaa ansiaba más que nunca poder volver a su nave para hacerse cargo en persona de la situación, pero el vicealmirante Sinessis había prohibido cualquier vuelo que no fuera absolutamente indispensable. Lo cierto era que aún sin esas restricciones no habría tenido forma de regresar, al menos por el momento. Según acababan de explicarle las dos lanzaderas del *Guarida* habían sido destruidas, y en el *Alma Valiente* no quedaba ni una sola disponible. Todas se encontraban barriendo literalmente el área del reciente combate buscando cápsulas de evacuación o pilotos que hubieran saltado de sus cazas. Tras ver retirarse a las lanzaderas corelianas, que habían dispuesto de tiempo de sobra para llevar a cabo su cometido, se sabía ya que ésa era una búsqueda condenada al fracaso. Hasta el momento todo lo que habían podido encontrar era el cuerpo semicalcinado de uno de los pilotos del escuadrón Lancero. *Punto para el otro bando*, pensó la bothan con amargura.

De pie en la parte frontal del amplio puente - mucho mayor que el del *Guarida* -, de cara a un panel de observación que le permitía contemplar las evoluciones de los cazas del *Alma Valiente* - qué pocos de los ala-Y habían regresado -, Gen'yaa meditaba en calma, consciente de que el capitán Odicri había dado órdenes a sus oficiales para que no se la molestara - un detalle un tanto condescendiente quizá, pero del que no se quejaba -. Mientras aguardaba más noticias y una oportunidad para marcharse del viejo acorazado, la bothan se dedicó a analizar la nueva situación con la calma y la frialdad que procuraba aplicar a la resolución de cualquier problema, por pequeño fuera. Los corelianos lo habían apostado todo a un único y definitivo acto, un golpe que debería haberles dado una rápida e incruenta - para ellos - victoria estratégica. Pero la repentina llegada del *Libertador* había arruinado sus posibilidades de éxito, al reducir de forma considerable la desventaja de la flota de la Nueva República. Con el destructor estelar allí, los corelianos difícilmente podrían alcanzar el control del sistema sin sufrir graves pérdidas por su parte, y Gen'yaa no creía que estuviesen dispuestos a correr ese riesgo: necesitaban demasiado sus grandes naves si querían mantener su independencia respecto al Imperio. Todavía podían pedirle refuerzos al Diktat, sí, pero la Nueva República haría lo mismo, y ahora lo sabían. Al enviar allí a una de sus naves de guerra más capaces, Mon Mothma le había hecho llegar un mensaje muy claro al Diktat: si nos obligáis a pelear eso es lo que haremos. De ese modo había conseguido forzar una negociación y ganar algo de tiempo, un logro nada despreciable, aunque por desgracia los corelianos empezaban con ventaja. Por

si el poderío de sus cruceros no fuera suficiente para permitirles dictar sus condiciones, se habían hecho con una valiosa carta con la que jugar: ellos tenían prisioneros y la Nueva República no.

Al menos el *Guarida* había sobrevivido a la batalla. La hazaña de Wumb resultaba casi increíble. Tal y como se le había ordenado, el sulustano había conseguido incapacitar temporalmente a uno de los cruceros enemigos, pero había logrado hacerlo sin que el portanaves fuera aniquilado en el proceso, como todos habían esperado y temido. De no ser por el *Libertador* así hubiera sucedido al final, de haber continuado la lucha, pero en lugar de permitir que la nave fuera destruida mientras escapaba, Wumb había elegido caer combatiendo. Si hubiera conseguido meter al *Guarida* entre el *Primer Ciudadano* y el *Independiente*, como sin duda había pretendido, ambos cruceros habrían recibido daños por fuego amigo. Ahora que lo pensaba, la única forma que hubieran tenido los corelianos de evitarlo habría sido limitarse a usar armas de iones, en cuyo caso el *Guarida del Lobo* hubiera sido desactivado pero no destruido - a no ser que lo remataran después, lo cual no parecía probable teniendo la oportunidad de capturar al portanaves semiintacto -. Gen'yaa se preguntó si no sería eso precisamente lo que había ido buscando el astuto sulustano. La desactivación se traduciría en la supervivencia de la mayor parte de la tripulación, y eso era más importante que el hecho de que los corelianos pudieran hacerse con la nave, que aunque contaba con un diseño muy novedoso no contenía secretos que los corelianos pudieran vender o ceder después al Imperio, y además sólo podía ser reparada en Mon Calamari - lo que hacía imposible que pudiera ser eventualmente utilizada contra la Nueva República -. Desde luego Wumb era muy bueno, incluso mejor de lo que ella había creído hasta el momento, y sin duda también era valiente. La bothan no pudo evitar una ligera punzada de envidia al pensar en la gloria y el prestigio que esta proeza iba a garantizarle a su subordinado, pero enseguida suprimió ese sentimiento. Estaba orgullosa de su segundo y de su tripulación y, puestos a considerarlo todo, parte del mérito de su éxito recaería sobre sus hombros por el hecho de ser ella su capitán, y responsable por tanto de su constante adiestramiento. Qué ironía. Antes de que enviaran al *Guarida del Lobo* al cúmulo Viayak, su carrera hacia el almirantazgo prometía ser corta y rápida, y una gesta como ésta, incluso sin haber sido ella la protagonista directa, no habría hecho sino apuntalar la solidez de sus aspiraciones. Gen'yaa estaba en el buen camino para alcanzar su meta, y no a causa de sus contactos, sino por su trabajo.

Y sin embargo, dos torpedos de protones disparados a destiempo lo habían puesto todo en peligro. No sólo su carrera, sino el futuro mismo de la Nueva República.

Lo había visto venir. Más pronto o más tarde tenía que suceder un accidente como ése, era sólo cuestión de tiempo. Pero ay, ojalá no hubiera sido uno de sus pilotos el que derribara al maldito transporte. Hasta el momento su investigación no había arrojado resultado alguno. La única opción para salvar la cara de la Nueva República seguía siendo descargar todo el peso de la ley militar sobre las cabezas del capitán Gregory y de la teniente coronel Schroeder, pero aún así era muy probable que el daño estuviera ya hecho. Gen'yaa no depositaba demasiadas esperanzas en la posibilidad de que un consejo de guerra a los dos pilotos, por sí solo, pudiera servir para evitar la confrontación con Corellia ahora que las cosas habían ido tan lejos. A

menos que la consejera Leia Organa fuera realmente el genio negociador que muchos creían, la Nueva República se vería obligada a elegir entre una vergonzosa retirada del sistema Seibergia - con la consiguiente pérdida de apoyos a nivel galáctico - con tal de no darle al Imperio lo que estaba buscando, o quedarse y luchar, opción que a quien más beneficiaría sería al eterno enemigo. Nadie podía atreverse a vaticinar cuál de las dos posibilidades tendría peores consecuencias para la Nueva República a medio o largo plazo.

En cuanto al pueblo de la Región Balania, ellos estaban condenados en cualquier caso.

Incluso si lo que ahora parecía imposible sucediese, y se consiguiese evitar entrar en guerra contra Corellia sin sacrificar la imagen de la Nueva República, todo esto no podía dejar de afectarla a ella personalmente. Del mismo modo en que su carrera se beneficiaba del heroísmo y buen hacer de la tripulación del *Guarida del Lobo*, las acciones del escuadrón Cabeza de Lobo también se relacionaban con ella, pues era su oficial al mando, aquella que les impartía las órdenes. Eso le hacía participar tanto en sus éxitos como en sus fracasos. Ahora acababa de enterarse de que Gregory y Schroeder probablemente habían muerto. Gen'yaa maldecía la hora en la que había aceptado, e incluso aplaudido, la idea de enviarles a la Región Balania, pues esto la dejaba sin opciones.

Ya no podría celebrarse ni juicio ni consejo de guerra alguno. No habría humillación pública para los dos pilotos, pero tampoco se les podría declarar inocentes, objetivo que Gen'yaa se había propuesto - por ser el final más beneficioso para ella y para la Nueva República - desde el mismo instante en que puso en marcha su propio comité de investigación. Maldita sea. Su nombre aparecería en los documentos de Historia junto al de aquellos que habían causado, o podrían haber causado, una guerra entre los mundos corelianos y la Nueva República, y precipitado quizá el final del sueño de la Rebelión. Gen'yaa frunció el ceño con gran disgusto. Una parte de su mente se rebelaba ante su falta de consideración hacia las vidas de esos pilotos que, hasta la fecha, podrían haber sido considerados héroes de la Nueva República por sus pasadas hazañas. De hecho se les había condecorado varias veces a ambos. ¿Lamentaba sus muertes solamente porque quería que se les sometiera a juicio? Sí, un juicio hubiera estado bien. Cualquiera que fuera el veredicto hubiera sido mejor que esto que algunos llamarían "justicia poética". La galaxia entera daría por sentado que Gregory y Schroeder habían sido culpables de una negligencia criminal que había conducido a la muerte de varias decenas de inocentes, y asentiría con satisfacción al saber que ambos pilotos habían muerto poco después del mismo modo en que lo habían hecho sus víctimas.

Gen'yaa sentía náuseas de sólo pensarlo. *Esto no es justicia, ni poética de ninguna otra clase. Incluso si eran culpables no tenían por qué morir por ello.* La capitana hizo una mueca, sorprendida a medias de sus propios sentimientos. Se preguntó si no serían sus genes humanos los que de vez en cuando le hacían sentir y pensar en un modo que ella misma le desconcertaba. Pero no, no creía que fuera eso exactamente. Si uno se paraba a analizarlo no había virtudes o defectos que pudieran considerarse como exclusivamente humanos o bothan. Dey'jaa, por ejemplo, era completamente bothan, pero no mostraba una ambición sin límites como otros de su especie. ¿Tenía límites la suya propia? Gen'yaa pensaba que sí. Ella no pretendía llegar a ser presidente de la Nueva República, objetivo sin duda de su benefactor, el consejero Borsk

Fey'lya. Ni siquiera se le ocurría desear ser consejera o senadora, posibilidad que quedaría abierta cuando el Senado Galáctico fuera restituido como Mon Mothma había prometido ya. Gen'yaa sabía bien cuál era su sitio, y si llegar a él era bueno para el pueblo bothan mejor que mejor. ¿Había algo malo, o mejor dicho, poco bothan, en desear que esos pilotos hubieran sobrevivido por algo más que por el hecho de que vivos eran más útiles para sus intereses personales? Descubrió que ya se había respondido a sí misma un momento antes, cuando reflexionaba acerca de los logros de Nil Wumb. Respetaba a su tripulación y a los miembros del escuadrón Cabeza de Lobo tanto como pretendía ser respetada por ellos. Aunque no era habitual que se parara a pensarlo, y mucho menos decirlo en voz alta, lo cierto era que deseaba lo mejor para todos ellos, y eso no incluía ni la muerte, ni la derrota, ni la humillación. Después de todo, era su capitán.

Gen'yaa sonrió sin humor. *¿Así que no soy un bloque de hielo como todo el mundo, yo misma incluida, pensaba?* Pero la capitana no se llevaba a engaño. Suponiendo que Gregory y Schroeder hubieran sobrevivido, si llegaba a tener que escoger entre ellos y su propia carrera la elección sería obvia. Después de todo, Gregory había desobedecido sus órdenes y Schroeder se lo había consentido.

Gen'yaa dejó a un lado las cavilaciones y retornó con celeridad al análisis de los problemas que debía afrontar. Quizá no todo estuviera perdido. Se preguntó si Dey'jaa habría tenido ocasión de poner en práctica su plan. Si de él se obtenían los resultados que esperaba, dispondría de los medios para probar lo que hasta ahora sólo su intuición y su natural inclinación a sospechar de todo le decían: que la presencia de un carguero civil junto a un convoy de naves seibergias que se disponían a desplegar minas espaciales no podía ser fruto de la casualidad. Si podía demostrar eso, entonces podría conseguir que Schroeder y Gregory fueran absueltos en un hipotético consejo, incluso si el alderaano había efectuado su último disparo sin una identificación positiva de su objetivo. Sí, los quería a los dos vivos, y volando otra vez, si era posible. Eso sería bueno para todo el mundo, empezando por ella misma.

- Capitán de navío Gen'yaa - escuchó la voz del capitán Odicri tras ella -, tenemos una transmisión para usted procedente del *Primer Ciudadano*.

- *¿Del Primer Ciudadano?*- *El almirante Sinensis no ha volado hasta el Primer Ciudadano, ¿verdad?* Si se había iniciado ya una negociación, tenía lógica que ésta se estuviera llevando a cabo a bordo de la nave insignia coreliana, pero lo que ignoraba es que el almirante fuera a participar en ella. Sinensis había abandonado el puente del *Alma Valiente* apenas cesó el combate, supuestamente para ir a la Sala Táctica a planear su estrategia en el caso de que la tregua fuera interrumpida por otra explosión de violencia. Pero si no era él...- *¿De quién se trata?*

- Es la consejera Organa - Los grandes ojos rojos del duro no mostraban señal alguna de que Odicri estuviera bromeando. Gen'yaa asintió ocultando su sorpresa y siguió al capitán del *Alma Valiente* hasta el área cubierta por el holoprojector. El cilindro iluminado sobre el disco de proyección del aparato mostraba ya la imagen tridimensional de una mujer joven de corta estatura y cabello muy oscuro, que vestía un uniforme militar de la Nueva República sobre el que no se veían marcas de rango. La consejera Leia Organa. La princesa Leia en persona.

- Alteza, soy la capitán de navío Gen'yaa, capitana del portanaves de combate *Guarida del Lobo*.

- Me alegro de conocerla, capitán Gen'yaa. Por favor, llámeme mejor consejera - Sin ninguna pausa perceptible tras aclarar en dignidad de qué se presentaba, Leia Organa continuó hablando. - Aunque mis anfitriones corelianos me han asegurado que ésta es una línea privada y no monitorizada, preferiría que no revelara usted ningún detalle de carácter estratégico durante esta conversación.

- Entiendo, consejera.

- Bien. Con anterioridad al desastre de hoy, el incidente protagonizado por pilotos del escuadrón Cabeza de Lobo se había convertido en al auténtico foco de esta crisis. Los corelianos lo consideran aún el punto de no retorno.

- ¿Y qué les parece haber hecho saltar por los aires la lanzadera en la que viajaba el comité encargado de investigar ese preciso incidente?

- Buen punto, capitán - A pesar de sus palabras, la imagen holográfica de Leia Organa frunció el ceño en dirección a Gen'yaa y negó con la cabeza de forma casi imperceptible. Ése era un punto que no debía comentarse en este momento. - Dicen que ha sido accidente, causado por el hecho de que la lanzadera casualmente entró en el espacio real demasiado cerca de una de sus naves, causando la reacción de sus defensas automáticas que interpretaron su presencia como una amenaza. Yo les creo, capitán. - *Y yo también - pensó Gen'yaa -, pero eso hace nuestra posición un tanto más defendible, ¿no es así? Cualquiera puede sufrir o causar un accidente, incluidos ellos mismos.*

- Pero la cuestión de la destrucción del transporte civil permanece - prosiguió la consejera. - Me han informado que, antes de los últimos y más desafortunados sucesos, había conducido usted su propia investigación con personal a su cargo. ¿Han llegado ustedes a alguna conclusión?

- Aún no, consejera, aunque aún no hemos dado por concluido nuestro trabajo. Nuestros... - Gen'yaa se quedó callada por unos instantes. Tenía que decirle a la consejera que había surgido una seria complicación a causa del siniestro de la *Compasión*, pero ¿cómo? Si esta conversación estaba siendo seguida por los corelianos, como Organa parecía sospechar, ni siquiera podía mencionar el asunto. Si los corelianos llegaran a enterarse de que el piloto que mató a los refugiados y su comandante estaban en Seibergia, vivos o muertos, se apresurarían a acudir en su búsqueda y captura.

- ¿Sí, coronel?

Gen'yaa inspiró. - Es algo que debo pedirle a usted. Quizá pueda ayudarnos.

Leia Organa la miró directamente a los ojos a través de la distancia que separaba las respectivas naves en las que se encontraban. Tenía que estar preguntándose qué se proponía Gen'yaa, pero su expresión permaneció inmutable. - La escucho.

- Varios miembros de mi tripulación se presentaron voluntarios para permanecer unos días trabajando en uno de nuestros campos de refugiados en la Región Balania.

- Eso es algo que les honra - El tono de la consejera era completamente neutral. Gen'yaa no tenía modo alguno de saber si alguien le había informado o no acerca del hecho de que los dos pilotos más directamente involucrados en el incidente iban a viajar a la Región Balania. Si ése era el caso, podría captar

la indirecta y darse cuenta de lo que intentaba decirle. Gen'yaa tuvo la impresión de que sí que lo sabía. En ese instante se le vino una idea a la cabeza que, por un momento, le hizo dudar. Había oído decir que Leia Organa tenía las habilidades de un Jedi al igual que su supuesto hermano, Skywalker. Aunque personalmente ella no creía en la existencia de la Fuerza, Gen'yaa daba por cierto que los Jedi tenían poderes paranormales que hasta ahora nadie había sabido explicar. ¿Podría Organa leer su mente, incluso a distancia? ¿Y si descubría que lo de presentarse voluntarios había sido una manipulación suya? Gen'yaa decidió no seguir preocupándose por esa posibilidad. Organa era una diplomática. Si un pequeño engaño le permitía evitar una guerra, la apoyaría. En cualquier caso, no podía volverse atrás en algo que ya había hecho.

- La lanzadera en la que viajaban fue derribada sobre la Región Balania en los primeros instantes de la batalla. Cuatro personas iban a bordo, incluyendo al jefe médico del *Guarida del Lobo*. Yo misma acabo de enterarme.

La alarma de Leia Organa parecía sincera. - ¿Están todos bien?

- Aún no lo sabemos. Mi primera intención hubiera sido solicitar una expedición de rescate, pero me han dicho que los corelianos han avisado que considerarán como un acto de guerra cualquier nueva violación del espacio aéreo seibergio, y el fin de la tregua por tanto.

- Así es, capitán, pero no creo que nos nieguen el permiso para enviar una nave en socorro de su gente. Hablaré con el almirante coreliano.

- Muchas gracias, consejera.

- Comprendo y comparto su preocupación por los miembros de su tripulación, capitán. Mientras tanto, regrese usted a su nave y compruebe si sus subordinados han realizado algún avance en la investigación. Si se da el caso, contacte conmigo de inmediato a través del almirante Sinensis. Yo haré lo mismo cuando pueda organizarse el rescate de su gente.

- De nuevo gracias, consejera.

- No tiene usted por qué dárme las, capitán. Ah, y esto es algo personal, felicite usted de mi parte a su tripulación y a sus pilotos por su excelente trabajo. Si sucediera que mis anfitriones me estuvieran escuchando a causa de algún error con la línea de comunicaciones, no creo que deban molestarse por que le diga a usted esto. Organa fuera.

La imagen se desvaneció antes de que Gen'yaa pudiera dar las gracias por tercera vez. Las últimas frases de Organa habían sonado casi como una provocación a los corelianos, en el caso de que la transmisión realmente estuviese siendo monitorizada. El mensaje estaba bastante claro: no abusen de su posición. Una flota considerablemente inferior a la suya ha conseguido ponerles en apuros y detener su avance. Ahora que las fuerzas están más equilibradas, si intentan recurrir de nuevo a la violencia deberán atenerse a las consecuencias.

Qué inteligente por parte de Organa aprovechar de esa forma cada ocasión para influir en el ánimo de sus adversarios. Gen'yaa tenía forzosamente que respetar a la mujer. El elogio que había dirigido a sus subordinados también la había encendido a ella, fuera ésa la intención de Organa o no. Y al parecer Gen'yaa no era la única que estaba impresionada. La expresión facial de los nativos de Duro le resultaba prácticamente inescrutable, pero lo cierto era que el tono del capitán Odicri estaba lleno de consideración cuando se dirigió de nuevo a ella.

- Haré regresar ahora mismo a una de las lanzaderas, capitán Gen'yaa. Estará usted de vuelta en su nave antes de media hora.

La noche había caído sobre la Región Balania, aunque Rúster no podría decir cuándo exactamente había sucedido. La gruesa capa de nubes que ocultaba por completo el cielo dejaba pasar tan poca luz que Rúster no había sabido nunca dónde estaba el sol del sistema. Seibergia no tenía lunas que pudieran iluminar sus cielos nocturnos, por lo que la oscuridad reinante hubiera sido igual de absoluta aunque hubieran estado despejados. Sin atreverse a encender ni siquiera una humilde linterna por miedo a llamar la atención de posibles tropas o paramilitares seibergios, los refugiados avanzaban por el cada vez más estrecho sendero lentamente, casi a ciegas, cada uno siguiendo la espalda de la persona o de la bestia que tuvieran delante. El frío era ahora terrible. La única razón por la que Rúster no se quejaba en voz alta, a pesar de que tenía que apretar los dientes para que no le castañeteasen, era que le hubiera dado vergüenza hacerlo. Mientras que ella vestía ropas y botas termales, la gran mayoría de los balanios se protegían tan sólo con abrigos y capas corrientes, o en algunos casos con mantas que se envolvían en torno al cuerpo. El gélido viento soplaba con fuerza entre los acantilados y se metía por las chimeneas naturales formadas entre las rocas. El ruido que hacía era tan tremendo en ocasiones que parecía como si las montañas fueran parte en realidad de un inmenso órgano, en el que alguien tocara una lúgubre y ominosa sinfonía cuyas siniestras notas invadían la mente de la lumi con un miedo atávico e irracional. A su alrededor, niños, mujeres y ancianos seguían caminando en silencio como lo habían hecho durante todo el día, prácticamente en fila india, cargando con sus escasas provisiones y con los paquetes rescatados de la *Compasión*. Apenas se les escuchaba un gemido o un lamento, aunque Rúster había visto lágrimas en muchos rostros cuando todavía había luz suficiente como para distinguirlas. Sentir tanta pena y tanto sufrimiento en torno suyo, sabiéndose incapaz de hacer nada por aliviarlo, llenaba su corazón de una angustia casi intolerable. Las únicas personas por las que podía hacer algo eran los heridos.

Además de la del doctor ahora llevaban una segunda camilla flotante, atada de igual modo a los cuartos traseros de un kala'ballo. El soldado de asalto seibergio estaba inconsciente cuando lo trajo Alce, y Rúster se había asegurado de que siguiera en ese estado. El sedante que le había administrado cumpliría la doble función de ayudarlo a descansar y evitar que les causara problemas. El soldado, bastante joven a juzgar por su rostro lampiño y sin arrugas, tenía una herida limpia causada por un disparo de bláster justo debajo de la axila izquierda. El rayo podría haberle arrancado el brazo o incluso atravesarle el corazón, pero el tipo había tenido suerte. Había perdido bastante sangre, eso sí, pero Rúster no dudaba de que se recuperaría pronto. Los parches de bacta de los que disponía serían mucho más efectivos en su caso que en el de Ben Al Saruff.

El ithoriano necesitaba urgentemente la ayuda de un cirujano. El examen que le había realizado con ayuda del escáner médico incluido en el medpac había confirmado el autodiagnóstico del doctor y los peores temores de Rúster. Al Saruff tenía rotas dos de las costillas superiores, y una de ellas había penetrado en uno de sus sacos respiratorios. Ambas fracturas estaban

astilladas, y los fragmentos de hueso habían causado daños muy graves en los tejidos circundantes aparte de en el propio saco respiratorio. La única buena noticia era que la hemorragia interna parecía haber remitido un poco, aunque Rúster no sabía si achacarle todo el mérito al bacta - quizá los ithorianos tuvieran una velocidad de coagulación superior a la de los humanoides -. Le había inyectado antibióticos para evitar posibles infecciones, pero en cualquier caso las heridas eran lo suficientemente serias como para causarle la muerte al doctor en cualquier momento, sin necesidad de que se produjeran otras complicaciones. Había dos lesiones más, magulladuras aparte: una fisura en el hueso principal de la cadera - cuyo nombre ithoriano desconocía - y una fractura abierta en la pierna izquierda, pero ninguna de ellas preocupaba demasiado a Rúster, pues sabía como tratarlas. Había reducido ambas fracturas e inmovilizado la pierna, aplicando después apósitos de bacta que acelerarían la soldadura de los huesos. Si no surgían otros problemas, la recuperación sería completa y sin secuelas, pero para eso el doctor tenía que sobrevivir a sus lesiones internas.

Y eso Rúster lo dudaba.

Llamarada había asumido el liderazgo de la columna de refugiados con tanta naturalidad como había demostrado Alce al adoptar el rol de guía y escolta. Rúster casi les envidiaba. Odiaba sentir el peso del bláster que le habían dado, colgando de su cintura y rozándole el muslo a cada paso haciéndole imposible olvidar que lo llevaba. Entendía, no obstante, que fuera necesario. Si volvían a ser atacados por otro grupo de seibergios no tendrían más remedio que defenderse. Confrontada con la realidad de la guerra, mucho más cerca de ella de lo que se había sentido nunca en la cabina de su lanzadera - incluso cuando tenía que volar bajo fuego enemigo -, Rúster se había visto obligada a aceptar algunos compromisos tales como el de llevar un arma, y también el de usarla si llegaba el momento. Prefería no pensar en ello siquiera. Una vez había derribado un par de cazas TIE imperiales que se acercaron más de la cuenta a la *Compasión* ignorando el peligro de sus cañones, pero aquello parecía diferente. No podía ver las caras de los pilotos enemigos, sólo sus máquinas, y siempre podía esperar que los mecanismos de eyección automática les hubieran salvado de morir realmente a sus manos. Ese mecanismo de autoconvencimiento - de autoengaño quizá - no le serviría de nada si tenía que disparar contra alguien y veía la sangre manando de las heridas. Su mente regresó al día en el que la luna Lumi fue invadida y ella tuvo que correr por su vida. Los soldados de asalto no respetaron a nadie. Mucha gente a la que quería murió en las dos horas escasas pero brutales que les llevó a los imperiales hacerse con el control completo de todas las infraestructuras. Mataron a Ros'ty, su pareja, a pesar de que iba desarmado. En lugar de huir con ella, Ros'ty había insistido en quedarse atrás para intentar razonar con los invasores. Rúster lo había visto desde lejos, de pie en mitad de la plaza que daba acceso al centro cívico - el ayuntamiento -, levantando las manos como si se dispusiera a abrazar al soldado que se le acercaba. Un instante más tarde se desplomaba con un agujero enorme atravesando su vientre, sus extensiones neurales cambiando rápidamente de color para expresar no miedo ni odio, sino solamente incomprensión. No podía entender por qué lo habían asesinado. Rúster estaba segura de que hubiera disparado contra aquel soldado de haber tenido un arma como ahora. Quizá tendría que obligarse a sí misma a recordar aquello más a menudo.

La voz de Llamarada interrumpió sus reflexiones al indicar al grupo que se detuvieran. Rúster miró a su alrededor, intentando discernir algo entre las sombras. Era difícil saberlo con seguridad, pero parecía que estaban más o menos en mitad de un paso de montaña. Paredes de roca se elevaban a ambos lados protegiéndoles de lo peor del viento, lo que hacía que la sensación de frío no fuera tan intensa. Después de tantas horas de ascenso, el terreno era casi llano, anunciando el descenso que les aguardaba al otro lado del paso, y que al parecer les conduciría hasta las cercanías del campo de la Nueva República. Pero ese camino no lo tomarían hasta después de que amaneciera. Sería demasiado peligroso iniciar la bajada ahora, en la oscuridad, por mucha prisa que tuvieran por sentirse a salvo. Además, la gente estaba exhausta, aunque casi nadie se quejara. Ella se sentía desde luego como si ya no pudiera dar otro paso, ahora que se había parado, y eso que no llevaba tanto tiempo de marcha como los pobres balanios. También descubrió que se sentía hambrienta.

- Rúster - volvió a escuchar a Llamarada -, ayúdame a distribuir barras energéticas. Tendrán que bastar por esta noche. Alce cree que no podemos arriesgarnos a encender hogueras aún, y yo soy de la misma opinión.

- Lo que vosotros digáis. No quiero ver a otro caminante subiendo por el camino detrás nuestro, ni a otro grupo de soldados de asalto disparándonos.

- Yo tampoco, te lo aseguro. Y hablando del sith, ¿qué tal nuestro invitado indeseado? Estoy pensando que no sería mala idea interrogarle, a ver si conseguimos que nos diga si hay o no otras tropas por aquí.

- Podría darle un estimulante para contrarrestar el efecto del sedante, pero creo que sería mejor esperar un poco más. Con la sangre que ha perdido debe estar bastante débil aún. Le pondría otra bolsa de sintética, pero tenemos tan pocas que...

- Si no se está muriendo no gastes ninguna más con él - dijo Llamarada adivinando lo que Rúster iba a decir. - Usa ese estimulante cuando creas que está lo suficientemente recuperado como para hablar con nosotros.

- De acuerdo. ¿Cómo está tu brazo?

- Mejor, gracias a ti. Me pica un poco, pero supongo que eso es normal, ¿no?

- Sí, sí que lo es. En un tanque bacta lo tendrías completamente curado en menos de seis horas, pero con los parches llevará un poco más. Te quitaré el vendaje dentro de tres días, y si todo va bien podrás usar el brazo de nuevo en una semana.

- Estupendo. ¿Qué tal el doctor?

Rúster se mordió el labio inferior antes de contestar. - Mal. Estoy muy preocupada por él, Avery. Sin asistencia médica de verdad podría morir muy pronto, aunque en realidad no sé cuánto tiempo le queda. Los ithorianos son más fuertes que los humanoides en algunos aspectos, pero más delicados en otros. Es tan poco lo que sé sobre ellos...

- ¿Pero no puedes hacer nada por él?

- ¡No! - exclamó Rúster sin poder contenerse. Su chillido atrajo las miradas de los balanios más próximos. La lumi se ruborizó. - No - repitió en un tono mucho más calmado. - Lo siento, Avery. Sé que no pretendías decir...

- Sabes que no.

- Verás, no tenemos equipo como para montar nada que se parezca a un quirófano, y yo estoy muy lejos de poder hacer de cirujano. Hoy has visto

todo lo que sé hacer: aplicar parches de bacta y colocar huesos rotos, siempre que se trate de fracturas limpias.

- No seas tan modesta, Ru. Lo que has hecho hoy, incluyendo ese increíble aterrizaje de emergencia, te convierte en mi heroína personal para lo que me queda de vida.

Rúster casi sonrió. - Gracias. Yo podría decir lo mismo de Alce y de ti - Rúster bajó la mirada. - Tengo miedo, Avery. Miedo de que lo que sé no sea suficiente. De no ser capaz de salvar al doctor ni de ayudar a esta pobre gente.

- Perdonen, ¿Rúster?- Era Sdermila la que se acercaba a tiendas en la oscuridad. Usted es la ayudante del doctor, ¿verdad?

- Eso parece. ¿Puedo hacer algo por usted, Sdermila?

- Es mi amiga Deveralia. Creo que está a punto de tener a su bebé.

Ahora.

- Oh, bendita sea la Fuerza. ¿Está usted segura?

- Mucho. He tenido dos hijos, pero ella va ya por el tercero. Dice que ya viene, y a estas alturas debe saber bastante bien lo que se siente.

Llamarada suspiró. - Me parece que en realidad no he visto aún todo lo que sabes de Medicina, Ru - Tal y como lo dijo, el comentario de Llamarada no sonó a chiste.

- A ver, tengo el autodoc y el escáner, desinfectantes... Necesitamos agua esterilizada. Avery, tú sabes en qué contenedores está. Búscamelos y después repartes esas barras energéticas. No dejes ninguna para mí, se me acaba de quitar el apetito. Sdermila, acaba de decir usted que ha tenido dos hijos. Seguramente sabe mucho más que yo acerca de lo que se debe hacer en un parto. ¿Me ayudará usted?

- Oh - La señora balania apenas lo dudó un instante. - Sí, por supuesto, lo haré.

Tres horas más tarde, Sdermila descansaba en el interior de una de las tiendas que habían recuperado de la nave estrellada. Figor y Lía dormían profundamente a su lado, compartiendo uno de los sacos que también habían sacado de allí. Las dos agotadas criaturas habían caído apenas terminaron de instalar la tienda. Pobrecillos. Cuando se despertaran se enterarían de que ya estaba allí su hermanita. Deveralia y el bebé estaban bien. Ahí estaban los dos, cerca de la entrada de la tienda, la mujer amamantando en silencio a la recién nacida. Hasta mañana o pasado mañana de sus pechos no saldría más que calostro, pero Sdermila sabía bien que la succión contribuiría a hacer que le subiera la leche. Además ayudaba y mucho a consolar a la pequeña. Sdermila sonrió en la oscuridad. Apenas las veía, pero de cuando en cuando se oían los chupetones.

Cuando la cabeza del bebé asomó entre las piernas de su madre, Rúster estaba casi más pálida que la propia Deveralia, pero lo cierto era que se las había apañado muy bien. Sdermila había observado fascinada como esos extraños apéndices que llevaba repartidos por la cabeza cambiaban sutilmente de color mientras se afanaba en seguir las instrucciones de una pequeña máquina parlante, a la que llamaba autodoc. Jamás había visto un aparato como ése. Al final Rúster le había pedido que cortara el cordón umbilical mientras ella se encargaba de hacer el nudo. Qué momento. Deveralia, pobre chiquilla, se había echado a llorar al ver la cara de su hijita. Las suyas eran

lágrimas de emoción y de alegría, pero al mismo tiempo también de pena, porque su marido no estaba junto a ella como lo había estado cuando nacieron Lía y Figor. Sdermila se había quedado con ella dándole el magro consuelo de su compañía, mientras Rúster se iba a ver cómo estaba el doctor. Qué ser más extraño. Rúster le había dicho que se trataba de un ithoriano, y que ella era una lumi. Sdermila no había conocido a ningún alienígena en toda su vida. Había oído decir que de cuando en cuando aparecía alguno por el espaciopuerto de Nurtina, pero nunca había sentido demasiada curiosidad por saber cómo eran, bastantes cosas tenía ya ella en la cabeza. El cuidado de sus dos hijos y el trabajo en su modesta plantación habían requerido toda su atención hasta hacía muy poco. Ahora, a su edad, descubría de repente que existía todo un universo más allá de su mundo, con gente interesante como Rúster y cosas sorprendentes como el autodoc. Se preguntaba si habría sido capaz de hacer algo por Taigor ella misma, aquel maldito día en que le coceó el kala'ballo, de haber contado con uno de esos aparatos para que le dijera lo que tenía que hacer. Pero no, Rúster tenía uno y le había confesado que ni siquiera con su ayuda podía curar al doctor ithoriano. Dijo que tenía heridas internas. Lo mismo que dijo entonces el doctor seibergio cuando al fin hizo acto de presencia, demasiado tarde, pues el pobre Taigor ya había muerto. Dios, cuánto sufrió. Día y medio de agonía esperando a un médico que no llegaba nunca, mientras su vecina Kaliga cuidaba en su casa de Jeiran y de Lania. Ah, Kaliga. Ahora su marido y ella estaban muertos también, desintegrados junto con la mitad de su casa porque Divanian creyó que sería capaz de detener a los seibergios con su patético rifle.

Sdermila se secó las lágrimas que empezaban a rodarle por la cara. Lloraba por Taigor, como siempre, pero también por Kaliga y por Divanian, por Redina y por Dimeter, por Deveralia y por sus hijos, y por todo el sufrimiento que estaba viendo en estos días. A pesar de lo que había dicho, Sdermila esperaba que Rúster pudiera salvar al doctor. Había venido para ayudarles y no se merecía morir así. Era la primera vez que veía a completos extraños portándose bien con su gente. Cuando salió de la tienda en la que Deveralia acababa de dar a luz a su bebé, una vez que hubo terminado todo, se encontró a Lllamarada esperando con una caja de barras energéticas, o algo así las llamó. Sdermila devoró todas las que le dio la joven, sorprendida al descubrir lo hambrienta que estaba. El otro hombre, Alce, estaba en alguna parte en las afueras de su improvisado campamento, organizando guardias con voluntarios. Sí, esta sorprendente gente que en lugar de sus verdaderos nombres preferían utilizar extraños apodos – se le ocurrió que quizá Rúster sí fuera un nombre, aunque fuera uno que ella no hubiese oído jamás –, realmente estaban aquí con intención de ayudar. Esto incrementaba la fe de Sdermila en esa Nueva República a la que pertenecían. Mañana le preguntaría a Rúster si, una vez que hubieran llegado al campo de refugiados, había algún modo para que ella pudiera ir a Balania, o al menos ponerse en contacto con Jeiran, Voeda y los niños. Algo podrían hacer, seguro. Sdermila volvió a sonreír en la oscuridad. De pronto las cosas parecían un poco menos desesperadas que la noche antes. Sucumbió al sueño apenas cerró los ojos.

Y soñó con su familia.

Dentro de la tienda que compartía con Lllamarada y una docena de balanios, Alce se veía completamente incapaz de conciliar el sueño. A Lllamarada parecía pasarle tres cuartos de lo mismo. Llevaba todo el rato dando vueltas y tosiendo de cuando en cuando, y un par de veces la había escuchado gemir - y maldecir por lo bajo después - al haberse apoyado inadvertidamente sobre su brazo lastimado. Alce pensó que el insomnio de ambos no tenía nada de sorprendente. Tan duros como habían sido los últimos días, éste los había superado a todos. Los habían derribado, se habían estrellado, les había atacado un caminante y después les había tiroteado una partida de soldados de asalto. En las horas que habían seguido a esos frenéticos episodios de peligro y de miedo no habían tenido ocasión de pararse a pensar en lo que les había sucedido, ni a asimilar por tanto la experiencia. El rescate del doctor Al Saruff, la persecución del soldado de asalto herido, la complicada marcha por el sendero nevado - cruzando por varios pasos estrechos que les hacían temer una nueva emboscada -, y finalmente la organización del campamento habían consumido todas sus fuerzas, pero a pesar del cansancio físico la inquietud mantenía sus mentes en plena actividad, impidiéndoles alcanzar el descanso que tanto necesitaban.

Todavía no se había acabado el peligro. Mientras que éste era probablemente el mejor lugar posible para haber acampado, justo en la parte más alta del sendero, había al menos una docena de formas diferentes en las que podían atacarles incluso allí. Para empezar, no podía descartarse que otro AT-ST pudiera seguirles hasta allí por el mismo camino que habían utilizado ellos, aunque sin duda sería divisado por sus vigías voluntarios con tiempo suficiente para... ¿Para qué? Bueno, al menos para dar la alarma y salir corriendo en dirección contraria. Otras posibilidades no les dejarían ni siquiera eso. Las paredes de roca que se alzaban a ambos lados del campamento ofrecían multitud de escondites desde los que toda una escuadra de soldados con equipo de montaña podrían estar observándoles en esos momentos. Bastaría con que un transporte aéreo silencioso los dejase cerca de una de las cimas y que se descolgaran después hasta una de las cornisas con la ayuda de repulsores personales. Uno o más francotiradores podrían descender por chimeneas naturales hasta colocarse en una posición desde la que disparar contra el campamento con total impunidad. Un pequeño grupo de comandos podría aproximarse en la oscuridad por ambos extremos del paso en el que se encontraban, cortarles la garganta a las mujeres y ancianos que hacían guardia con las escasas armas de las que disponían, y tomar después el resto del campamento por sorpresa. Ninguno de los vigías tenía experiencia en el manejo de armas, con la única excepción del viejo cojo que se había hecho cargo del bláster de precisión. Se había presentado como Anderas, y se había empeñado en dirigirse a Alce exclusivamente como capitán en cuanto estuvo enterado de su graduación. Había sido el primero en presentarse voluntario para montar guardia, contando que hacía cuarenta años el Imperio lo había reclutado como guía nativo y le había proporcionado entrenamiento militar. Anderas había escupido en la nieve inmediatamente después de pronunciar la palabra "Imperio", hecho que sorprendió a Alce. Por las explicaciones de Ibero, había entendido que los balanios habían experimentado una cierta mejora en sus condiciones de vida durante el periodo de dominación imperial, pero obviamente no todos compartían esa opinión. Anderas le explicó que la guerrilla lo había rechazado a causa de su pierna - dañada por una caída

durante su etapa como guía -, no por su edad. Dadas su experiencia - que demostró cargando y descargando en pocos segundos el bláster de francotirador, a pesar de ser un modelo moderno - y sus ansias evidentes por ayudar, Alce lo había aceptado como vigía y le había asignado la tercera y última guardia. Ahora, al pensar en ello, se estaba empezando a arrepentir de haberlo hecho. Recordaba que había sido Anderas quien ayudó a Sdermila a calmar a su kala'ballo después de que lo provocaran para que rompiera el visor de la *Compasión*. Después, cuando Alce descendió del caminante caído, allí estaba Anderas, observando con atención los restos del AT-ST y conteniéndose al parecer para no ir a inspeccionarlo él mismo. De nuevo lo vio cuando regresó arrastrando el cuerpo del soldado de asalto inconsciente, mirando al seibergio con un odio infinito reflejado en sus ojos, y eso era lo que más le preocupaba. *Maldita sea, no debería extrañarme si ahora mismo estuviera en la tienda donde están los heridos, apuntando a la cabeza del soldado y acariciando el gatillo*. Ese pensamiento hizo que Alce finalmente se levantara y saliera de la tienda, poniendo todo el cuidado en no perturbar el sueño inquieto de Lllamarada.

Anderas no estaba en la tienda de los heridos. Allí tan sólo estaban el doctor y el soldado seibergio, inconscientes sobre sus respectivas camillas, y Rúster, hecha un ovillo junto a la que ocupaba Al Saruff. La lumi abrió los ojos al escucharle entrar. Alce la tranquilizó con un gesto indicándole que todo iba bien y volvió a salir. Mucho más calmado, visitó uno tras otro los cinco puestos de guardia que había establecido, dejando el de Anderas intencionadamente para el final. Ninguna de las cuatro mujeres de media edad que ocupaban los primeros puestos estaba dormida. Estaba claro que se habían tomado muy en serio su función. Prudentemente, Alce susurró un aviso antes de acercarse a ninguna de ellas, evitando así que alguna pudiera asustarse y pegarle un tiro. Ninguna de ellas había visto ni oído nada extraño desde que estaban de guardia que no fuera el sonido que hacía el viento al soplar entre las rocas. En cada ocasión Alce daba las gracias y continuaba su recorrido, hasta que al fin alcanzó la posición cubierta por Anderas. Desde donde se encontraba el anciano se dominaba el comienzo del descenso hacia el otro lado del paso, el camino que tendrían que recorrer al día siguiente. La oscuridad era tan intensa aún que Alce apenas podía ver nada más allá de la solitaria figura de Anderas.

- A sus órdenes, capitán - dijo el hombre en voz baja cuando Alce le avisó de que se aproximaba. - Nada que informar, señor. La guardia está transcurriendo sin incidentes.

- Gracias, Anderas - respondió Alce, recordando que el hombre le había pedido que le llamara Anderas a secas, y no señor Anderas, a pesar de que él siguiera insistiendo en darle tratamiento militar.

- Si me permite un comentario, señor, debería usted estar descansando. Ha estado usted despierto en las otras dos guardias.

- ¿Y usted cómo lo sabe? No, no me lo diga. También usted estaba en vela - *Y muriéndose por echarle mano al bláster de precisión, según me parece*.

- Nosotros los balanios dormimos más bien poco, señor - A Alce le pareció ver que Anderas sonreía. - Está en nuestros genes. A partir de una cierta edad, ya casi no dormimos apenas. Pero usted es joven aún, capitán.

- Dormí bastante durante el viaje hasta aquí - mintió Alce -, antes de que nos hicieran bajar de modo tan poco amable.

- Ahí cometieron su último error, señor. Les dio usted una buena lección
- El tono del balanio estaba tan cargado de admiración que Alce se sintió cohibido.

- Tuve muchísima suerte, eso es todo.

- Yo no creo en la suerte. Es Dios, que ayuda siempre a los mejores entre Sus hijos.

- Quizá sea así - respondió Alce sin dudarlo. - Gracias. - Ibero había incluido un par de párrafos en su informe acerca de las creencias religiosas de los balanios, pero aunque no lo hubiera leído Alce no se hubiera sorprendido demasiado por el apasionado comentario del anciano. No era la primera vez que se encontraba con un creyente monoteísta. La Nueva República estaba compuesta por tal amalgama de especies, culturas y religiones diversas que, tras haber servido en un buen número de bases y naves diferentes a lo largo de los años, Alce estaba familiarizado con la mayoría de las creencias más extendidas. Aunque el culto a la Fuerza había sido el más importante en los días de la antigua República, la implacable persecución que el Imperio había llevado a cabo contra los miembros de la Orden Jedi y contra todo aquel que les manifestara su apoyo, aunque fuera tan sólo de palabra, había hecho que otras religiones cobraran más fuerza en comparación. Aunque como alderano había sido educado en la existencia de la Fuerza, a Alce no le costaba ningún trabajo entender a los monoteístas. Para él, la diferencia entre creer en un Dios único y creador de todas las cosas, o creer en una fuerza unificadora, generada por todos los seres vivos pero con voluntad propia, era más que nada una cuestión filosófica.

- De nada, capitán - dijo Anderas, complacido. - Es un honor para mí tener la oportunidad de ayudar a un representante de la Nueva República. Ojalá pueda ver el día en el que la Región Balania sea admitida en su hermandad de mundos.

Desde luego el hombre es todo un devoto. Lo último que quería Alce era enfrascarse en una discusión política con el viejo balanio, así que prefirió callarse lo que pensaba acerca de las posibilidades que tenía de convertirse en realidad el deseo que el hombre acababa de formular en voz alta. En su opinión, reforzada por los últimos acontecimientos, los separatistas balanios jamás conseguirían salirse con la suya. Nunca serían ciudadanos de la Nueva República a menos que sus vecinos seibergios decidieran unirse ellos mismos, renegando de su lealtad para con el Imperio y de sus propios sueños de grandeza. Si los balanios querían ser independientes tendrían que marcharse de Seibergia. Anderas respetó su silencio, malinterpretándolo quizá como asentimiento, y se limitó a acompañarle mientras se dedicaba a observar los negros acantilados, silueteados apenas contra un cielo tan sólo ligeramente menos oscuro. Nada. Las sombras eran impenetrables incluso para sus electrobinoculares. Ahí podía haber cualquier cosa o nada en absoluto. Y sin embargo...

Algo va mal, pensó Alce, aunque era incapaz de decir qué le hacía pensar así. *Seguramente no son más que mis nervios por no poder ver ni una condenada...* De pronto se acordó del bláster de francotirador, ahora en manos de Anderas, y en particular de su mira de precisión, cuya capacidad de visión nocturna era muy superior a la de los electrobinoculares. Sin una tormenta cayendo sobre sus cabezas, la nieve que cubría el terreno podría servir como

un excelente fondo de frío sobre el que en teoría cualquier presencia de calor sería detectada fácilmente por la mira.

- Anderas, por favor, pásame el bláster.

- Por supuesto, capitán - dijo el balanio, aunque estaba claro que la idea de separarse de la preciosa arma no le hacía muy feliz.

- Gracias - Alce puso el ojo derecho sobre la mira y cerró el izquierdo. Ahora podía apreciar bastantes más detalles del entorno, aunque los colores resultaran irreales - e incluso confusos para alguien que no estuviese entrenado -, predominando una amplia gama de azules. Alce fue moviendo el bláster lentamente, describiendo un arco de ciento ochenta grados siguiendo la línea del terreno, y luego de vuelta a la posición inicial haciendo un recorrido por los riscos más cercanos. Alce se detuvo a mitad de su segundo barrido. ¿Había visto moverse un punto marrón, o había sido sólo su imaginación? Ahora ya no se veía nada.

- Anderas, ¿hay alguna clase de vida animal en estas montañas?

- No a esta altura. En los valles sí que pueden encontrarse algunos kala'bras salvajes que se alimentan de los arbustos, pero aquí... No, no lo creo

- Alce asintió. Si realmente había visto algo más caliente que las piedras, todo apuntaba a que se trataba de visitantes. Tras buscar infructuosamente sendero abajo durante varios minutos, apuntó el bláster hacia las paredes rocosas a ambos lados, recorriendo muy despacio las fracturas y chimeneas semiocultas entre las rocas, y que percibía como franjas negras verticales incrustadas entre extensiones de azules oscuros. Tampoco nada. Un cuarto de hora más tarde seguía sin haber visto ningún otro rastro de colores cálidos, y empezaba a convencerse ya de que lo de antes había sido impresión suya. A su lado, Anderas había pasado del excitado nerviosismo de los primeros minutos a un evidente aburrimiento. El hombre llegó incluso a bostezar una vez, a pesar de su declaración acerca de que los viejos banios apenas necesitan dormir. El propio Alce empezaba a notarse un tanto somnoliento, sintiéndose estúpido por su excesiva paranoia. Ya quedaba poco para que amaneciera. Consideró la idea de volver a la tienda y dormir aunque sólo fuese una hora. Apartó la vista de la mira y se dispuso a devolverle el bláster a Anderas. Justo entonces, la voz de un hombre que no era el balanio le dejó paralizado donde estaba.

- Tira el arma. Ahora.

- Vale, vale - se apresuró a contestar mientras por dentro se maldecía a sí mismo. *Sí que había visto algo, maldita sea. Me estaban observando, esperando a que bajara la guardia, y al final lo he hecho. Mierda de hutt.* Con el rabillo del ojo vio que Anderas levantaba las manos muy despacio. - Voy a soltarla, no dispaes.

- ¿Alce? ¿Eres tú?

No puede ser....- ¿Pantera?

- Ja, ¡la gente que se encuentra uno en estas montañas!

A Alce le faltó poco para ponerse a saltar de alegría mientras Anderas, aún con las manos en alto, lo miraba completamente desconcertado. Pantera era el comandante de los comandos Lince, la única fuerza amiga que operaba en todo Seibergia, y que había llegado hasta aquí a bordo también del *Guarida del Lobo*. Quizá su suerte estaba cambiando.

Centro Imperial, el mundo que fuera conocido como Coruscant cuando era la capital de la antigua República, brillaba en todo su esplendor ante los ojos de Sate Pestage. El que aún hoy era el hombre más poderoso de la galaxia, se apoyó sobre la balaustrada que rodeaba el balcón de sus aposentos privados en el Palacio Imperial y sonrió satisfecho. Las reparaciones de los daños causados por los levantamientos populares que siguieron a la noticia de la muerte de Palpatine acababan de darse por concluidas, al menos aquí, en el Distrito Imperial. Tan sólo quedaba un detalle: la inauguración pública de la reconstruida estatua del anterior Emperador. Bajo su base estarían aún las manchas de sangre dejadas por aquellos que se atrevieron a derribarla el mismo día en el que se conoció el desenlace de la batalla de Endor. Dos pelotones de soldados de asalto de élite, apoyados por una falange de la Guardia Carmesí - la guardia personal del Emperador -, habían masacrado a los revoltosos antes de que el polvo levantado por la caída del monumento volviera a posarse en el suelo. ¿Cómo habían podido creer, ni siquiera por un instante, que matando al Emperador mataban también a su Imperio? Bien, los rebeldes tenían su gratitud por haber retirado al viejo cuervo, aunque la única recompensa que pudieran esperar por su parte fuera la persecución y el exterminio. La Nueva República que tan felizmente habían proclamado se había hecho más fuerte en el año que había transcurrido desde entonces, pero Pestage sabía que era sólo apariencia. Los rebeldes sabían pelear, de eso no cabía duda, a pesar de las estupideces que tenía que escuchar cada día, en recepciones oficiales y en reuniones de seguimiento de la guerra, por boca de relamidos y egocéntricos generales y almirantes que jamás habían visto con sus propios ojos lo que era una batalla de verdad. De lo que los rebeldes no tenían ni la menor idea era de cómo gobernar una galaxia con cientos de miles de mundos habitados, cada uno de ellos con sus propios gobiernos locales y sus disputas privadas. Sin un férreo control militar y una eficiente burocracia, su Nueva República se colapsaría muy pronto, y los fragmentos caerían sobre las cabezas de aquellos que la crearon aplastándolos sin remedio. La Rebelión supondría apenas un capítulo en el más generoso de los libros de Historia, un párrafo escaso en el resto. Sería divertido escuchar a Mon Mothma hablar sobre libertad y democracia cuando empezara el desastre - Pestage estaba convencido de que de hecho ya había comenzado -. Sí, los rebeldes tendrían exactamente lo que se merecían. Él estaría esperando para darles el golpe de gracia y reclamar en un instante hasta el último de los mundos que estaba ahora en sus manos. Todos esos ciegos y necios habitantes del Borde Exterior, todos esos despreciables alienígenas, todos ellos, sí, se volverían infinitamente más dóciles después del caos, la destrucción y el hambre que uno o dos años de gobierno de la Nueva República bastarían para causar en sus sistemas afiliados.

- Todo estará listo en cinco minutos, Excelencia.

Sate Pestage se dio la vuelta sobresaltado. Ysanne Isard estaba de pie a su espalda, apenas a un paso, mirándole fijamente con sus ojos de colores desiguales. Uno azul frío, el otro ardiente rojo. Esos ojos extraños siempre conseguían desconcertarle. Isard vestía un uniforme de oficial de Inteligencia sin galones ni signos de rango. El mechón blanco que le caía al frente de su larga melena negra era el único rastro de color aparte de sus ojos. Pestage no ignoraba que su Directora de Inteligencia poseía un uniforme mucho más estridente, una versión en rojo carmesí del traje de gala de los grandes

almirantes, que utilizaba dentro de sus dominios para impresionar a sus subordinados. Quizá él no estuviera tan bien ni tan rápidamente informado como ella, pero aún era el Emperador. Todo lo que sucedía, no sólo en Centro Imperial sino en cualquier otro lugar de la galaxia sobre el que mereciera la pena saber algo, tarde o temprano llegaba a sus oídos. Hasta el momento Isard no había vestido otra cosa que no fuera el negro estándar en su presencia. Pestage deducía de ese hecho que a él no lo consideraba un subordinado. Qué amable viniendo de ella. Si no necesitara tanto de sus habilidades ordenaría su ejecución inmediata sin pensárselo dos veces. Aunque no disponía de la más mínima prueba, estaba seguro de que suya era la mano despiadada que se ocultaba tras la caída en desgracia y posterior muerte de su propio padre, el anterior Director de Inteligencia Imperial. Lamentablemente Pestage era muy consciente de que la mente privilegiada de esa mujer era probablemente la mejor arma con la que contaba para acabar con sus enemigos, al menos mientras esos enemigos lo fueran también de ella. El plan que Isard había urdido para poner a Corellia prácticamente en sus manos era sencillamente brillante, una prueba más de su incuestionable talento. Pestage no tenía ningún reparo en reconocer sus méritos, siempre que tuviera junto a él a media de docena de guardias carmesí selectos cada vez que Isard se encontraba cerca. Le habían informado que la Directora era muy capaz de matar con sus propias manos, pues era experta en varias disciplinas de lucha cuerpo a cuerpo así como en el manejo de todo tipo de armas, convencionales o no. Conteniendo un escalofrío miró de reojo hacia la entrada al balcón, donde se encontraban como de costumbre dos de los guardias con sus lanzas energéticas cargadas y a punto. Pestage no dudaba de su lealtad, pero iba a tener que decirle un par de palabras a su capitán acerca de eso de admitir visitas en sus aposentos sin un anuncio previo. Ni siquiera si se trataba de la Directora de Inteligencia Imperial. Pensándolo bien, especialmente si se trataba de ella.

- Directora Isard - dijo en un tono de voz mesurado y sin inflexiones, ocultando su sorpresa ante su silenciosa llegada. *Aunque estoy seguro de que ella se ha dado cuenta y de que ha disfrutado con ello*, pensó molesto.

- Espero no haberle sobresaltado, Excelencia.

- No, no lo ha hecho - mintió. *Si será zorra*. - ¿Cuáles son las últimas noticias sobre Seibergia?

- Organa sigue a bordo del *Primer Ciudadano*, pero la tensión no hace sino incrementarse a cada segundo que pasa. El Diktat acaba de enviar a otro escuadrón de cañoneras escoltando al *Misionero*, el otro crucero de la clase Nova que tienen operativo. En los astilleros orbitales de Sacorria trabajan contra reloj para poner a punto al tercero, pero no lo conseguirán.

Pestage arqueó una ceja extrañado. - ¿Por qué está tan segura?

- Porque nuestros agentes lo han saboteado. No nos interesa que los corelianos puedan jugar con tanta ventaja en Seibergia como para que la Nueva República pueda decidir retirarse sin volver a presentar batalla. No se preocupe, Excelencia, no es probable que descubran lo del sabotaje. Y si lo hicieran, todas las evidencias apuntan hacia la Nueva República - Pestage asintió complacido mientras Ysanne Isard continuaba con sus explicaciones. - Sin sus Novas, Corellia queda relativamente indefensa. Podría usted tomar el sistema mañana mismo, si quisiera.

- No estará sugiriendo que...

Star Wars: Daños Colaterales

- Por supuesto que no, Excelencia - se apresuró a decir Isard. Pestage se preguntó si se lo había imaginado o si realmente la había visto sonreír ante su repentina agitación. - Sólo lo menciono como una posibilidad, aunque una que es desaconsejable desde un punto de vista estratégico. Corellia nos es mucho más útil como un aliado que como un resentido y derrotado sirviente.

- Eso por no mencionar cuántos oficiales corelianos hay entre nuestras fuerzas armadas.

- Sí, Excelencia. Algunos de ellos están entre los mejores que tenemos. Fel, sin ir más lejos.

- Bien. ¿Qué hay de la Nueva República? ¿Qué está haciendo Mon Mothma?

- Refuerza sus posiciones en Seibergia a costa de debilitar otros frentes. Han ordenado regresar al único crucero moncalamari tipo M-80 que tenían en el sector Tapani, el *Rescatador*.

- Eso nos permitirá amenazar Mrlsst, y hacerles ver que no vemos con buenos ojos sus tratos con la Nueva República.

- Así es. De hecho le he enviado aviso al vicealmirante Hask para que prepare un plan al respecto y se lo presente a usted, Excelencia.

- Como siempre alabo su iniciativa, Directora - *Pero procure no excederse si sabe lo que le conviene*, pensó Pestage para sí. - Debo asumir que ese crucero moncalamari del que me ha hablado, el *Rescatador*, se dirige a Seibergia, ¿no es así?

- Sí, estará allí mañana. Por otro lado el destructor estelar *Borrasca* acaba de llegar.

- ¿Otro destructor, dice usted? ¿El *Borrasca*?

- Antes era el *Tormenta Negra*.

- Ah, aquel cuya tripulación se amotinó en Iberyia y se puso de parte de los rebeldes.

- Y cuya participación fue clave para que termináramos perdiendo ese sistema. Sí, Excelencia.

- Corríjame si me equivoco pero, ¿no estaba esa nave dañada más allá de cualquier esperanza de reparación? Al menos eso fue lo que su gente escribió en el informe final sobre la batalla.

Ysanne Isard frunció levemente el ceño, apenas por un instante, pero a Pestage le fue suficiente con eso para notar hasta qué punto le molestaba a la Directora de Inteligencia que él pudiera sugerirle que el servicio que dirigía no era todo lo eficaz que debía. - Debo admitir que subestimamos los recursos de los iberianos. Se han revelado como unos maestros en el arte de la improvisación...

Sate Pestage hizo un gesto interrumpiendo las explicaciones de Isard, consciente de que eso la molestaría más aún. - No estoy interesado en los detalles. Lo único que me gustaría escuchar es que ese *Borrasca* - el Emperador pronunció la palabra iberiana con sumo desprecio - ha reventado en pedazos junto con el *Libertador*. No necesito su ayuda para recordar dónde y cómo perdimos a ése - El *Libertador* había sido en otro tiempo el *Dictaminador*, uno de los dos destructores de la clase Imperial II que los rebeldes capturaron en la batalla de Endor. El otro había sido el *Acusador*, que todavía estaba reparándose en los astilleros de Mon Calamari, si había que dar crédito a los más recientes informes enviados por los espías. Pestage gruñó para sus adentros al recordar que aquel había sido otro de los considerados

"irreparables". Si había algo que no podía soportar era ver cómo las herramientas más representativas del Imperio eran robadas para ser empleadas luego en contra de sus legítimos propietarios. Era como un chiste de mal gusto, una obscenidad incluso. Pero también había ahí una advertencia, por mucho que a él le disgustara: lo que una vez fue tuyo se puede volver contra ti.

- Su deseo de ver destruidas a esas naves podría cumplirse muy pronto, Excelencia. Aunque al caer seguramente se llevarán por delante algunas de las más preciadas joyas de los corelianos.

Pestage se echó a reír a pesar de sí mismo. - Eso haría sin duda que el Diktat se mostrara mucho más abierto a negociar los términos de una alianza completa con el Imperio.

- Corellia se unirá a nosotros, Excelencia, y tan sólo el golpe psicológico que ese acontecimiento supondrá para la Nueva República, que depende de sus corelianos mucho más que nosotros, hará que su cohesión interna se resquebraje sin remedio. Como premio adicional recuperaremos el cúmulo Viayak, y todo ello sin que tengamos que hacer un solo disparo.

- Excelente, Directora. Excelente, en verdad. Y ahora, dígales a los funcionarios que esperan ahí afuera que pueden proceder con la ceremonia. Es hora de presentarle homenaje a nuestro llorado Emperador Palpatine.

- Así se hará en justicia, para mayor gloria del Imperio, y para la suya, su digno sucesor.

- Gracias, directora - ¿Había un deje de burla en el modo en el que la mujer había pronunciado la palabra "digno"?

Isard salía ya de los aposentos de Pestage, ondulando las caderas de forma casi imperceptible al pasar por entre los dos guardias. Ninguno de los dos se movió, pero era imposible saber hacia dónde miraban bajo los visores espejados de sus cascos. Si no fuera por la chocante diferencia de color entre sus ojos, a Isard se la podría considerar una mujer bastante atractiva. El entrenamiento físico al que se sometía a diario le había proporcionado unas formas atléticas muy del agrado de Pestage, por mucho que le fastidiara admitirlo. El Emperador se preguntó malhumorado si la próxima vez que se vieran Isard llevaría puesto el famoso uniforme rojo. O si llevaría algo siquiera, si pensaba que con eso iba a poder someterle. Pestage descubrió que la perspectiva no le parecía totalmente indeseable, y eso le enfureció más aún.

Zorra.

